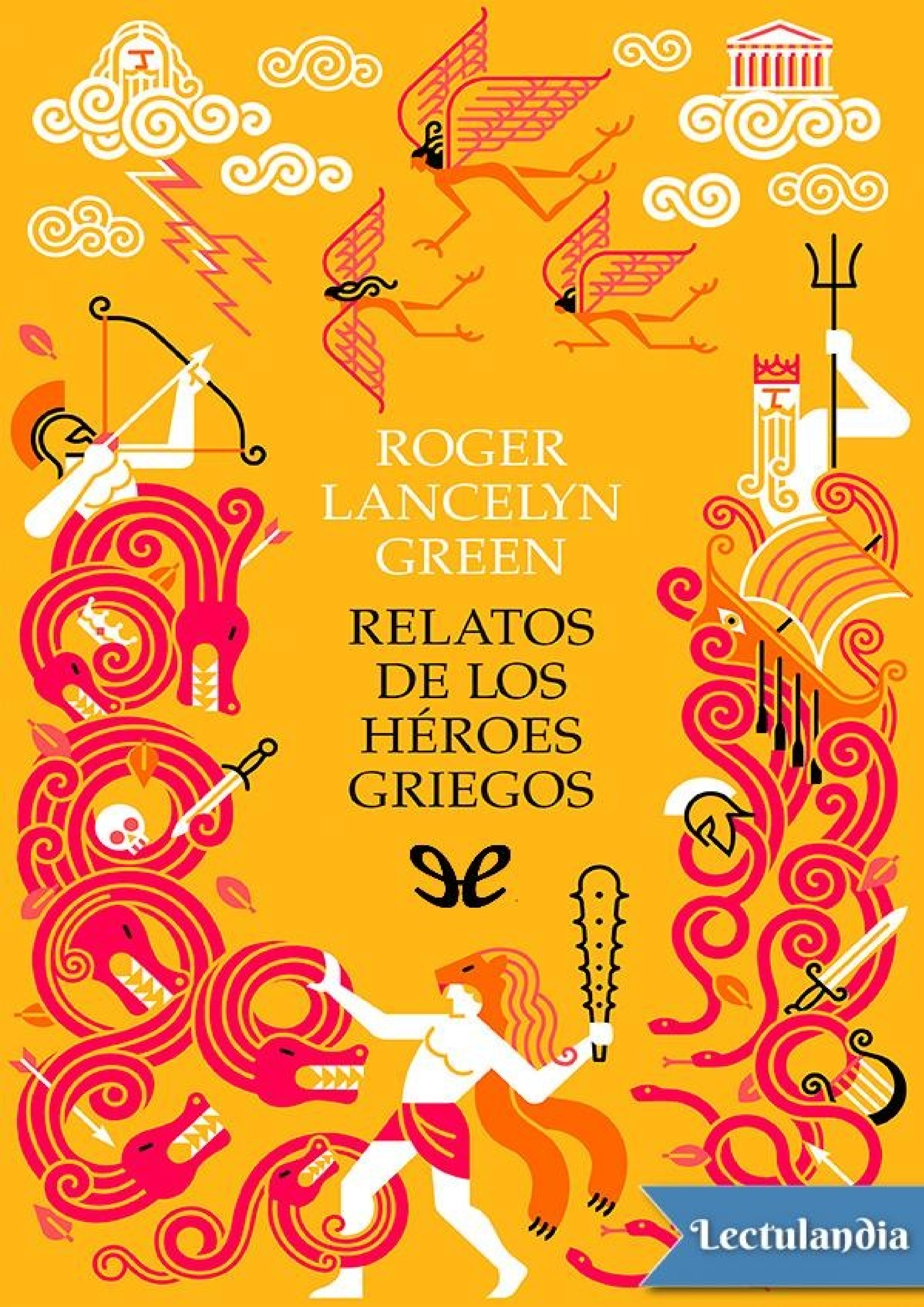

ROGER
LANCELYN
GREEN
RELATOS
DE LOS
HÉROES
GRIEGOS
Lectulandia

Desde los mitos de la creación del universo hasta la muerte de Hércules, el autor se detiene en los grandes ciclos heroicos, como los de Perseo, Teseo o los argonautas, a los que incorpora otras aventuras más breves, como las de Orfeo y Eurídice, la del rey Midas, las desgracias de Edipo y las expediciones contra Tebas o algunas «metamorfosis», como las de Narciso o Jacinto.

En este original libro, convertido ya en un clásico, Roger Lancelyn Green entrelaza en una sola narración los mitos y leyendas de la Antigua Grecia, respetando así la forma en que los antiguos griegos concebían su propia mitología. Una aproximación sorprendente, a la vez que rigurosa, a uno de los universos más explorados y fascinantes de nuestra cultura.

Roger Lancelyn Green

Relatos de los héroes griegos

ePub r1.0
Titivillus 02.05.2021

Título original: *Tales of the Greek Heroes*
Roger Lancelyn Green, 1958
Traducción: José Sánchez Compañy

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Dedicado a la memoria
de Emily y Gordon Bottomley

Nota del autor

Las historias de los mitos y leyendas de la Antigua Grecia se han contado y vuelto a contar en innumerables ocasiones, y de todas las formas posibles: desde breves poemas hasta novelas de gran extensión. Las aventuras de los Héroes se pueden encontrar en infinidad de libros, el más famoso de los cuales quizá sea *Los héroes*, de Charles Kingsley, o *Los cuentos de Tanglewood*, de Nathaniel Hawthorne.

Sin embargo, en este libro he querido presentar los viejos relatos de forma diferente. Mis predecesores han cogido historias independientes y las han reelaborado de diversas maneras, aunque en general dejándolas aisladas. Mi pretensión ha sido dar coherencia a los relatos de la Edad Heroica fundiéndolos en uno solo, que es como concebían los antiguos helenos su mitología.

El resultado, que lleva la historia desde los mitos de la creación del universo hasta la muerte de Heracles, ha sido la reunión en una secuencia de algunos de los relatos más famosos del mundo. Como aquí no se trata de presentar un bosquejo de mitología griega, las historias han crecido o perdido importancia según se iban entrelazando unas con otras. De esta forma, los grandes ciclos heroicos, como los de Perseo, Teseo o los argonautas, han exigido capítulos dedicados a ellos en exclusiva; mientras que otras aventuras más breves, si bien famosas, como las de Orfeo y Eurídice o la del rey Midas, se han convertido en incidentes incrustados en historias más extensas. A pesar de ello, no creo haber dejado fuera muchos de los episodios más conocidos, como las desgracias de Edipo y las subsiguientes expediciones contra Tebas; o algunas de las «metamorfosis», como las de Narciso o Jacinto, que serían en realidad epígrafes de un diccionario clásico, aunque haya narradores que basándose en Ovidio los desarrollen en historias autónomas.

Pero sí que falta una serie completa, la más importante de todas: «La historia de Troya». Ocurre que al ser un ciclo de tal importancia y longitud, me ha parecido procedente darle su propio tratamiento aparte, y se puede encontrar en el libro *La historia de Troya* (Siruela, 2006), en esta misma colección. La muerte de Heracles marca una línea divisoria lógica en los mitos de la Edad Heroica; las epopeyas posteriores forman parte de la gran saga de Helena de Esparta, el sitio y la caída de Troya, y los viajes y retornos de Odiseo y de los demás Héroes, lo cual demanda un volumen aparte.

Estaría fuera de lugar una lista detallada de mis fuentes: se trataría de un vasto elenco de autores y referencias que recorrería los dos mil años de literatura griega que separan a Homero de Eustacio. Unas veces los diálogos siguen los originales griegos, y otras son producto de mi imaginación, aunque he intentado, en la medida de lo posible, basarme honestamente en mis numerosas fuentes. He seleccionado, aunque quiero pensar que sin falsificar los originales. Puedo haber inventado diálogo, pero sin añadir ningún incidente; tampoco he alterado ninguna leyenda, a pesar de haber omitido los detalles que me han parecido inoportunos.

Hay dos pequeñas excepciones a esta regla. La primera es la supresión del nombre de la «esposa-hechicera» que trata de envenenar a Teseo a su llegada a Atenas: si se hubiera tratado de Medea, Teseo difícilmente hubiera podido contarse después entre los argonautas. La segunda es que he seguido a Kingsley al permitir que el viejo criado, el único hombre que se ajustaba exactamente a la Cama de Procrustes, advirtiera a Teseo; quizá Kingsley dispusiera de una autoridad para este detalle, pero yo no he sido capaz de encontrarla.

Por lo demás me he atenido rigurosamente a las autoridades clásicas para este libro. De hecho, aunque a veces he utilizado a un autor latino para alguna descripción o aspecto menor, puedo afirmar que tengo una fuente griega antigua para cada uno de los episodios, excepto el de Caco.

Finalmente, casi resulta innecesario indicar que he recurrido a los nombres propiamente griegos para los dioses de la Antigua Grecia. La costumbre de utilizar sus equivalentes latinos se ha superado completamente durante los últimos cien años, aunque perdure en las reimpresiones de Hawthorne. No obstante, en deferencia a la tradición literaria general, he usado las transcripciones latinizadas —Febo Apolo en lugar de Feibo Apolo; Eurídice en lugar de Eurídike, y así sucesivamente—. He añadido una lista con las versiones latinas de los nombres de los dioses y diosas, para evitar a los lectores posibles confusiones al encontrarse con estas formas extrañas.

Pero sin duda los dioses y héroes de la Antigua Grecia jamás deberían resultarnos ajenos. Sus historias forman parte del patrimonio de la humanidad, son pieza básica de nuestra literatura, nuestro lenguaje y nuestro pensamiento actual. Ni podemos empezar con ellas demasiado pronto, ni jamás deberíamos dejarlas atrás según pasamos de este tipo de versiones adaptadas a la lectura de los autores griegos auténticos, al principio en las traducciones inglesas de Lang, Murray o Rieu; y luego, si tenemos suerte, a los hermosos ecos del griego original. Una vez encontrada, la mágica maraña

de los viejos mitos y leyendas griegos es nuestra por derecho, y nuestra de por vida… en lo bueno y en lo malo.

> Viejas figuras de canciones que no mueren
> Hechizarán los salones de la memoria.

ROGER LANCELYN GREEN

Dioses y diosas de la Antigua Grecia

GRIEGO / LATINO

Afrodita / Venus
Ares / Marte
Artemisa / Diana
Asclepio / Esculapio
Atenea / Minerva
Crono / Saturno
Deméter / Ceres
Dioniso / Baco
Eos / Aurora
Hades / Plutón o Dis
Hefesto / Vulcano
Helio / Sol
Hera / Juno
Heracles / Hércules o Alcides
Hermes / Mercurio
Hestia / Vesta
Perséfone / Proserpina
Poseidón / Neptuno
Rea / Cibeles
Selene / Luna
Zeus / Júpiter

Apolo, Pan[1] y Hécate reciben el mismo nombre en las dos tradiciones.


HERACLES
Y LOS ARGONAUTAS
Ruta de los Argonautas
Las islas
últimas
FRANCIA
ESPAÑA
Córcega
Roma
Capri
Cerdeña
Escila y
Caribdis
Columnas de Hércules
MAR
MEDITERRÁNEO
Jardín de las
Hespérides
Cartago
Sicilia
Montañas
del Atlas
LIBIA


Monte Olimpo
Helesponto
Troya
FRIGIA
Yolco
Feras
TESALIA
MAR
EGEO
Monte
Otris
Traquis
Calidón
Delfos
MISIA
Tebas
Monte Citerón
Maratón
Corinto
Élide
ARCADIA
Atenas
Tirinto
Argos
Epidauro
Lerna
Nauplia
Tegea
Naxos
Esparta
Cabo Malea
Cueva de
Ténaro
Cnosos
CRETA
Cordillera del
Cáucaso
Cólquide
Río Fasis
MAR NEGRO
Rocas Cianeas
Feacia
Helesponto
Yolco
ASIA MENOR
Tiana
Cilicia
Tirinto
Cabo Malea
Rodas
Chipre
Sidón
Tiro
FENICIA
Creta
MAR MEDITERRÁNEO
EGIPTO

RELATOS
DE LOS HÉROES GRIEGOS

Un tiempo hubo en que cruzamos los mares, en el Argo
navegando en pos del Vellocino,
el lejano fulgor y el canto prevaleciendo
sobre los dragones guardianes de antaño.

Hemos vagado entre islas donde aún reverbera
el fragor antiguo del Egeo,
y arrancado los capullos sin ajar que para nosotros
brotan en la colina de las Musas.

Basado en Eurípides, Hipsípila

1
La llegada de los Inmortales

¿Qué formas son estas que se acercan
tan blancas a través de la sombra?
¿Qué vestidos, que aventajan
el brillo de la retama de dorada flor?

Cantan primero al Padre
de todas las cosas, y luego
al resto de los Inmortales,
la acción de los Hombres.

MATTHEW ARNOLD, *Empédocles en el Etna*

Si alguna vez tienes la fortuna de visitar la hermosa tierra de Grecia, encontrarás un país hechizado por más de tres milenios de historias y de leyendas.

Imponentes montañas que bajan resbalando por empinadas laderas hasta el más azul de los azules mares. Y entre las montañas, valles adornados de verde y plata con las hojas de un millón de olivos, dorados de trigo al comienzo del verano y luego pardos y blancos cuando el ardiente sol todo lo seca. Hasta los anchos ríos se convierten en rumorosas corrientes que dudan por los lechos de piedras grises y amarillas.

En invierno y al comienzo de la primavera los montes se adornan de nieve, la bruma oculta las tierras altas y los ríos se vuelven torrentes que rugen hacia los grandes golfos y bahías: entrantes del mar que dividen Grecia en regiones aisladas con la misma contundencia con que lo hacen las montañas.

Al recorrer el territorio griego cuando termina la primavera, al dejar atrás las bulliciosas ciudades, retrocedes a los días antiguos. En las verdes cuestas que remontan hasta las elevadas cimas de los más altos picos: el Parnaso, el Taigeto o el Citerón, puedes sentarte e imaginar que retrocedes a la época en que no era extraño dar con un Inmortal arriba de un monte, entre los campos de olivos o en un valle solitario.

A lo lejos un cabrero toca su flauta para el rebaño, las mágicas notas flotan en el cálido silencio. Seguro que es Pan, mitad hombre y mitad cabra, protector de los primeros pastores.

Entre las hojas de olivo se vislumbran los restos de un templo con sus columnas grises, doradas o blancas. Cada montón de ruinas tiene su propia historia: leyenda o relato inventado, quién lo sabe, basado quizá en algún olvidado suceso.

Por el mar azul, con sus bandas del color del vino púrpura, se ven las islas esparcidas en la distancia. También ellas tienen algo que contar. ¿Será aquella Delos, tal vez? Nadie vive allí ahora, pero los vestigios de ciudades y templos, de puertos y teatros, salpican la costa y la cima de la colina en que nacieran Apolo, el Centelleante, y su hermana Artemisa, la Doncella Cazadora. ¿O puede que sea la abrupta y rocosa Ítaca? La isla de la que zarpó Odiseo hacia la guerra de Troya, y a la que volvió tras diez años de vagar por extraños mares preñados de quimeras.

Con la sobrecogedora belleza de Grecia como marco, no es de extrañar que los antiguos griegos creyeran que las montañas y los valles, los bosques y los ríos, el mismísimo mar, estuvieran habitados por Inmortales. Ninfas del bosque que bailaban entre los árboles, o ninfas del agua que se deslizaban en las rumorosas corrientes: hadas de tamaño humano que no morían y que tenían poderes vedados a los hombres. También ninfas marinas —sirenas, aunque no todas tuvieran cola de pez— y extraños seres de las ignotas profundidades tan crueles y feroces como el mismo mar cuando se desataba la tormenta. Y también un rey, más poderoso aun que las ninfas, el Inmortal llamado Poseidón, que surgía de entre las aguas en su carro tirado por caballos de blanca espuma, blandiendo su tridente: la lanza de tres puntas que era su cetro, el emblema de su poder.

En la tierra también había poderes Inmortales. Apolo, refulgente como el sol, señor a la par de la música y la poesía; Artemisa, la Cazadora, protectora de todas las cosas salvajes; el feroz Ares, el señor de la guerra, cuyo temible alarido resonaba en el fragor de la batalla, cuando volaban las lanzas y las espadas de bronce o hierro chocaban contra escudos y yelmos; Atenea, la Inmortal Señora de la Sabiduría; la amable Diosa Madre, Deméter, que hacía crecer el trigo y nacer a los jóvenes corderos, con su hermosa hija Perséfone, obligada a pasar la mitad del año en el Reino de los Muertos mientras el oscuro invierno se extendía sobre la tierra.

También estaba Afrodita, Señora Inmortal del Amor y de la Belleza, con su hijo Eros, que disparaba las flechas invisibles que desataban la pasión en los jóvenes pechos; estaba Hefesto, más diestro que ningún mortal forjando el bronce, el oro y el hierro, cuya fragua se hallaba en la isla de Lemnos, con un volcán como su horno-chimenea; estaba Hermes, el de alados talones, el veloz

mensajero, más astuto que cualquier humano; y Dioniso, que insuflaba tal poder a las uvas que se podían fermentar en vino para gozo y descanso de la humanidad; y la tranquila Hestia, Señora del hogar y guardiana de su fuego, pues la lumbre era el corazón de la casa en los días en que no era fácil hacer brotar la primera llama.

Estos y algunos más eran los Inmortales, y grandes eran sus poderes, aunque también ellos estaban sometidos a leyes y tenían un señor que se las imponía. Y este no era otro que Zeus, el Rey del Cielo y de la Tierra, que blandía la centella y que era el padre de los Mortales y de los Inmortales. Su Reina era Hera, Señora del Matrimonio y protectora de los niños. Zeus tenía poder sobre todos los Inmortales, aunque rara vez lo ejercía sobre sus dos hermanos: Poseidón, Señor del Mar; y Hades, Señor de los Muertos, cuyo reino de sombras se extendía por debajo de la tierra.

Los «Dioses», llamaban los griegos a estos Inmortales, y los adoraban ofreciéndoles sacrificios en sus templos: a Zeus en Olimpia, a Apolo en Delfos, a Atenea en Atenas, y así con todos ellos. Cuando empezaron a contar sus historias, tenían una idea muy vaga de cuál podía ser su aspecto, y de forma natural los imaginaron parecidos a ellos mismos, aunque mucho más poderosos, hermosos y libres. Tampoco les resultaba extraño que dioses y diosas pudieran ser crueles o mezquinos, falsos, egoístas, celosos e incluso malvados, según nuestras propias ideas, tal como ellos mismos lo hubieran sido de haber disfrutado de sus prodigiosas facultades.

Otra cuestión es que los griegos de cada pequeño reino y ciudad, y de cada una de las islas, tejían su propia red de relatos, sin conocer las que se contaban al otro lado del mar o más allá de las montañas. Más tarde, cuando los aedos empezaron a viajar de lugar en lugar y la escritura se fue haciendo más común, la gente trabó contacto con los habitantes de otras partes de Grecia, percatándose entonces de que muchas historias no coincidían.

«Hera es la esposa de Zeus», proclamaban los habitantes de Argólide. «¡Tonterías!», replicaban los de Arcadia, «¡se casó con Maya y de su unión nació un hijo llamado Hermes!». «¿De qué estáis hablando?», protestaban los de Delfos o los de Delos, «¡Leto se llama la esposa de Zeus, y tuvo con ella dos hijos, Apolo y Artemisa!».

Y bien, solo había una solución posible para tanta confusión. Acordaron que Zeus debía haber tenido muchas esposas. Pero Hera, siendo la más importante de las Inmortales, era obviamente la auténtica Reina del Cielo y,

como le hubiera sucedido a cualquier mujer en esas circunstancias, sentía unos celos terribles.

En aquellos primeros tiempos los griegos tenían varias esposas, igual que los habitantes de Egipto, o los de Turquía y la India hasta muy recientemente. Sin embargo en Grecia solía haber una única esposa legítima, las demás eran siervas, mujeres capturadas en la guerra que cada vez más eran consideradas como meras esclavas; bien tratadas, pero forzadas a hacer lo que se les ordenaba.

De esta forma no era difícil concebir a Zeus o a Apolo comportándose igual que Teseo, rey de Atenas; y por supuesto, ahí estaban los reyes de Asia, que siempre habían dispuesto de harenes bien surtidos. En Asia se encontraba Troya, y lo más normal era que el rey Príamo tuviera cincuenta hijos, siendo Hécuba, la reina de Troya, tan solo la principal de sus esposas.

Cada una de las pequeñas polis griegas, o ciudades-estado, tenía su propia familia real; y a cada una de ellas le gustaba hacer remontar sus ancestros hasta uno de los dioses. Lo mismo sucedía en Inglaterra hace mil años: a Alfredo el Grande le gustaba imaginar que descendía de Odín, que para sajones y daneses ocupaba el mismo lugar que Zeus había tenido en el panteón griego. De hecho, si atendemos a los cronistas medievales, ¡la propia familia real inglesa, hasta la soberana reinante hoy en día, puede trazar su ascendencia por una parte hasta Odín y por otra hasta Antenor, pariente del mismísimo rey Príamo de Troya!

¡Ciertamente Hera tenía motivos para estar celosa! Y bien que lo estaba —o por lo menos eso cuentan las historias— de las compañeras mortales de Zeus, quien parecía tener una amante en cada reino, ¡igual que se decía de los marineros y sus amores portuarios!

Los griegos no estaban aún muy civilizados cuando empezaron a elaborar sus relatos de dioses y diosas, por lo que dichas leyendas les parecían perfectamente verosímiles. Con el transcurrir del tiempo, y según iban progresando en su pensamiento y saber, algunos griegos empezaron a reflexionar sobre aquellas historias, y se dieron cuenta de que en realidad solo había un único Dios, un dios magnánimo y justo, mejor que el más bueno de los hombres.

Seguro que ese Dios no podía ser otro que Zeus, por lo que el mismo Zeus tenía que haber ido creciendo en bondad, de modo que, gracias al sufrimiento, había llegado a entender la auténtica importancia de la Misericordia.

Entonces los contadores de historias se dieron cuenta de que esta idea se ajustaba bastante bien a los relatos primitivos de los dioses ya que, en los primeros tiempos, antes del advenimiento de Zeus, habían existido otros dioses muy diferentes, criaturas terribles que apenas si mostraban el más mínimo rasgo humano. Estos seres primigenios eran tan brutales y despiadados como lo puedan ser tempestades o terremotos, las olas más devastadoras o los volcanes en erupción. Estos entes terroríficos eran los hijos del Cielo y de la Tierra, según las primeras de todas las leyendas, aquellas compuestas por nuestros más primitivos ancestros en el albor de los tiempos. Eran Gigantes y Titanes, ogros y monstruos pavorosos de muchos brazos o con descomunales colas de serpiente. La más horripilante de aquellas pesadillas se llamaba Crono, y era el padre de los verdaderos dioses, de Zeus, Poseidón y Hades, y de las diosas Hera, Hestia y Deméter.

No podemos imaginar el aspecto de Crono. Los griegos que soñaron sus leyendas no se atrevieron a hacerlo. Su nombre significa «Tiempo», pero no fue hasta la época de los romanos cuando llegaron a concebirlo como una figura amable y paternal, el Padre Tiempo, con su guadaña y su reloj de arena.

El Crono original era muy diferente. Blandía una guadaña, ciertamente, o por decir mejor, una hoz, ¡mas la usaba para arrancar pedazos de su propio padre, Urano, el Cielo!

—¡Has conseguido imponerte al fin —le dijo el Cielo—, pero has de saber que tus hijos te tratarán como tú nos has tratado a nosotros, o aun peor! ¡Te encadenarán en una terrible prisión y uno de ellos regirá el mundo en tu lugar! —y lo que decía el Cielo lo mantenía también la Tierra, y Crono sabía que la Tierra no puede mentir.

—¡Ya veremos! —rugió Crono, y empezó a devorar a sus hijos en el instante mismo en que iban naciendo… igual que hace el Tiempo tragándose los años, uno detrás de otro. Primero se comió a Hestia, luego a Deméter y a Hera; y después a Hades y a Poseidón.

Esto era excesivo para su esposa y madre de aquellos dioses, Rea, a pesar de ser una criatura de la misma naturaleza que Crono. Por eso, en el momento en que nació Zeus, lo escondió en una cueva en la isla de Creta.

—¿Dónde está el niño? —exigió el desaforado Crono, y Rea le entregó una enorme piedra envuelta en ropas de recién nacido… y Crono la engulló, creyendo que se tragaba al último de sus hijos.

Mas Zeus permanecía seguro en Creta, protegido por las ninfas de las montañas, las hijas de la amable Madre Tierra. Cuando hubo crecido lo suficiente, buscó consejo de la Titánide Metis, también llamada Pensamiento,

que le proporcionó una hierba mágica que Zeus puso en el vino de Crono. El Titán sintió unas náuseas terribles y vomitó los hijos que había devorado, que seguían estando muy vivos y poseídos ahora por una furia terrible.

También vomitó la piedra, que hoy en día se puede contemplar en el lugar en el que fue a caer, en Delfos. Junto a ella hay otro gran peñasco que Zeus colocó allí para señalar el centro de la tierra; para calcularlo soltó dos grandes águilas, una desde cada uno de los dos confines del mundo, y las dos se fueron a encontrar exactamente en ese lugar de Delfos.

Luego, durante diez años, Zeus y sus hermanos batallaron contra Crono y los Titanes, a los que por fin consiguieron derrotar con el auxilio de los Cíclopes. Estos eran gigantes de un solo ojo situado en medio de la frente. Los Cíclopes forjaron rayos que Zeus arrojó contra sus enemigos; y también fundieron el tridente con el que Poseidón encrespaba el mar para ahogar a sus enemigos; y fabricaron un yelmo de invisibilidad para Hades, quien, mientras lo llevaba puesto, podía deslizarse sin ser visto a la espalda de los Titanes.

Cuando concluyó la guerra, Zeus encerró a Crono y a los demás Titanes en el Tártaro, una prisión de fuego situada debajo de la tierra. Con el tiempo las almas de los hombres malvados también fueron enviadas allí para sufrir tormento junto a ellos.

Zeus y sus hermanos echaron suertes para determinar quién debía regir el aire, quién el mar y quién el mundo subterráneo; y de esa forma Zeus se convirtió en Rey del Cielo; Poseidón, en Señor de las Olas; y a Hades le correspondió el Reino de los Muertos.

Entonces hubo paz, y Zeus ordenó que se construyeran los palacios de los dioses. Pero si su palacio dorado estaba en el Monte Olimpo al norte de Grecia, o en alguna otra montaña coronada de nubes entre los cielos, los griegos nunca fueron capaces de determinarlo.

A continuación Zeus empezó a curar las heridas de la pobre y maltratada tierra, pues los Titanes habían destrozado incluso las montañas más grandes utilizándolas como proyectiles, llevando la desolación allá por donde fueron.

No todos los Titanes habían participado en aquella guerra, pues las historias cuentan que Helio, que conducía el carro del Sol, era un Titán; igual que Selene, la Luna; o incluso Océano, la personificación del agua. Y estaban Metis, el Pensamiento; y Temis, la Justicia; y Mnemósine, la Memoria, madre de las nueve Musas, que vivían en el Monte Helicón. Las Musas, por supuesto, se ocupaban de las Artes: Historia, Poesía Lírica, Comedia,

Tragedia, Danza, Poesía Amorosa, Himnos, Épica y Astronomía; y eran las compañeras especiales de Apolo.

Uno de los Titanes prisioneros en el Tártaro era Jápeto. Tenía tres hijos, dos de los cuales ayudaron a Zeus de muchas formas. El tercer hijo, el único con apariencia de Titán, era Atlante, que luchó contra Zeus y que, como castigo, fue condenado a soportar sobre sus hombros el peso del cielo, puesto en pie sobre el monte Atlas, en el norte de África.

Los dos hijos de Jápeto que ayudaron a Zeus fueron Prometeo y Epimeteo. El primero de ellos constituye una de las figuras más importantes de toda la cosmogonía griega.

2
Hermes y Apolo

Allí, junto a los rocíos a mi vera,
contempla el paso gallardo de un joven,
con tocado de plumas en la frente,
que empuña un báculo dorado.

Con labios donde baila la risa
pero que ni una vez responden,
y pies que vuelan alados,
y vara de serpientes rodeada.

A. E. HOUSMAN, *El guía risueño*

Ya antes de la gran guerra contra los Titanes vagaban los hombres por la faz de la tierra, y esa época fue la Edad de Oro, cuando el trigo crecía sin necesidad de siembra o de arado, y todos los animales vivían de la fruta o del pasto. La Edad de Oro vino y se fue, pues hombres y mujeres no hacían sino comer y beber, holgando por el maravilloso jardín del mundo y muriendo sin que nacieran niños.

Luego vinieron los hombres de la Edad de Plata, y con ellos el mal y la perfidia por culpa de Crono y los Titanes. Estos hombres también fueron barridos de la superficie del mundo y aprisionados en el Tártaro con sus malvados hacedores.

Cuando por fin Zeus estableció su trono en el Olimpo, con lo que concluyó la gran guerra entre dioses y Titanes, hizo venir a su presencia a Prometeo, el Titán bueno.

—Ve —le ordenó— y con arcilla moldea al hombre. Dale la figura misma y la apariencia de los Inmortales, que yo le insuflaré la vida. Luego le enseñarás todas las cosas que necesite conocer, para que pueda rendir pleitesía a los Inmortales y erigir templos en su honor. Mas tendrá una vida breve, tras la cual descenderá al reino de Hades, mi hermano, para someterse a él.

Prometeo cumplió lo que se le había encomendado. Fue hasta un lugar de Grecia llamado Panopeo, no muy lejos de Delfos, al nordeste, y con arcilla roja dio forma al hombre. A continuación Zeus insufló su hálito vital en estos

hombres de arcilla, y dejó que Prometeo les enseñara cuanto precisaran para su existencia.

—Les proporcionarás todo cuanto te parezca procedente —le advirtió Zeus—, mas no debes entregarles el fuego, pues la llama sagrada está reservada para los Inmortales. ¡Si me desobedeces, tu destino será más terrible que el de los demás Titanes del Tártaro!

Con estas palabras, Zeus se fue a la pedregosa tierra de Arcadia, al sur de Grecia, para habitar allí un tiempo con la ninfa Maya, una de las Pléyades. Ocupaban una cueva en el hermoso monte Cileno, donde nació un maravilloso infante al que llamaron Hermes. Ninguno de los Inmortales conocía el paradero de Zeus, ni en qué andaba ocupado, hasta que Apolo lo descubrió de una extraña manera.

Apolo poseía un rebaño de magníficos bueyes del que cuidaba Helio, el Titán que conducía el carro del Sol. Este, desde su elevada trayectoria, veía todo lo que sucedía sobre la superficie de la tierra a lo largo del día.

Una mañana Helio envió un mensaje a Apolo: «¡Tus bueyes han desaparecido! Ayer por la noche pastaban pacíficamente en un verde valle de Arcadia, y hoy no queda ni rastro de ellos».

Loco de rabia, Apolo los buscó por toda Grecia, lanzando espantosas amenazas contra el ladrón y prometiendo magníficas recompensas a quien pudiera darle razón de su ganado. En Arcadia se topó con una banda de Sátiros, unos seres medio salvajes habitantes del bosque, supervivientes residuales, quizá, de la Edad de Oro. Eran individuos cobardes y poco inteligentes, duchos eso sí en todo tipo de tretas y artimañas, e inclinados a pasárselo bien a cualquier precio. Tenían cuernos y orejas puntiagudas, y su jefe, Sileno, era gordo y estúpido.

—¡Nosotros hallaremos tus reses! —farfulló Sileno—. ¡Confía en nosotros, mi señor Apolo; siempre estamos dispuestos a echar una mano, tenemos buenos ojos… y no le tenemos miedo a nada!

—¡Bien! —exclamó Apolo con su tono autoritario—. ¡Encontrad mis bueyes y sabré recompensaros!

Apolo siguió su camino y los sátiros empezaron su búsqueda a lo largo y ancho de los valles de Arcadia. Tras husmear aquí y allá, encontraron trazas de las pezuñas, mas para su gran sorpresa ¡las huellas se dirigían hacia los pastos de los cuales habían desaparecido los animales!

—¡Están locas, o quizá embrujadas! —fue la conclusión de Sileno—. Y alguna criatura terrible debe conducirlas: ¡observad su rastro!

Los sátiros se arremolinaron en torno a él y contemplaron las marcas del cuatrero: unas huellas grandes, redondeadas y difusas, carentes de talón y de dedos, llenas de líneas y arañazos entrecruzados.

Mientras hablaban todos a la vez, llegó hasta ellos un rumor proveniente de la colina, un murmullo nuevo y maravilloso que en un primer instante les llenó de terror. Era el sonido de la música, los acordes suaves y dulces de la lira, un instrumento de cuerda parecido a una cítara o a una pequeña arpa.

Tras una acalorada discusión y varios intentos de huida por parte de Sileno, que no deseaba enfrentarse a ningún monstruo junto al resto de sus compañeros, los sátiros empezaron a hacer todo el ruido que podían a la entrada de la cueva de la que provenía la melodía, y de la que provenían las huellas del ganado.

—¡Va a salir, va a salir! —aullaron al cabo los sátiros, aterrados—, ¡y se va a asustar tanto al vernos que, si del cuatrero se trata, se va a desmayar de la impresión en cuanto nos ponga el ojo encima!

Apenas acababan de decirlo cuando la puerta de la cueva se empezó a abrir lentamente. Sileno se dispuso a echar a correr y los demás sátiros siguieron su ejemplo. Pero, en lugar de un engendro espantoso, de la cueva salió una hermosa ninfa de montaña.

—¡Criaturas salvajes! —les dijo con voz suave y gentil—. ¿Por qué hacéis tanto ruido, turbando a la gente que mora en esta tierra dichosa? Al oír vuestros alocados berridos y el patear de vuestras pezuñas en el umbral de mi cueva, he salido para enterarme de por qué importunáis así a una pobre ninfa.

—No te enojes, hermosa niña —suplicó Sileno—. No venimos como enemigos con intención de lastimarte. Mas ese sonido, ese eco maravilloso y extraño que así nos sobrecoge, ¿qué es y quién lo produce?

—Así está mejor; aproximaos —sonrió la ninfa—, por vuestra gentileza os descubriré lo que nunca os revelaría por la fuerza. Sabed que soy Cileno, la deidad de esta montaña, y que soy la nodriza de un hijo de Zeus y de Maya, la Ninfa de las Pléyades. Su nombre es Hermes y ciertamente se trata de un niño prodigioso. Tan solo tiene seis días de vida y crece a una velocidad sorprendente. En cuanto al sonido que habéis oído, lo producía el niño tocando un extraño artilugio: él mismo lo ha fabricado con los restos de una criatura muerta que en vida no emitía sonido alguno.

—¿Una criatura muerta? —inquirió Sileno—. ¿No sería un buey, por casualidad?

—¿Qué tonterías dices? —respondió Cileno con sorna—. La criatura era una tortuga, Hermes utiliza su concha, eso es todo. Ha creado un asombroso

instrumento nuevo cosiendo por encima de la concha un trozo de cuero, y tensando sobre él cuerdas de tripa de vaca.

Cileno se detuvo, percatándose de que había hablado demasiado, mas Sileno exclamó con voz triunfante:

—¡Eso es, él es el ladrón del ganado de Apolo!

—¿Te atreves a llamar ladrón al hijo de Zeus? —exclamó Cileno indignada—. Te digo que eso es una tontería. Un niño que no llega a la semana de vida no va por ahí robando nada. Y por lo que más quieras te juro que no hay ni una sola res en esta cueva.

—Bien, veamos al niño de todas formas —exigió Sileno, y Cileno no tuvo más remedio que ir a buscar a Hermes.

Mientras tanto Apolo, que seguía buscando por todas partes, llegó hasta la ladera opuesta del monte Cileno, donde se topó con las extrañas huellas que antes habían hallado los sátiros. Mientras se preguntaba qué podrían ser, se encontró con un viejo llamado Bato, al que preguntó señalando las marcas:

—Por aquí ha pasado un rebaño, aunque por alguna extraña razón las huellas llevan a los mismos pastos de los que ha sido robado. Dime, anciano, ¿has visto ese ganado y sabes cuál es su paradero?

—Hijo mío —respondió Bato, sin reconocer a la deidad—, soy viejo y mis ojos están cansados, aunque lo que han visto últimamente era sorprendente en extremo. Ayer estaba cavando en mi viña a la puesta del sol, y allí seguía mientras Selene subía con el carro de la luna por el cielo. A su tenue luz plateada vi, o me pareció ver, a un niño que guiaba un gran rebaño de bueyes. A veces los hacía caminar hacia atrás tirándoles del rabo, y corría sin parar como un reflejo plateado en torno a ellos. Y lo más extraño es que en los pies llevaba una especie de zapatos de mimbre trenzado, cuyas marcas redondas aún se pueden distinguir allá abajo.

Apolo le dio las gracias a Bato y corrió por el rastro del ganado, siguiendo las huellas en sentido contrario, ahora que ya sabía su secreto. Pronto encontró a los bueyes escondidos en una gran caverna y, a pesar de su alegría por haberlos recuperado, la furia oscureció su frente al comprobar que le faltaban dos reses.

Tras volver a guardar los animales en la gruta, Apolo siguió su rastro en torno al monte Cileno, hasta que en la ladera opuesta se topó con los sátiros, que seguían departiendo con Hermes en la entrada de la morada de Maya.

—¡Mi señor Apolo! —se sobresaltó Sileno al verlo aparecer—. ¡Aquí tenéis al ladrón que hurtó vuestras vacas! ¡Este niño fue! Es el hijo de Zeus, o al menos eso pretende, aunque también es un cuatrero. Hemos seguido el

rastro de dos reses hasta esta cueva, y en sus manos tiene los restos del cuero de una de ellas.

Apolo se dio cuenta de inmediato de que se avecinaban problemas, así que se apresuró a agradecer sus servicios a Sileno y sus sátiros, les entregó su recompensa y les ordenó que desaparecieran.

Luego se volvió hacia el tierno infante que, con sonrisa inocente y bañado por el sol, lo observaba sin dejar de tocar la lira.

—Niño —le increpó—, dime sin demora dónde está mi ganado o me veré obligado a tratarte con dureza. Te precipitaré en el Tártaro si no me contestas, por muy hijo de Zeus que seas.

—Hermano Apolo —respondió Hermes, mirando con sus grandes ojos la radiante faz Inmortal—. ¿Por qué me hablas con palabras tan severas? ¿Y por qué vienes aquí buscando el ganado? No lo he visto. ¿Cómo podría yo saber ni siquiera qué aspecto tienen esas vacas? No soy más que un recién nacido, y todo lo que preciso es sueño tranquilo y leche caliente, descansar arropado en una cálida cuna y entretenerme con juguetes como el que tengo en la mano. Mas si así te place, juraré solemnemente por el río Éstige, el río Negro de la Muerte, pues como tú soy un Inmortal, y bien sé que los Inmortales no pueden romper semejante voto. Escucha: ¡Por el Éstige juro que tus vacas no se hallan en esta cueva, y que no he puesto mis ojos en el ladrón que se hizo con ellas!

—¡Con seguridad que te han de conocer como el Príncipe de los Ladrones! —respondió Apolo con una sonrisa ante el temple del niño Hermes—. Pero tu hábil embeleco no puede engañarme. Acudamos con presteza al Olimpo, y que sea nuestro padre Zeus, si se encuentra ya de vuelta, el que dirima esta disputa.

Mientras decía estas palabras hizo ademán de coger al niño por el cuello. Mas antes de que pudiera hacerlo Hermes hizo resbalar sus dedos por las cuerdas de la lira con lo que, al desprenderse de ellas la música divina, el brazo de Apolo cayó sin fuerzas junto a su costado y el dios se quedó inmóvil, aturdido por la deliciosa sorpresa.

Muy pronto, cediendo al embrujo de la melodía, se disolvió su furia y se olvidó por completo de los bueyes. Ahora su único deseo era aprender a producir él mismo aquel maravilloso sonido, por lo que, extendiendo los brazos, exclamó con vehemencia.

—¡Déjame la lira! —exclamó—. ¡Déjamela y te perdonaré el robo del ganado y las dos reses que has matado! Si me la entregas y me prometes que nunca más volverás a robarme, yo te entregaré mi vara y te haré Heraldo de

los Inmortales, y guía de las almas que bajan por las empinadas pendientes del Hades.

Mientras hablaba Apolo, Zeus se aproximó y escuchó todo lo que estaba diciendo:

—Así se hará —afirmó con su voz de trueno—. Haz el juramento, Hermes, hijo mío, y entrégale la lira a Apolo. Él será el Señor de la Música y de todas las dulces canciones, y las Nueve Musas le obedecerán y le honrarán como se merece. En cuanto a ti, Hermes, serás nuestro Mensajero, bienvenido en los áureos salones del Olimpo y amablemente predispuesto hacia los mortales en la tierra.

Se hicieron los juramentos y Apolo tomó la lira y partió alegre hacia el monte Helicón, donde las Musas lo estaban esperando. Cuando se cansó de los cánticos, cruzó hasta el Parnaso, la montaña que tenía a su lado, donde estableció una de sus moradas especiales. Mató a la gran serpiente llamada Pitón, que vivía en una caverna junto a la hermosa Delfos, en la ladera más baja. Allí, más tarde, se levantó el más famoso de los templos de Apolo en Grecia, y allí tuvo su oráculo, donde las sacerdotisas pronunciaban los más certeros vaticinios que el mundo haya conocido.

Hermes habitó un tiempo en Arcadia, pero no se quedó muchos días en la cueva del monte Cileno, aunque Zeus sí se demoró allí junto a la hermosa Maya. De la misma forma en que había dejado atrás la infancia en tan solo seis días, en un breve lapso había completado su crecimiento y estaba preparado para buscar esposa.

No tuvo que ir muy lejos pues, en un valle cercano, una ninfa llamada Dríope atendía su rebaño, y Hermes se enamoró de ella nada más verla. Pero Dríope era tímida y la amedrentaba el radiante joven que había venido a hacerle la corte, y declaró que solo se casaría con un pastor semejante a ella.

Hermes abandonó el lugar, solo para volver disfrazado poco después, trayendo consigo un rebaño de ovejas, rebaño que, sin duda, había robado con la misma facilidad con que se había hecho con el ganado de Apolo. Durante muchos días llevó a sus animales a pacer en aquellos ricos valles, encontrándose con Dríope en varias ocasiones. Pronto se hicieron amigos y por fin la joven consintió en ser su esposa.

Todo les iba bien en la feliz Arcadia, donde la Edad de Oro parecía no tener fin. Pero cuando nació el hijo de Dríope, la madre, al contemplarlo por primera vez, salió corriendo dando gritos: la pequeña criatura tenía patas y cuernos de cabra, y había nacido con un mechón de pelo en la barbilla. Aun así era un bebé alborotador, alegre y risueño, y Hermes lo tomó orgulloso

entre los brazos, lo arropó con suaves pieles de liebre silvestre y se lo llevó al Olimpo.

Zeus acababa de volver a su alto sitial y le dio la bienvenida a Hermes al tiempo que sonreía al extraño chiquillo. Todos los demás Inmortales estaban encantados con la alegre criaturita a la que llamaron Pan, y le pidieron a Hermes que la llevara con él a Arcadia. Allí iba a tener su principal morada y allí atendería a sus rebaños de vacas y ovejas, y a las demás bestias salvajes. Cuando se hizo mayor, Pan fabricó para sí la siringa, la flauta de Pan, utilizando cañas del río; y de este instrumento extraía melodías de rara y mística dulzura.

Zeus no tuvo mucho tiempo para ocuparse del hijo de Hermes, pues apenas si acababa de recuperar su trono en el Olimpo cuando, extendiendo su mirada por el mundo tras el ocaso, vio pequeñas chispas de luz encendiéndose en muchos lugares; y durante el día observó columnas de humo que salían de los hogares de los hombres recién creados.

Y así fue como supo que Prometeo, el buen Titán, desobedeciendo sus órdenes, había entregado el fuego a los humanos.

3
La historia de Prometeo

> ¡Contemplad, un dios atormentado, un dios encadenado! Deidad a quien Zeus detesta con fiereza y que sus dioses vuelven a odiar, todos los que moran en su glorificado suelo.
> Solo porque yo desde siempre a los mortales amé en demasía.
>
> ESQUILO, *Prometeo encadenado*
> (según trad. de E. B. Browning)

Prometeo moldeó a los hombres con arcilla del Panopeo y Zeus les insufló el aliento vital. Luego Prometeo se enfrascó en la tarea de hacer de los humanos algo más que un mero reflejo viviente de los dioses.

Pues el hombre, según fue creado, era casi una más de las bestias, un ser desamparado que apenas conseguía pensar o hacer uso del mundo que le rodeaba. Vivía en cuevas, se alimentaba de hierbas y carne cruda y, cuando caía herido o enfermo, moría sin remedio, pues nada sabía de medicinas y curaciones.

Mas Prometeo, el amable y virtuoso, instruyó a los hombres en todas las artes y saberes necesarios para la vida. Les enseñó a construir casas y a fabricar herramientas, a arar la tierra y a sembrar trigo, a cosecharlo cuando estaba maduro, a separar el grano de la paja y a molerlo entre dos piedras planas. Les mostró cómo cazar y domesticar a los animales salvajes: al perro para que guardara sus casas y fuera de caza con ellos; al caballo para que tirara de sus carros; al buey para que arrastrara el arado; a las ovejas para que les dieran lana; y a las cabras para conseguir leche que convertir en tierno queso.

Se dice que también Prometeo dio a los hombres el poder de la palabra, les enseñó los nombres de todas las cosas e incluso les instruyó en el arte de la escritura.

Pero era un trabajo lento y laborioso, pues el Fuego, el mayor de los dones, les estaba vedado. Sin él tenían que comer la carne cruda y solo podían fabricar herramientas de piedra, no imaginaban el horneo del pan y no conseguían calentar las casas en invierno.

Prometeo levantó su rostro al sol, que cruzaba el cielo en su carro dorado conducido por Helio, y suspiró profundamente. Pues podía leer el futuro y,

aunque en su mayoría el porvernir permanecía oculto en una impenetrable tiniebla, lo que sí alcanzaba a vislumbrar sabía que había de suceder inexorablemente.

Entonces llamó a su hermano Epimeteo, que tenía de estúpido, descuidado y negligente tanto como Prometeo tenía de sabio, concienzudo y previsor.

—Hermano mío —le dijo—, me has ayudado siempre que lo he necesitado y ahora habitas como un hombre entre los hombres para ayudarme en mi tarea. Bien sabes cuánto aprecio a la raza de los humanos, que entre los dos creamos y adiestramos…; sin embargo tú, que tan solo percibes el valor exterior de las cosas, no concibes la profundidad que mi amor por ellos puede llegar a alcanzar. ¡Escúchame! Debo entregar el Fuego a la humanidad, el último y el más grande de los dones. Mas, al hacerlo, incurriré en la ira terrible de Zeus; aunque incluso eso soportaré, pues así ha sido ordenado. Pero a ti te suplico que custodies a la Humanidad tan bien como sepas, y que tengas mucho cuidado cuando yo ya no esté contigo. Y sobre todas las cosas una te pido: ¡desconfía de los obsequios que te pueda hacer el taimado Zeus!

Entonces Prometeo se despidió de su hermano y partió para el Olimpo, llevando consigo el tallo de una planta de eneldo, largo como un cayado y duro como la madera, aunque hueco y ocupado por una médula blanca capaz de arder despacio y sin vacilar, como el pábilo de una vela.

Al pie del monte Olimpo se encontró con Atenea, la Inmortal hija de Zeus, Señora de la Sabiduría, que siempre había ayudado a Prometeo en sus afanes por la humanidad. De su nacimiento se contaba una extraña historia, que mostraba lo cerca que estuvo Zeus de sufrir el mismo terrible destino que su padre Crono y los demás Titanes.

Pues mientras Zeus seguía en guerra con los Titanes, se unió a Metis, la hija de Océano, el amable Titán. Mas Prometeo llegó hasta él y le dijo:

—¡Poderoso Zeus, si Metis te da un hijo, este ha de ser más fuerte y más sabio que tú, su padre!

Zeus se alarmó mucho, pues sabía que los vaticinios de Prometeo siempre se cumplían. Metis estaba en posesión de todos los portentosos atributos de los Titanes y en aquel tiempo Zeus todavía no estaba armado con sus centellas; mas se le ocurrió un astuto plan, o quizá fuera Prometeo quien se lo sugiriera.

—Mi señora Metis —le dijo—, ya sé que posees el maravilloso poder de convertirte en cualquier criatura que decidas. No me cuesta creer que te puedas transformar en un animal grande e imponente como una osa o una

leona; pero seguramente esté más allá de tu poder el convertirte en un ser pequeño e insignificante… en una mosca, por ejemplo.

—¿Más allá de mi poder has dicho? —exclamó Metis, dejando de lado su habitual mesura—. Te lo demostraré. —Y en un instante se transformó en una mosca. Zeus sonrió, atrapó al insecto… y se lo comió.

Aquel fue el final de Metis. Zeus, al tragársela, asimiló su sabiduría y sus poderes añadiéndolos a los propios, entre ellos la habilidad para metamorfosearse. Mas unos meses después sintió un intenso espasmo de dolor en la cabeza, dolor que fue creciendo y creciendo hasta que en su agonía se puso a aullar de angustia, pidiendo el auxilio de Prometeo.

Prometeo cogió su hacha y de un golpe abrió en dos la cabeza de Zeus, sabedor de que los Inmortales no pueden morir, y siendo él mismo el maestro en el arte de la sanación.

Entonces se vio una gran maravilla, pues de la cabeza de Zeus surgió Atenea, la hija de Metis, ya completamente formada y luciendo una armadura de cegador brillo. También poseía la sabiduría de Metis, aunque no tenía deseo alguno de superar a Zeus, su padre. Su saber era de una naturaleza más amable, de forma que se convirtió en maestra de artes tales como los hilados y el tejido, y también del buen gobierno. Pero además había heredado la fiereza de su madre, lo que demostró participando junto a su padre en la guerra contra los Titanes. Venció al terrorífico Palante, a quien desolló para hacerse una capa con su piel, y con cuyo nombre completó el suyo propio, de forma que todos los injustos temblaran al oír la potente voz de Palas Atenea. También podía mostrarse celosa, como probó cuando la doncella mortal Aracne se jactó de que su habilidad como tejedora era superior a la de Atenea. La diosa, no contenta con exhibir su superioridad en el concurso, convirtió a la estúpida joven en una araña… condenada para siempre a tejer sus trampas de seda.

Atenea siempre se mostró bien dispuesta hacia Prometeo, e interesada en su trabajo en bien de la humanidad. Por eso, cuando supo que había decidido entregar el Fuego a los hombres, lo guio por senderos secretos hasta la cumbre del Olimpo.

Acababa el día cuando Helio condujo por allí su refulgente carro, y Prometeo, escondido junto a las puertas, solo necesitó alargar su tallo de eneldo y tocar con él la flamígera rueda. A continuación, con la preciosa chispa oculta bajo la capa, corrió montaña abajo hasta llegar a un profundo valle de Arcadia donde amontonó un poco de leña y la hizo arder.

Los primeros seres de la tierra que contemplaron semejante maravilla fueron los Sátiros salvajes que habitaban en los valles solitarios. Lenta y

tímidamente se reunieron en torno al borde de la pequeña vega en la que Prometeo había encendido el primer fuego de campamento; y se fueron acercando a él con precaución.

—¡Oh, qué portento! —exclamaron al sentir el calor de las llamas—. ¡Con qué belleza baila! ¡Qué luz y calor, cuánta gentileza irradia esta nueva criatura!

—¡Oh, cómo me gusta! —gritó Sileno—. ¡Tiene que ser mía, mía! ¡Mirad, voy a besar a este bello ser para demostrarlo!

Según lo decía, se arrodilló para abrazar a la más alta y brillante de las lenguas de fuego. Mas su expresión de sorpresa fue tal cuando la llama le chamuscó el rostro y la barba, que Prometeo rompió a reír a carcajadas.

Pero el Titán tenía asuntos más serios de los que ocuparse, y cuando amaneció el día empezó a enseñar a los hombres los usos del fuego. Les enseñó a asar la carne y a hornear el pan; a fundir el bronce y a fraguar el hierro; a convertir en espadas y en arados los metales al rojo vivo, y todas las demás artes del forjador y del herrero.

Ahora que el Fuego había llegado a la Tierra se podía encender cada vez que fuera necesario. Prometeo, con la ayuda de Hermes, inventó el encendido frotando dos palos y enseñó a los hombres el tipo de madera que tenían que utilizar, haciendo girar la más dura dentro de la más blanda hasta que la fricción hiciera surgir la llama.

De esta forma la humanidad asumió por fin su auténtico legado: las ciudades empezaron a crecer y los hombres a practicar las artes y los oficios por los que Grecia no tardaría en ser famosa.

Pero Zeus, en cuanto fue consciente de que su orden había sido ignorada y de que el don que él se había reservado había sido entregado a los hombres, convocó a Prometeo a su presencia.

—¡Titán —le espetó, temblando de ira—, me has desobedecido! ¿Qué me impide arrojarte a lo más profundo del Tártaro, con el resto de los tuyos, y aplastar a esos viles insectos, a esos hombres, a los que has entregado los dones reservados en exclusiva a los Inmortales?

—Mi señor Zeus —respondió Prometeo con voz tranquila—, yo conozco el porvenir, y la crueldad con la que me has de castigar por lo que he hecho. Sin embargo hay dos cosas que están más allá incluso de tu poder: ningún Inmortal puede revocar las acciones de otro Inmortal… por lo que no podrás arrebatar a los hombres el fuego que yo he hecho suyo; y estoy seguro de que no destruirás a la humanidad cuando te diga que un hombre, un vástago tuyo nacido de mujer mortal, te ha de salvar a ti y a los demás Olímpicos cuando

de la Tierra surjan los Gigantes para vengar el derrocamiento de los Titanes. Escucha mis palabras, pues bien sabes que son verdaderas: lo que ningún Inmortal puede conseguir, matar a un Gigante, está en manos de un hombre, si tiene la fuerza y el coraje suficientes. Y otra cosa te digo: llegará un momento en el futuro en que tú también caerás, igual que tú hiciste caer a tu padre.

Entonces la cólera de Zeus fue terrible. Con voz de trueno, ordenó a su hijo Hefesto, el Inmortal experto en la forja de metales, que se llevara a Prometeo y lo encadenara con grilletes de bronce a la gran montaña del Cáucaso en el extremo oriental del mundo.

—Allí permanecerás —le gritó con su furia cruel— para siempre jamás, hasta la consumación de los tiempos, por tu insolencia y atrevimiento. Las nieves del invierno te congelarán y el sol del estío te abrasará, para que tu destino sirva de advertencia a todos aquellos que en algún momento osen desobedecerme.

Muy a su pesar Hefesto cogió a Prometeo y, siguiendo órdenes suyas, sus dos sirvientes, los demonios Fuerza y Poder, lo encadenaron a una roca en el Cáucaso con grilletes que ni siquiera Prometeo podía quebrar.

Mas cuando Hefesto le iba a dejar allí abandonado, Prometeo volvió a hablar:

—Zeus, ese tirano cruel, será derrocado como lo fue también Crono, a no ser que sepa encontrar la forma de esquivar su destino. ¡Y solo yo sé la manera en que puede conseguirlo!

Hefesto informó a Zeus de estas palabras, y Hermes fue enviado a ofrecerle a Prometeo la libertad si revelaba su secreto.

—Si no dices de inmediato lo que sabes —le transmitió Hermes—, Zeus será implacable contigo. Enviará un águila feroz que te visitará todos los días para devorarte el hígado, y cada noche ese mismo hígado se renovará para que tu suplicio continúe a la mañana siguiente.

Y aún bajo este horripilante tormento Prometeo seguía sin revelar cómo podía evitar Zeus la amenaza que sobre él se cernía. El águila venía todos los días a cumplir su cruel cometido, mas Prometeo no cedía, y eso a pesar de que sus agónicos alaridos rebotaban por los hechizados barrancos y precipicios del Cáucaso, con lo que nadie se atrevía a aventurarse por aquellos parajes.

Mientras tanto Zeus, angustiado por lo que le podría deparar el futuro y cada vez más cruel a causa de ese terror, buscaba la manera de afligir a los hombres para que el regalo del fuego no les hiciera demasiado felices.

Ahora bien, la humanidad al principio tenía conocimiento cabal de su propio futuro, y Zeus —no sabiendo que Prometeo en su clarividencia les había arrebatado este poder—, decidió hacerlos también inmortales, de forma que cuando él hubiera conseguido imponerles su voluntad liberando el pecado y el dolor en el mundo, se volvieran locos de terror al conocer las penas y sufrimientos que les aguardaban.

Se puso a maniobrar arteramente, disfrazándose para visitar a los hombres e inquirir de ellos quién les había otorgado el don del fuego.

Los incautos humanos traicionaron a su benefactor, Prometeo, con su imprudencia. Así consiguió Zeus la excusa que buscaba:

—Os recompensaré por decirme lo que deseaba saber —les dijo—, concediéndoos una jarra de néctar, la bebida de los Inmortales, la bebida que preserva su eterna juventud.

Los hombres estaban entusiasmados con este presente, aunque con su habitual atolondramiento pusieron la jarra en los lomos de un burro y lo condujeron a un lugar donde preservarla de cualquier peligro. Llegaron junto a un torrente de agua limpia que manaba burbujeante de una roca, y cuando se hubieron refrescado se sentaron a comer a corta distancia, dejando al asno pacer por allí cerca.

Pronto también el animal sintió sed y fue hasta el arroyo a beber agua. Mas había allí apostada una astuta serpiente que le dirigió estas arteras palabras:

—Si tocas esta agua, te morderé. Y mi veneno no tardará mucho en acabar contigo.

—Ya me estoy muriendo… de sed —protestó el pollino—. Así que, por favor, déjame beber un poco de ese fresco arroyuelo.

—Muy bien —dijo la taimada serpiente—, haré un trato contigo. Dame el vino de esa jarra que llevas en el lomo. Parece caliente y sabroso, y además a los burros no les gusta el vino. Si me lo entregas, te dejaré beber cuanto quieras de esta agua transparente y fría.

—De acuerdo —exclamó el sediento asno, y aceptó el intercambio. Y por eso las serpientes renuevan su juventud todos los años, mudando su vieja piel por una nueva, lozana y reluciente.

Cuando Zeus supo que los humanos ya no eran capaces de conocer el futuro, se mostró bastante satisfecho de que la serpiente hubiera engañado al burro, pues no ignoraba que en los tiempos por venir serían muchas las serpientes que morderían tanto a los hombres como a los asnos, y que las picaduras de serpiente producen las más insufribles fiebres y ansias de beber.

Mientras tanto imaginaba un castigo para el Hombre aún más eficaz: estaba moldeando a la primera Mujer. Se llamaba Pandora, que significa «dechado de virtudes», pues todos los Inmortales contribuyeron con alguno de sus dones. El habilidoso Hefesto la formó con arcilla, y la adorable Afrodita le otorgó la belleza, mientras que Hermes la hizo osada y le enseñó todo tipo de ardides, y Atenea la atavió con hermosas vestimentas. Zeus le insufló vida y entonces Hermes la acompañó hasta la tierra y la llevó hasta Epimeteo, el atolondrado hermano de Prometeo, que vivía ahora casi como uno más entre los mortales.

Cuando Epimeteo contempló la belleza de Pandora, olvidó las advertencias de su hermano en contra de aceptar ningún regalo proveniente de Zeus, y se enamoró de ella de inmediato. Pronto estuvieron casados y tuvieron una hija llamada Pirra, que se casó con Deucalión, el más sabio y virtuoso de los Primeros Hombres, a quien Prometeo en persona había dado forma con arcilla.

Pandora fue quien trajo todos los males a la humanidad, tal y como Zeus había planeado. En la casa de Epimeteo se hallaba un cofre dorado que Prometeo había dejado allí con órdenes muy severas de que nadie debía abrirlo, bajo ningún concepto. Epimeteo así se lo advirtió a su esposa, pero ella era tan curiosa e inquisitiva que la vida no le parecía digna de ser vivida hasta descubrir la naturaleza del tesoro que su marido le ocultaba.

Así que un día en que Epimeteo no estaba en casa, Pandora se aproximó sigilosa hasta la arqueta y abrió la tapa. De inmediato escaparon de la caja, entre un vendaval de aullidos, todos los males que desde entonces asolan a la humanidad: enfermedades y penas, odio, envidias, mentiras, robos, engaños y cientos más.

Aterrada por lo que había hecho, Pandora cerró la tapa de un golpe. Pero una pequeña vocecilla suplicó desde el interior:

—¡Déjame salir, soy la Esperanza!

Pues Prometeo, al encerrar allí todos los males, colocó también junto a ellos a la Esperanza, para que la humanidad encontrara alivio a sus sufrimientos si al final Zeus conseguía imponer sus designios.

4
De cómo Zeus y Hermes fueron de visita

> Los dioses están contrariados: ya no seremos nunca
> como antaño, cuando lejos de todos los hombres
> morábamos en una tierra solitaria y lánguida,
> envueltos y rodeados por el adormentado piélago.
>
> Sí, los Olímpicos entonces desearon venir
> entre nosotros, visibles cabezas divinas, vagando a su capricho.
>
> J. W. MACKAIL, *En Esqueria*

El tiempo fue pasando y los hombres ocuparon la tierra como si siempre hubiera sido suya. Y Zeus se mostraba complacido con lo que veía cuando miraba desde el Olimpo, y se afanaba en poner orden en el mundo después de la desolación de los Titanes.

Por supuesto era Grecia la región que le ocupaba principalmente, aunque sin descuidar las islas que puntean el Egeo, el mar que separa Grecia de Asia Menor, ni tampoco esa parte del continente en la ribera opuesta llamada Troya.

Cuando necesitaba descansar de sus ocupaciones, Zeus se dirigía al sur, a la tierra de los Benditos Etíopes, hombres de la Edad de Plata que no habían conocido la maldad de los Titanes y que a menudo recibían a los Inmortales en sus banquetes.

Pero las desgracias que Pandora había dejado escapar de su encierro no tardaron en alcanzar los corazones de los hombres y algunos de ellos, incluso en Grecia, se volvieron tan malvados como aquellos de la Edad de Plata a quienes Zeus había destruido antes de que Prometeo hiciera con arcilla al Hombre tal y como lo conocemos ahora.

Hasta Zeus llegaron rumores de actos de inconcebible perfidia, y el dios empezó a preguntarse si no sería conveniente destruir también a los hombres de la Edad de Bronce para forjar después una nueva raza de seres humanos. Mas, sin contar con la ayuda de Prometeo, Zeus dudaba… Por fin decidió bajar a la tierra para juzgar por sí mismo. Llamó a su hijo Hermes y le dijo:

—Adoptemos la figura y el aspecto de los humanos y bajemos a la tierra de Grecia, y busquemos acogida como si fuéramos pobres viajeros. Si descubro que los hombres no merecen vivir en esta hermosa tierra, los aniquilaré sin compasión.

Hermes, que amaba a la humanidad y había ayudado a Prometeo en su tarea, replicó:

—Padre Zeus, no nos apresuremos. Visitemos tres hogares y, si hallamos que dos merecen ser destruidos, entonces… que perezca la humanidad. Pero si encontramos virtud y buenos sentimientos aunque solo sea en dos de ellos, entonces, sin importar lo ruin que pueda ser el tercero, salvemos a los buenos. E impongamos el final que nos parezca oportuno a los infames.

Esta propuesta fue del agrado de Zeus, que había perdido parte de la crueldad que le poseía en los días en que envió a Prometeo a su atroz destino, cuando había dado vida a Pandora a fin de que fuera una plaga para la humanidad.

Estuvo de acuerdo con lo que Hermes sugería y los dos Inmortales comenzaron su vagar por Arcadia, Zeus disfrazado de anciano y Hermes como su nieto.

En esa época el rey de Arcadia era Licaón, un hombre feroz y salvaje dado a todo tipo de excesos y vilezas. Tenía cincuenta hijos, la mayoría de los cuales eran tan malvados como él, y como él todos eran caníbales.

Zeus y Hermes entraron en el palacio del rey Licaón, quien al principio se negó a darles comida y que incluso amenazó con matarlos. Hermes era tan joven y apuesto que prometía ser un magnífico plato, y quizá fuera esto lo que hizo cambiar de opinión al sanguinario rey.

Le pidió a Zeus que se sentara a su mesa, considerando tal vez a Hermes como un prisionero al que cebar con vistas a un futuro banquete. De repente Licaón se dio cuenta de que no disponía de carne para ese día, aunque no dejó que este pensamiento le turbara, pues tenía un hijo, Níctimo, que, no siendo tan ruin como los demás, siempre se negaba a comer carne humana. Ese mismo día había osado señalar a su padre que comerse a uno de sus huéspedes era la acción más infame que pudiera cometer un hombre.

—¡No vales más que para la cazuela! —rugió Licaón. Y Níctimo fue asesinado, desmembrado y sus restos puestos a cocer.

Cuando esta repugnante comida fue dispuesta en la mesa, Zeus, el que todo lo ve, supo de inmediato cuál era el contenido del plato que se le servía. Iracundo se plantó de pie de un salto y un brillante relámpago resplandeció en

torno a él, mientras Licaón se encogía en un rincón, percatándose aterrorizado de que su invitado no era otro que el Rey de los Inmortales.

—¡Miserable! —le espetó Zeus—. ¡Todo lo que había oído de ti es verdad! ¡No mereces contarte entre los hombres! ¡Ve al desierto y merodea por las soledades de valles y montañas! ¡Conviértete en lobo y llévate a tus impíos hijos contigo!

Licaón trató de responder, pero todo lo que consiguió fue aullar como un lobo. Intentó arrodillarse, solo para darse cuenta de que ya estaba a cuatro patas. Huyó a los bosques de Arcadia seguido por sus hijos, convertido en el lobo jefe que dirige su manada.

Zeus devolvió a Níctimo a la vida y le ordenó que fuera un rey justo y piadoso. A continuación Hermes y él, disfrazados una vez más, continuaron su camino.

—Lo ves —pensó Zeus en voz alta—, los hombres son tan indignos como yo me temía. ¿Es necesario que sigamos buscando?

—Acuérdate de tu promesa —respondió Hermes—. Busquemos esta vez la hospitalidad de un hombre pobre. Es posible que entre los humildes encontremos la virtud de la que carecen los poderosos como Licaón.

Recorrieron el mundo, cruzando a su voluntad por tierra y por mar, y al atardecer llegaron a la cumbre de una montaña cerca de Tiana, en Frigia. Allí se levantaba una pequeña cabaña de techo de paja y paredes de adobe. No había sirvientes en la casa, de hecho sus únicos habitantes eran dos ancianos de nombre Filemón y Baucis.

Aunque estaban muy necesitados, los dos abuelos acogieron a los viajeros con generosidad, avivaron el fuego con el último leño, pusieron a hervir una cazuela y echaron en ella el único trozo de tocino ahumado que colgaba de una viga.

Dispusieron para sus huéspedes su propio lecho, pues no tenían otro, y amontonaron en él todas las esteras que poseían. Luego pusieron la mesa y en ella colocaron la cena para los dos extraños.

Además de carne había aceitunas y queso, huevos cocidos entre las ascuas, y las escasas reservas que les quedaban de higos, dátiles y nueces. La vieja Baucis sirvió la comida con manos temblorosas, mientras Filemón dejaba dos cuencos de madera sobre la mesa y escanciaba en ellos el poco vino que aún permanecía en la desportillada jarra.

Hicieron todo esto con sencillez, hablando con amabilidad a sus invitados y haciéndoles sentirse cómodos, sin ni por asomo imaginar que aquellos

viajeros fueran otra cosa que dos hombres tan menesterosos como ellos mismos.

Mas cuando Filemón se acercó a rellenar los cuencos que sus huéspedes habían apurado hasta los posos, se encontró con que los dos estaban llenos a rebosar, y de un vino tan dulce y fragante que su balsámico aroma llenaba toda la choza. Ante lo cual cayó de rodillas ante sus invitados:

—¡Nobles señores —exclamó, juntando sus manos en oración—, ciertamente debéis ser dioses venidos del Olimpo! Perdonadnos, os lo suplicamos, por haberos acogido con tanta parquedad y que la comida haya sido tan mísera. Si más hubiéramos tenido mejor lo habríamos hecho, pues os hemos ofrecido cuanto poseíamos.

Zeus sonrió amablemente a los dos ancianos y les dijo:

—Habéis acertado, pues en verdad somos Zeus y Hermes, descendidos a la tierra para poner a prueba a la humanidad. Y en vosotros no encontramos falta alguna. Venid pues, y observad lo que deseamos ofreceros.

Los condujo fuera de la cabaña, la cual, apenas hubieron salido de ella, empezó a crecer y a transformarse ante sus ojos. Los toscos maderos que sujetaban el techo se convirtieron en sólidas columnas de mármol blanco; el amarillo de la paja fue adoptando un tono cada vez más intenso hasta brillar como el oro más puro, y el suelo de tierra se tornó liso y duro con un mosaico de vivos colores.

—Y ahora —dijo Zeus—, ¿qué regalo deseáis para vosotros? —Entonces Filemón y Baucis hablaron entre sí durante unos momentos, tras lo cual Filemón se volvió y dijo:

—Lo que deseamos por encima de cualquier otra cosa es ser vuestros sacerdote y sacerdotisa en el hermoso templo que habéis creado. Y también os pedimos que, puesto que hemos pasado nuestra existencia en una felicidad y armonía tan perfecta, nos concedáis a los dos la gracia de morir en el mismo instante.

—Así os lo otorgo —exclamó Zeus, y su trueno retumbó por el cielo como señal de su regalo—. Y no importa lo que les pueda suceder a los hombres malvados, aquí en la cima de esta montaña sagrada estaréis a salvo. A ello añadiré un nuevo don: os devuelvo vuestra juventud. Disfrutad de vuestro tiempo con la misma virtud con que lo habéis hecho hasta ahora, y cuando la muerte por fin os alcance, que los dos os convirtáis, simultáneamente, en sendos árboles, para que montéis guardia aquí a la entrada de mi templo.

Con estas palabras Zeus se apartó de Baucis y Filemón, y partió una vez más con Hermes en dirección a Grecia.

Pronto llegaron a la boscosa Tesalia, al norte de Grecia, y ahí Zeus se volvió hacia Hermes y le dijo:

—Hijo de Maya, hasta ahora hemos encontrado a una pareja virtuosa en tierras de Frigia, aunque aquí en nuestra propia tierra dimos con Licaón, el comedor de hombres, el rey lobo. ¡En esta nuestra última visita se decidirá si salvamos a la humanidad o si acabamos con ella!

Quizá fuera que Hermes conociera aquel paraje, y abría la marcha, o que Zeus deseara encontrar un motivo para perdonar por lo menos a algunos mortales, pero lo cierto es que la siguiente casa en la que buscaron cobijo resultó ser la de Deucalión, a quien Prometeo había moldeado con arcilla de Panopeo, y cuya esposa, Pirra, era hija de Epimeteo y Pandora.

En esta pareja encontraron todas las virtudes que podían desear: corteses y piadosos, temerosos de los dioses, llevaban una existencia sin tacha, practicando con diligencia las artes que Prometeo les había enseñado.

—Bien —dijo Zeus, cuando él y Hermes hubieron comprobado la hospitalidad de Deucalión y encontrado que un rey de Tesalia podía ser tan sencillo y atento como un humilde campesino de Frigia—. Ahora debo volver al Olimpo a desatar un gran diluvio sobre la tierra. Todos los que no merezcan vivir perecerán en esta inundación, y yo me encargaré de que todos los que se pongan a salvo escalando las cumbres de las montañas sean dignos de seguir viviendo… y mucho me temo que no serán muchos los elegidos. En cuanto a ti, Deucalión, apresúrate y construye un barco; coloca un techo sobre él, almacena ropas y comida, y luego busca refugio en él con tu mujer y tus hijos. En esa nave estarás a salvo, pues yo la guiaré hasta una tierra que os entregaré para que os adueñéis de ella tú y tus hijos.

Deucalión hizo lo que se le ordenaba, y en esa tarea empleó muchas de las destrezas que Prometeo le había enseñado. Pronto estuvo terminado el barco y, en cuanto Pirra y él mismo estuvieron a salvo en su interior, Zeus abrió las compuertas del cielo.

Durante nueve días y nueve noches cataratas de agua se desplomaron desde el firmamento, mientras Poseidón agitaba su tridente para que las olas del mar invadieran también la tierra.

Todo era desolación: casas en ruinas cubiertas por el agua, cosechas podridas y echadas a perder, y peces nadando entre las ramas de los árboles. Tan solo las gentes del mar, las ninfas y los delfines, estaban felices, nadando

en torno a las cumbres de las montañas y sumergiéndose para explorar las ciudades hundidas.

Por fin las aguas empezaron a retirarse, con lo que el barco se vino a posar en las laderas del monte Parnaso, cerca del templo de Apolo en Delfos. Alabando a los dioses por haberse salvado, Deucalión y Pirra saltaron a tierra y se echaron a dormir.

Por la mañana una voz les habló desde lo más profundo de la tierra, desde debajo mismo del templo de Apolo, que ahora se veía cubierto de algas e incrustado de conchas marinas.

—¡Deucalión y Pirra! El Padre Zeus no desea borrar completamente a los hombres de la faz de la tierra. Marchad por el valle que se abre ante vosotros, cubríos la cabeza con las capas y lanzad a vuestras espaldas los huesos de vuestra madre.

Durante un buen rato se mostraron sorprendidos por este mandato, pues cada uno había nacido de una madre diferente y las dos estaban muertas. Mas al cabo Deucalión dio con la respuesta correcta.

—Sin duda nuestra madre es la Tierra —observó—, pues con tierra nos dio forma nuestro hacedor, Prometeo. Y los huesos de la tierra no pueden ser sino las piedras.

Así bajaron por aquel valle, con las cabezas tapadas con las capas y lanzando piedras hacia atrás por encima del hombro. Según avanzaban escucharon un rumor a sus espaldas, un murmullo que crecía y crecía detrás de ellos hasta que, sin poderse contener, se dieron media vuelta.

Ante sí contemplaron una multitud de hombres y mujeres. Y mientras miraban vieron que las últimas piedras que habían lanzado se iban hinchando, transformándose, ablandándose y poniéndose en pie hasta adoptar forma humana: de las piedras que lanzaba Deucalión surgían hombres; y mujeres, de las de Pirra.

De esta forma se repobló la tierra de Grecia, y muy pronto nuevas ciudades surgieron de entre las ruinas de las antiguas, los sembrados volvieron a producir trigo y los olivares brillaron una vez más con destellos plateados bajo la luz del sol. Los hijos de Deucalión y Pirra, juntándose con quienes habían sobrevivido al diluvio encaramándose a las cimas de las montañas, se convirtieron en los reyes y reinas de las diversas regiones y ciudades de Grecia. Y el más famoso de aquellos hombres, llamado Helén, dio su nombre a todo el país, al que a menudo se llama Hélade aún hoy en día, y helenos a su gente.

Zeus estaba satisfecho con la humanidad, ahora que los más malvados de entre ellos habían sucumbido, y él y los demás Inmortales vagaban a menudo por la hermosa tierra de la Hélade, juntándose en ocasiones con mujeres mortales cuyos hijos se convertían en reyes y en príncipes de los griegos.

—Esta es la Edad de los Héroes —decretó Zeus—, y en ella los hombres serán más fuertes y las mujeres más hermosas que sus descendientes de tiempos posteriores. —Pues Zeus recordaba la profecía del Titán Prometeo de que, cuando los Gigantes vinieran a intentar destronarle, a él y a los otros Inmortales, solo podrían ser derrotados si los Olímpicos contaban entre ellos con un hombre mortal lo suficientemente poderoso y esforzado para matar a los Gigantes según iban siendo derribados.

Así lo planeó Zeus, con la esperanza de que el más grande de todos los Héroes naciera a tiempo de ayudarle. La Edad Heroica había de durar hasta que hubieran muerto los contemporáneos del hijo más joven de aquel Héroe; y entre ellos se contaría Odiseo, el último de los Héroes, que había de combatir bajo las murallas de Troya.

Mas al no poder contar con la sabiduría de Prometeo, Zeus cometió un error que casi provoca su destrucción y la del mundo entero. Pues una vez que Deucalión y Pirra hubieron creado hombres y mujeres lanzando piedras sobre sus hombros, Zeus, en su ansia por convertir a Grecia en una agradable morada para los Héroes, había ordenado a la Tierra:

—¡Que aparezcan animales! —Pues toda la vida animal había perecido en la gran inundación, aunque los pájaros y las serpientes hubieran conseguido sobrevivir.

La Tierra, Gea, hizo lo que se le exigía, y toda clase de seres aparecieron saltando y arrastrándose fuera de la tierra, abriéndose camino entre las rocas y excavando el suelo a la manera de los topos. Mas Gea rio para sus adentros, confinada como estaba en lo más profundo de las cavernas en que yacían prisioneros los Titanes. Además de animales también produjo a los Gigantes, aunque permanecieran ocultos en sus cuevas antes de plantar batalla a los Inmortales. Aparte de a los Gigantes, Gea también dio vida al más espantoso monstruo jamás creado, y Tifón era su nombre.

5
Tifón el Terrible

La voz de la lira maravilla en todas partes;
en los palacios de los dioses, en la ciudad de los hombres,
y en el solitario vallejo arracimado de rocas,
en la quietud de la brisa de montaña.

Solo a Tifón le resulta odiosa;
a Tifón solo, el rebelde caído,
a través de cuyo corazón el Etna hinca sus raíces de piedra
para incrustarlas en el mar.

MATTHEW ARNOLD, *Empédocles en el Etna*

Tifón, el último de los Titanes, nació de la Tierra en Asia Menor, lejos de la vista de Zeus. La Tierra lo escondió tanto tiempo como le fue posible en una gran caverna en tinieblas en un lugar llamado Cilicia, de forma que fuera ya un ser poderoso cuando Zeus descubriera su existencia.

Mas cuando Tifón alcanzó todo su tamaño no había lugar en el mundo que pudiera esconderlo. De todas las criaturas que alguna vez ha conocido la Tierra, Tifón era la más descomunal y terrorífica.

Era tan inmenso que al caminar por el océano las olas apenas si le llegaban por encima de las rodillas; y cuando se levantaba en mitad de los campos, las estrellas se le enredaban en el cabello. Era una visión pavorosa, pues de sus hombros surgían un centenar de cabezas, con largas e impetuosas lenguas de serpiente y ojos llameantes. En cada cabeza una terrorífica boca hablaba con su propia voz: algunas pronunciaban palabras inteligibles para los hombres; pero otras mugían como toros, rugían como leones o aullaban como hacen los lobos que persiguen a su presa. De los hombros del monstruo brotaban sendas alas de dragón, y sus manos eran tan fuertes que podían mover montañas.

En cuanto hubo alcanzado su máxima altura, Tifón apareció de repente vadeando el mar Egeo hacia Grecia, rugiendo con el estruendo de un millar de huracanes. Se encaminó sin vacilar al Olimpo, pues el único pensamiento que habitaba en cada una de sus cabezas era el de destruir a los Olímpicos y reinar en su lugar.

Entonces hubo terror y pánico en el cielo, y para salvarse los Inmortales huyeron a la tierra de Egipto, donde se disfrazaron asumiendo las cabezas de animales o pájaros, de forma que Tifón no pudiera reconocerlos. Los egipcios construyeron estatuas imitándolos y les dieron nuevos nombres: a Artemisa con su cabeza de gata la llamaron Bast; a Dioniso y su testa de carnero lo denominaron Osiris; Deméter fue Isis, por su testuz de vaca, y así todos los Inmortales.

Mas Zeus no huyó. Se plantó en el Olimpo para presentar batalla a su espantoso enemigo y lo fulminó con un rayo. Mas Tifón se reía de esas centellas y, a la siguiente que le mandó Zeus, la cogió por un extremo y se la devolvió con saña al Olímpico, junto con una lluvia de rocas y cimas de montañas.

Zeus las esquivó y agarró la gran hoz hecha de diamante con la que al comienzo de los tiempos Crono había mutilado a su propio padre, el Cielo. Con este arma, más dura y afilada que el más cortante de los hierros, atacó al monstruo y toda la tierra se agitó y conmovió mientras luchaban. Largo y feroz fue aquel combate, pero Zeus era el más fuerte y pronto Tifón sangraba por múltiples heridas.

Mientras rodaban por la tierra, extenuándose en esfuerzos colosales, Tifón hizo un último y tremendo esfuerzo y le arrebató la hoz a Zeus, mientras rodeaba sus miembros con sus serpentinos anillos y le mantenía prisionero unos instantes. Entonces con rápidos movimientos Tifón le cortó los tendones de los brazos y de las piernas, dejándole indefenso, tirado en el suelo incapaz de moverse, en la ladera del Olimpo.

Tifón también estaba gravemente herido, sangrando por todo el cuerpo, pero aun así consiguió arrastrarse hasta un valle profundo en la tierra salvaje de Tracia, al norte de Grecia, donde ocultó los tendones de Zeus en lo profundo de una cueva. Luego se dispuso a descansar al sol, vigilando aquel trofeo, recuperando las fuerzas mientras se curaban sus heridas.

Hermes y Pan aprovecharon la tregua para ir sigilosamente en busca de Zeus, al que encontraron tumbado en la falda de la montaña, incapaz de moverse, absolutamente desvalido a merced de su enemigo. Trataron de imaginar diferentes formas en que podrían protegerlo, hasta que al fin a Hermes se le ocurrió un plan:

—Necesitamos la ayuda de un humano —propuso—. Tifón también es inmortal, por lo que nos reconocería a cualquiera de los dos, sin importar el disfraz que empleemos.

Entonces Zeus recordó que el príncipe Cadmo vagaba en ese tiempo por las colinas de Tracia, en busca de su hermana Europa. Pues había sucedido que poco antes de la llegada de Tifón, Zeus había estado visitando la tierra de Fenicia, al norte de Palestina, bajo la forma de un gran toro blanco con cuernos de oro.

La princesa Europa jugaba en la playa con sus acompañantes, y estaba encantada con la belleza del gran semental blanco. Al principio se asustó un poco, mas el animal llegó hasta ella con tan buena disposición y se dejó acariciar de tal manera, que pronto la joven lo trataba como si fuera su mascota. Le adornó los cuernos con guirnaldas de flores y, a continuación, con gran atrevimiento, se subió a su lomo para cabalgarlo. El toro blanco era la gentileza personificada: la paseó grácilmente de un lado a otro de la arena y pronto empezó a chapotear entre las pequeñas olas que rompían en la orilla. Al principio Europa no cabía en sí de emoción, mas su alegría se tornó de repente en alarma cuando el toro se internó por aguas profundas y empezó a nadar mar adentro.

En vano gritó la princesa pidiendo ayuda, aferrándose desesperada a los cuernos dorados. Mas el toro la llevó sin vacilar hasta la isla de Creta. Allí Zeus recobró su forma habitual y aseguró a Europa que sus hijos reinarían sobre esa hermosa isla, y que lo harían con tanto acierto y sabiduría que, tras su muerte, dos de ellos serían jueces de las almas de los muertos en el reino de Hades.

Mientras tanto, el rey de Fenicia, el padre de Europa, llamó a sus tres hijos y les dijo:

—Id al norte y al sur y al oeste en busca de vuestra hermana, ¡y no volváis sin ella, o vuestro castigo será la muerte!

Por eso el mayor de ellos, el príncipe Cadmo, recorría sin rumbo los valles de Tracia al norte de Grecia cuando de repente se presentaron ante él dos Inmortales.

—No temas, príncipe Cadmo —le dijo Hermes—. Te traemos un mensaje de Zeus. Serás rey de una gran ciudad de Grecia y tus hijos gozarán de fama entre los hombres. Zeus será tu amigo y os colmará de bienes a ti y a los tuyos… Mas ahora él está en un terrible apuro… y solo tú puedes ayudarle.

Disfrazaron a Cadmo de pastor y Hermes le construyó una pequeña choza no lejos de donde se encontraba Tifón. Pan, el amable Inmortal de patas de cabra que tenía a su cargo pastores y rebaños, prestó a Cadmo unas ovejas y también unas magníficas flautas de las que extraer las baladas más dulces y mágicas que jamás hubieran tocado manos mortales.

Cuando Hermes hubo instruido a Cadmo sobre el modo en que debía comportarse, el nuevo pastor bajó por el valle tocando la flauta de Pan, con las ovejas y los corderos saltando y triscando a su alrededor. Pronto llegó a donde se encontraba Tifón, recuperándose aún sobre la suave hierba frente a la cueva. Tifón escuchó la música y no hizo ningún intento de dañar al sencillo pastor que conseguía arrancar de esas cañas unos sonidos tan gratos y maravillosos.

—No tengas miedo de mí —gruñó el monstruo—, sigue tocando, pues necesito oír esa dulce melodía que alivia mi dolor y ayuda a restañar mis heridas. Cuando sea Señor del Cielo y de la Tierra te recompensaré espléndidamente.

Cadmo se llevó la flauta de Pan a los labios una vez más, y unas notas dulces y vibrantes llenaron el aire. Y Tifón sintió que nunca antes había escuchado algo tan asombroso.

—¡Sigue tocando! —exclamó entusiasmo cuando Cadmo se detuvo a descansar.

—¿Te gusta el sonido de mi flauta? —preguntó Cadmo—. ¡Ay! Si escucharas cómo suena mi lira te olvidarías para siempre de estas cañas. ¡Ni siquiera Apolo tañe la lira con tanta gracia como yo!

—Toca, pues, la lira; sea lo que sea ese instrumento —rezongó Tifón.

—¡Ay! —se volvió a quejar Cadmo arteramente—. Ahora es imposible, pues no hace mucho estaba tocando de forma tan arrebatadora que Apolo, el celoso señor de la música, me arrancó la lira de las manos y quebró todas las cuerdas. Mírala, aquí la tienes. Si no encuentro pronto unos tendones frescos con los que hacer unas nuevas, jamás podré volver a sacar de ella la música que tanto bien me hacía.

Sin sospechar ningún tipo de treta de este simple pastor que tocaba con tanto entusiasmo, Tifón se arrastró dolorido hasta el interior de su cueva y salió de ella llevando en la mano los tendones de Zeus.

—¡Aquí tienes! —dijo—. ¡Coge estos! ¡Ténsalos en tu lira y toca hasta que venga a confortarme el reparador sueño!

Cadmo cogió los tendones y los situó amorosamente en el hueco de la lira por debajo del cuero vacuno que servía de caja de resonancia.

—Me los llevaré a mi cabaña —dijo— y los ajustaré esta noche. Así mañana podré deleitarte con el sonido de la lira. Es una tarea minuciosa y delicada que requiere tiempo. Mas ahora déjame que toque para ti una nana con mi flauta.

Entonces, sin dejar a Tifón tiempo para pensar, Cadmo hizo sonar la flauta de Pan con una melodía tan placentera y repleta de los tiernos arrullos del sueño que todas sus cabezas empezaron a caer y sus doscientos ojos fueron incapaces de mantenerse abiertos. Pronto estuvo profundamente dormido y sus ligeros ronquidos llenaron el valle como el retumbar del trueno distante en una noche de verano. Y Cadmo se alejó de allí ligero, sin hacer ningún ruido.

Más allá de las colinas Hermes y Pan lo estaban esperando. Mientras Hermes cogía los tendones y se apresuraba a llevárselos a Zeus, Pan conducía a Cadmo rápidamente hacia el sur, cada vez más lejos hasta que llegaron a la orilla del mar donde su barco le estaba esperando.

Zeus volvió a colocarse los tendones en brazos y piernas y en un instante recuperó todas sus fuerzas. Saltó a su carro, cogió un puñado de centellas y se lanzó a la batalla contra su temible enemigo.

Tifón, que todavía sangraba a causa de su anterior encuentro, huyó aterrorizado y, alcanzado por los rayos, cayó por fin y quedó tumbado en el mar no lejos de Italia.

Entonces Zeus cogió la isla de Sicilia y lo aplastó debajo de ella. Y allí sigue atrapado para siempre bajo las raíces del monte Etna. A veces todavía forcejea y aúlla su furia, enviando a través de la chimenea su aliento llameante mezclado con las corrientes de sulfurosa lava que arruinan los campos y viñedos de Sicilia.

Mientras tanto el príncipe Cadmo navegaba sobre el mar azul en dirección a Delfos, pues eso es lo que Pan le había indicado, ya que por orden de Zeus no debía seguir buscando a Europa, sino que debía aprestarse a fundar su propio reino.

Cuando hubo acabado con Tifón, Zeus envió una tormenta que desvió el barco de Cadmo de su curso dirigiéndolo hacia el este, hasta que el décimo día llegó a la isla encantada de Samotracia.

En este lugar se levantaba un palacio de oro, con pilares de mármol y suelos de piedras preciosas. Estaba rodeado del jardín más delicioso del mundo, cuajado durante todo el año de incontables flores y frutos, siempre en sazón.

Hefesto, el Herrero Inmortal, había construido este palacio por orden de Zeus para Armonía, la hija de Ares y de Afrodita, y allí es donde habitaba esta princesa de las hadas, con la ninfa Electra cuidando de ella, y los hijos de Electra guardándola de sus enemigos. El mayor de estos hijos era Dárdano, quien más tarde se convertiría en el primer rey de Troya.

Electra recibió a Cadmo en su hermosa morada y lo atendió, a él y a sus compañeros, durante muchas jornadas. La bellísima Armonía paseó por los fragrantes jardines con el apuesto príncipe, y muy pronto los dos cayeron profundamente enamorados, tal y como Zeus había previsto. Un día Hermes llegó hasta Samotracia y comunicó a Electra:

—Cadmo y Armonía se aman tiernamente, y el Padre Zeus, recordando su promesa al arrojado príncipe que le prestó un servicio tan notable en su batalla contra Tifón, ha decretado que se conviertan en marido y mujer. Ordénales que se hagan a la mar en una veloz nave, acompañados por todos sus criados y seguidores, y que crucen el mar hasta Delfos, pues allí el oráculo de Apolo le indicará a Cadmo dónde debe fundar su ciudad.

Electra hizo lo que se le ordenaba, y muy pronto el barco de blancas velas hendía las vinosas olas, dejando atrás la isla que ya no estaba encantada, pues había perdido su magia una vez que Armonía la hubo abandonado.

Surcaron el mar en calma del estío entre las islas refulgentes como joyas del Egeo. Doblaron el tormentoso cabo Malea al sur de Grecia, pero las amables ninfas marinas los guiaron más allá de las traicioneras rocas y una gentil brisa los impulsó suavemente hacia su destino.

Por fin llegaron al adorable golfo de Corinto, anclaron el barco en una bien resguardada caleta y subieron hasta la hermosa Delfos, situada en la ladera grisácea y verde de una colina, bajo los acantilados amarillos del Parnaso.

Allí Apolo les hizo saber la voluntad de Zeus a través de su oráculo:

—¡Cadmo! —dijo la voz surgiendo de las entreveradas sombras de la grieta bajo el templo—. ¡Cadmo! Abandonaste tu lejano palacio para buscar el Toro Blanco de Zeus. ¡Que cese ahora tu búsqueda, mas sigue el rastro de una Ternera, y allá donde la Ternera se tumbe a descansar, allí construirás una ciudad de siete puertas a la que darás el nombre de Tebas!

Así lo hizo Cadmo y, en el valle que se abre debajo de Delfos, encontró una ternera pastando. Tan pronto como le vio venir, el animal levantó la cabeza, la inclinó gentilmente y empezó a trotar valle arriba. Por el escarpado collado atravesó las montañas, dejó atrás el tétrico lugar donde se cruzan tres caminos, y por la ladera de una colina bajó a la llanura más fértil de toda Grecia.

Cuando llegó al lugar predeterminado se echó a descansar, y Cadmo supo que su búsqueda había terminado. Se había detenido sobre una elevación del terreno con una pequeña garganta a cada lado, y allí Cadmo construyó su ciudadela, con murallas, templos y un palacio.

Una vez que el palacio y las murallas que rodeaban la acrópolis estuvieron terminados, y Cadmo hubo matado al dragón que vivía debajo de la colina y marcado los campos y las ricas tierras trigueras para sus súbditos, solo entonces tuvieron lugar sus esponsales con Armonía.

Al banquete de bodas acudieron todos los Inmortales del Olimpo. El mismo Zeus se sentaba a la cabecera de la mesa, con Hera a su lado; Ares y Afrodita también acudieron, por supuesto, para hacer entrega de su hija al bravo príncipe que tan intrépidamente la había ganado. Hermes y Pan estaban presentes, y Apolo para hacer música con su celestial lira mientras las Nueve Musas cantaban el himno nupcial y los Inmortales festejaban con los hombres y las mujeres mortales.

Cuando las celebraciones terminaron, los Inmortales regresaron al Olimpo, y solo en muy raras ocasiones, como ya se verá, volvieron a asistir a las bodas de un mortal.

Cadmo y Armonía vivieron felices el resto de sus días. Al llegarles la última hora, Zeus los transportó a los Campos Elíseos, donde la primavera nunca acaba. Allí habitan para siempre inalterados, con las sombras de los demás hombres y mujeres que Zeus ha tenido a bien premiar con esta forma de inmortalidad.

6
Las aventuras de Dioniso

> Sémele se atrevió a desear… ver;
> que sus ojos fueran iguales
> a su corazón, a sus labios y oídos.
> Suplicó la noche en la noche perfecta.
> Un relámpago repentino bebió sus lágrimas,
> vida y dulzura. Estaba muerta.
>
> T. STURGE MOORE, *Sémele*

Después de la lucha con Tifón, Zeus comenzó a buscar cada vez con mayor ansiedad al Héroe que había de ayudarle a derrotar a los Gigantes. ¡Si la Tierra aún era capaz de producir semejante monstruo, la guerra contra los Gigantes estaba mucho más próxima de lo que había previsto!

Quizá fuera por algo que Prometeo había dicho, o por alguna intuición que él había tenido, pero Zeus estaba convencido de que el Héroe nacería con toda seguridad en Tebas.

Por eso, cuando Cadmo y Armonía hubieron construido su ciudad de siete puertas (con la ayuda de los músicos Anfión y Zeto, a los sones de cuya lira las piedras se movían por sí mismas encaramándose unas sobre otras para levantar la muralla), Zeus vigilaba con atención el devenir de sus hijas.

De estas la mayor era Autónoe, cuyo único hijo, Acteón, tuvo un trágico final. Insultó a Artemisa, la Cazadora Inmortal, jactándose de ser más diestro que ella un día en que la sorprendió bañándose en un solitario estanque del monte Citerón. Indignada, la diosa lo convirtió en venado y azuzó contra él a sus propios lebreles, que lo derribaron y despedazaron sin saber lo que hacían.

La segunda hija era Ino, que se casó con Atamante, rey de una ciudad no muy distante de Tebas, quien a su vez tenía otros dos hijos, Frixo y Hele. Su madre era Néfele, la Doncella Nube, que tras su nacimiento huyó de nuevo al cielo, con lo que Atamante jamás volvió a verla. Cuando Ino tuvo sus propios hijos empezó a odiar a estos dos que no eran como los demás mortales, y pronto demostró ser una madrastra malvada y cruel. No se atrevía a matarlos por sí misma, por lo que en secreto hizo secarse las semillas de trigo, causando con ello una gran hambruna. Luego sobornó al mensajero que fue enviado al oráculo de Delfos para preguntar por qué no crecía el grano, y le

ordenó volver con la respuesta de que la tierra sufría una maldición que solo sería revocada si Frixo era inmolado por su padre.

Atamante se entristeció profundamente cuando escuchó este mensaje, pero no se atrevía a desobedecer al oráculo, que creía era la voz de Apolo. Así en el día señalado toda la gente se reunió en torno al altar de Zeus, donde Atamante debía dar muerte a su hijo Frixo.

Mas Néfele, la Doncella Nube, no se resignaba a perder así a un vástago suyo. Le pidió a Pan que le entregara un Carnero Mágico con un vellocino de oro puro y, cuando Atamante levantó su cuchillo para ejecutar el sacrificio, el carnero se precipitó desde el cielo y arrebató a Frixo y a Hele, llevándoselos a horcajadas sobre el lomo.

Por tierra y por mar se apresuraba, cargando sobre sí a los dos muchachos, mas al cruzar de Europa a Asia hizo un giro repentino y Hele cayó de su montura y se ahogó en el estrecho mar que, en honor a ella, fue conocido desde entonces como Helesponto.

El carnero siguió volando con Frixo a la espalda hasta llegar a la tierra de Cólquide, cerca del extremo oriental del mundo, donde reinaba Eetes, el Mago. Allí vivieron seguros y, cuando murió el animal, su Vellocino de Oro fue colgado en un huerto mágico bajo la vigilancia de un dragón que había de custodiarlo hasta la venida de los argonautas.

En Tebas solo Ino lamentaba que los dos jóvenes se hubieran salvado, y recibió su castigo antes de que transcurriera mucho tiempo.

La siguiente hermana, la tercera hija de Cadmo y Armonía, era la bella Sémele, a quien Zeus decidió desposar él mismo. Dado que Armonía tenía por padres a dos Inmortales, Ares y Afrodita, Zeus intuyó que el fruto de esa unión sería un niño de poderes extraordinarios.

Ahora bien, Hera, la reina del Olimpo, al descubrir las intenciones de su esposo, se enfureció terriblemente y sus celos no conocieron límites. También temía que el hijo de Zeus y Sémele llegara a convertirse en un Inmortal de poderes superiores a los de sus propios hijos, Ares y Hefesto.

Así pues decidió destruir a Sémele y al niño. Un día se disfrazó de anciana y fue a visitar a la mujer. Empezó hablándole con gentileza y pronto le preguntó por su marido. Mas cuando Sémele le respondió que era el mismo Zeus, la vieja se echó a reír.

—¿Estás segura de eso? —cloqueó con sorna—. ¿No será algún vulgar mortal que se está haciendo pasar por Zeus? Seguro que no viene a visitarte luciendo la radiante gloria que exhibe en su palacio del Olimpo, cuando ocupa su sitial en una mesa de oro al lado de su esposa Inmortal, la reina Hera.

A Sémele la desconcertó esta sugerencia por lo que al día siguiente, cuando Zeus se presentó ante ella, le dijo:

—Cuando nos casamos me prometiste que me otorgarías un deseo, cualquier cosa, sin importar qué fuera lo que te pidiera.

—Así es —admitió Zeus—, y juro por el Éstige que sea lo que sea lo que solicites, te lo concederé.

—Entonces ven a mí envuelto en la misma gloria con la que te muestras entre los Inmortales —le exigió la necia Sémele—, y así sabré que en verdad eres Zeus, y que no te avergüenzas de tener una mortal por esposa.

Zeus se sintió amargamente abatido, mas no podía romper su juramento, aun siendo consciente de que había sido Hera la que le había tendido semejante trampa.

Se irguió en toda su majestad, levantó un brazo y, en un instante, se transfiguró en una luz tan brillante e intensa que, siendo mortal, Sémele no pudo resistir, por lo que cayó de espaldas lanzando un grito, muriendo fulminada por la rutilante gloria de Zeus.

Mas el padre de los dioses cogió al bebé, al que llamó Dioniso, y tras cuidar de él un tiempo se lo encargó a Hermes para que lo protegiera de los furibundos celos de Hera.

Al principio Hermes se lo confió a Ino y a su hermana menor, Ágave, contándoles parte de la verdad y ordenándoles que guardaran el secreto de su origen vistiéndolo, para su seguridad, con ropas de niña.

Y así Dioniso alcanzó la mocedad en Tebas, a salvo de la inquina de Hera. Mas al cabo fue traicionado por Ino y Ágave, y Zeus apenas consiguió salvarlo convirtiéndolo en una pequeña cabra que Hermes llevó al monte Nisa, en Tracia, donde unas gentiles ninfas acuáticas, las hijas del río Lamos, cuidaron de él.

Ino fue castigada por esta y por otras perfidias. Se volvió loca y se zambulló en el mar, llevando en brazos a su propio hijo. Mas las ninfas del mar se hicieron cargo de ellos y desde entonces vivieron entre las olas, e Ino compensó el dolor que había causado durante su vida terrena ayudando a los náufragos maltratados por el piélago.

Mientras tanto Dioniso alcanzó la edad adulta en la cueva del monte Nisa, y se hizo amigo de Sileno y de los Sátiros, que prometieron seguirle allá donde fuera. Pues Dioniso había descubierto la manera de hacer vino con las uvas que crecían en el monte Nisa y los Sátiros fueron las primeras criaturas en probar la nueva bebida y en experimentar sus embriagadores efectos.

Fue tras su primera fiesta de borrachos que Sileno se quedó dormido en el jardín del rey Midas, que le trató con tanta amabilidad que Dioniso le prometió otorgarle cualquier don que le pidiera.

—¡Haz pues que todo lo que yo toque se convierta en oro! —exclamó sin dudarlo el codicioso Midas, y Dioniso le otorgó su deseo con un travieso guiño del ojo.

A su palacio se volvió muy ufano el rey Midas y enseguida hizo que todo él se convirtiera en oro, incluido el jardín, con todos sus árboles y flores. Mas cuando advirtió que también la comida y la bebida se transformaban en oro apenas rozaban sus labios, se dio cuenta de su error y fue en busca de Dioniso para suplicarle que revocara aquella mágica merced.

A Midas no le volvió más sabio esta amarga experiencia, y no tardó mucho en enfurecer a Apolo, que hizo que le crecieran orejas de burro por su incapacidad para reconocer la buena música cuando la oía.

Mientras tanto Dioniso recorría el mundo enseñando a la humanidad el cultivo de la vid y la forma de fermentar en vino el zumo de las uvas. Tuvo muchas aventuras en sus viajes, llegando hasta los confines de la India, de donde retornó en un carro tirado por dos tigres. En una ocasión consiguió escapar de sus enemigos convirtiendo en vino un río, pues cayeron dormidos después de haber intentado aplacar la sed en sus aguas.

Cuando por fin regresó a Grecia, Dioniso dio con varios reyes contrarios a que enseñara a sus súbditos el arte de la elaboración del vino. La razón que daban para esta negativa era que, al igual que los Sátiros, muchas mujeres, las Ménades o «mujeres posesas», seguían a Dioniso abandonando a sus maridos e hijos para entregarse al frenesí del baile por las solitarias colinas.

Uno de estos reyes, llamado Licurgo, expulsó a Dioniso al mar, de donde lo rescataron las ninfas marinas, la más bella de las cuales, Tetis, lo acogió en sus cuevas de coral. Licurgo sufrió por su mala acción puesto que, cuando intentó cortar la vid que Dioniso había plantado, acabó por cortarse uno de sus propios pies.

Mientras tanto Dioniso salió de las cuevas de Tetis, aunque por el lado opuesto del mar, y alquiló un barco para que lo devolviera al otro extremo. Mas sucedió que los marineros eran una banda de piratas de Tiro que iban a la caza de jóvenes efebos a los que vender como esclavos, y a los que el joven dios les pareció una presa magnífica. Pues Dioniso era en verdad alto y apuesto, de tez clara y lozana, negros cabellos que le caían hasta los fornidos hombros cubiertos por una capa de intenso color púrpura.

Cuando estuvieron mar adentro, el capitán pirata ordenó a sus hombres que ataran a Dioniso con cuerdas y lo encerraran en la oscura bodega del barco. Pero cuando se pusieron a ello, observaron sorprendidos cómo las sogas se desprendían de las manos y los pies de la deidad en cuanto terminaban de apretar los nudos.

—¡Hemos perdido el juicio! —exclamó entonces el timonel—, sin duda es uno de los Inmortales el que llevamos en nuestro barco. Se trata quizá de Apolo, o de Poseidón… o incluso del mismo Zeus. Dejémoslo en libertad y transportémoslo con todos los honores hasta Grecia, no sea que se enoje y tome cumplida venganza de nosotros.

—¡Tú eres el loco! —respondió furioso el capitán—. Atiende a tu trabajo que nosotros nos ocuparemos de este esclavo. Nos darán un buen precio por él en Egipto o en Sidón, no te quepa la menor duda.

Entonces izaron las velas y volaron por las espumosas olas empujados por un recio viento de popa. Pero pronto empezaron a suceder cosas extrañas en el barco. Primero un dulce aroma a vino surgió de la bodega y un pequeño chorro rojizo corrió por el puente. Entonces, mientras los marineros observaban estupefactos, de los mástiles y vergas del barco empezaron a brotar grandes hojas y serpenteantes pámpanos. Pesados racimos de uvas aparecieron a ambos lados de las velas y, en los pasadores entre los que descansaban los largos remos, crecieron vides cuajadas de flores.

Al contemplar todo esto los piratas dieron grandes voces ordenando al timonel que diera la vuelta al barco y lo condujera a Grecia a toda la velocidad de que fuera capaz. Pero su arrepentimiento llegaba demasiado tarde, pues según caían de rodillas ante Dioniso para suplicar su clemencia, el dios se metamorfoseó en un feroz león que lentamente se aproximó hacia ellos.

Con grandes alaridos de terror saltaron por las bordas del barco… y de inmediato quedaron convertidos en delfines. Todos ellos excepto Acetes, el timonel, que permaneció en su asiento paralizado por el terror. Dioniso, recobrando su figura habitual, le dirigió palabras tranquilizadoras:

—No tengas ningún temor, buen Acetes, pues con prudencia aconsejaste a tus malvados compañeros que me trataran según me era debido, y por ello has ganado el favor de mi corazón. Has de saber que yo soy Dioniso, hijo del Inmortal Zeus, y que me dirijo a la tierra de Grecia portando conmigo el don del vino, para que sirva de consuelo y solaz a toda la humanidad.

Acetes condujo el barco, y los vientos lo hicieron volar sobre las olas hasta llegar a Atenas. Allí Dioniso y su presente fueron acogidos con

entusiasmo, aunque su anfitrión, Icario, sufrió por accidente un triste destino. Ofreció vino a sus amigos y estos, tras beber en demasía y experimentar por primera vez sus extraños efluvios, empezaron a gritar que Icario los había envenenado.

Presas de rabia y pánico le dieron muerte y tiraron su cuerpo a un pozo, donde lo encontró su hija Erígone con la ayuda de su leal perro, ante lo cual la muchacha se ahorcó abrumada de dolor. Zeus fue testigo de lo ocurrido y a los tres los situó entre las estrellas, donde todavía hoy se les puede contemplar como las constelaciones de Virgo, Arturo y Procyon, el Can Menor.

Mas Dioniso continuó su camino y por fin llegó a Tebas, donde había nacido. Nadie lo reconoció y Penteo, hijo de Ágave, que ahora ocupaba el trono de su abuelo Cadmo, lo encerró en una prisión de piedra y juró que había de matarlo.

Una vez más, sin embargo, el poder de Dioniso acabó triunfando. Las viñas y las parras crecieron entre las piedras de los muros de la cárcel hasta que cayeron desmoronados. Dioniso quedó libre mientras que a Penteo una banda salvaje de Ménades entre las que estaba su propia madre, Ágave, lo confundió con un león, le dieron caza y lo despedazaron.

Estos y muchos otros sucesos extraños y maravillosos se contaban de Dioniso. Los hombres le rendían honores y proclamaban que debía ser uno de los Inmortales. Mas aún le faltaba una última aventura antes de poder ocupar su sitial en el Olimpo. Y esta fue la más extraña que jamás le ocurriera a ningún Inmortal. Pues Dioniso viajó a la tierra de Argos, al sur de Grecia, y allí el rey Perseo marchó contra él armado de pies a cabeza.

Perseo, que también tenía a Zeus por padre, era, con una única excepción, el más grande de todos los héroes griegos, y durante un breve lapso de tiempo Zeus pensó que él podría ser el paladín que estaba buscando.

En el momento en que Perseo desenvainaba su espada para cargar contra Dioniso, todos los Inmortales se reunieron en las nubes para contemplar un combate tan atroz y decisivo. El enfrentamiento culminó cuando Perseo asestó a Dioniso un golpe mortal, pues solo así el encono de Hera podía ser aplacado. Mas no se sabe a ciencia cierta si Dioniso también acabó con Perseo al mismo tiempo, pues hay quien mantiene que Perseo fue asesinado poco después por Megapentes, a cuyo padre, Proteo, Perseo había convertido en piedra con la cabeza de la Gorgona.

Mientras moría, Dioniso se zambulló en el lago de Lerna, junto al que habían luchado, pues este lago no tenía fondo y llevaba directamente al Reino de los Muertos, donde Hades gobernaba las almas de los mortales. De esta forma Dioniso compartió el destino de toda la humanidad, aunque Zeus había decretado que se había de convertir en Inmortal y sentarse entre los dioses en el Olimpo.

Una vez en el reino de Hades, Dioniso se abrió paso hasta el trono, donde se sentaba el pavoroso rey con la pálida y triste Perséfone a su lado.

—¡Señor de los Muertos! —exclamó Dioniso—, es la voluntad de Zeus, mi padre, que no permanezca aquí para ser tu súbdito, sino que suba de inmediato a través de la tierra para reclamar un escaño junto a los demás Inmortales. Mas es mi deseo llevar conmigo a mi madre, Sémele. Yo así te lo suplico: libera a mi madre de la muerte para que pueda acompañarme.

—Eso no puede ser —replicó Hades con voz rotunda y solemne—, a no ser que me entregues a cambio de tu madre al ser más querido por ti de entre los que hoy habitan sobre la tierra.

—Ciertamente que lo haré —dijo Dioniso, y lo juró por el río Éstige, juramento que ningún Inmortal puede quebrantar.

—¡Bien! —respondió Hades, y él también se comprometió con el mismo juramento a liberar a Sémele—. Y ahora, a por tu ser más querido.

—¡Mi ser más querido está aquí! —exclamó Dioniso, y con un recio golpe clavó en el suelo su fino cayado, llamado tirso, que siempre llevaba consigo. De inmediato el bastón echó raíces, brotaron hojas de él, y se cubrió de racimos de carnosas uvas.

—Esta vid es mi ser más querido —proclamó con voz de triunfo.

Hades asintió con la cabeza y Sémele fue entregada a su hijo.

Por orden de Zeus una gran grieta se abrió sobre el abismo, una fractura tan profunda y misteriosa que ningún pájaro jamás se atrevió a volar sobre ella, y por esta barranca subió Dioniso hasta el Olimpo, llevando a su madre de la mano. Allí le dieron la bienvenida los demás Inmortales, e incluso Hera sonrió olvidando su animadversión y sus celos.

7
Perseo, el matador de la Gorgona

> Dirigido por Atenea obtuve de las terribles hermanas de grises cabellos secretos ocultos a los hombres… me mostraron el ominoso camino sobre el océano sin agua, el valle que conducía a la Gorgona.
> A ella también la destruí con arrojo. A Medusa, de espantosa belleza; aconsejado por Atenea la destruí, poniendo mis ojos no en ella, sino en su reflejo.
>
> CHARLES KINGSLEY, *Andrómeda*

Perseo no era el Héroe esperado por Zeus, aunque cuando nació, el Olímpico no podía tener esa certeza. Las profecías eran asuntos inciertos, mas ¿por qué había él de creer que el Héroe había de ser un árgivo de Argólide? Este era el fértil triángulo de tierra a través del cual fluye el río Inaco para alcanzar la azul bahía de Nauplia, y en ella los hijos de los hombres erigieron tres bellas ciudades, Argos, Micenas y Tirinto, ayudados por los Cíclopes, los gigantes sirvientes de Zeus de un solo ojo en el centro de la frente. Las enormes piedras que tallaron para construir las murallas de esas ciudades todavía se pueden contemplar hoy en día, aún en su lugar.

En Tirinto vivía el rey Acrisio, que tan solo tenía una hija, la hermosa Dánae. Ansioso como estaba por tener un hijo varón que le sucediera, Acrisio envió a preguntar al oráculo de Apolo el por qué se le negaba. Su cuestión no obtuvo respuesta, aunque en su lugar el oráculo le advirtió de que su hija tendría un niño que acabaría por matarlo.

—¡Eso lo veremos! —exclamó indignado Acrisio, el cual, jurando que Dánae jamás se casaría, la encerró en Tirinto en una torre que forró entera de placas de bronce, de forma que toda ella refulgía como si fuera de oro a la luz del ocaso. Hoy esas placas han desaparecido, pero aún se pueden contemplar incrustados en la piedra los clavos de bronce que un día las sustentaron.

Mas Zeus visitó a Dánae en forma de lluvia de oro y habló con ella desde la resplandeciente bruma. Tuvieron un hijo al que pusieron por nombre Perseo, y que nació allí, en la torre prisión de Tirinto.

Cuando Acrisio supo que, a pesar de todas sus precauciones, había tenido un nieto, se sintió poseído por una furia y una rabia desconocidas que lo convirtieron en un hombre cruel. No creía que Zeus fuera el padre de la

criatura, sino que Preto, su propio hermano al que aborrecía, había robado la llave de la broncínea torre para seducir a su hija.

Hizo construir un gran cofre de madera en el cual introdujo a Dánae y al recién nacido, para luego empujarlo a las turbulentas aguas de la bahía de Nauplia.

—Sería un crimen horrible asesinar a mi hija y a mi nieto —se dijo—, y los Inmortales me enviarían una espantosa maldición. No, tan solo me limito a entregárselos al proceloso océano, y si las olas llegan a inundar el cofre y a hundirlo, no será por culpa mía.

Lejos flotó el cofre sobre el azul mar, allá donde ya no se divisaba la tierra, cuando el viento empezó a soplar levantando grandes olas. Y Dánae empezó a sollozar aterrorizada, apretando con fuerza al recién nacido Perseo contra su pecho.

—Oh, qué acerbo destino nos aguarda —se lamentó la joven—, y tú sin embargo no lloras, mas duermes tiernamente, sin darte cuenta de la pavorosa situación en que nos hallamos. No temes al mar embravecido, ni a la espuma salada que impregna tus cabellos… Oh, quizá sea porque sabes que el Padre Zeus nos ha de proteger… Duerme mi dulce niño, pues si las olas se levantan es solo para mecer tu cuna, que yo rogaré a Zeus que nos conceda arribar sanos y salvos a alguna orilla.

La noche entera flotó el cofre sobre las aguas, y por la mañana encalló en una playa de la isla de Sérifos, donde gobernaba el rey Polidectes. Allí Dictis, el hermano del rey, que era pescador, encontró a Dánae y al niño y los llevó consigo a su casa para cuidarlos.

Allí creció Perseo, fuerte y gallardo, ducho en todo tipo de artes y destrezas, desde la pesca hasta el manejo de la espada. Con el tiempo el rey Polidectes supo de él y se enamoró de Dánae, pero ella no lo deseaba por esposo, pues era un tirano ruin y desalmado. Por fin el rey decidió hacerla suya por la fuerza, mas no terminaba de decidirse ya que Perseo siempre se encontraba a su lado, velando por ella.

Así que imaginó un plan que le permitiría librarse de Perseo sin incurrir en crimen alguno por su asesinato. Ofreció un gran banquete al que invitó a todos los jóvenes de Sérifos, incluyendo a Perseo, y todos acudieron trayendo ricos presentes para el rey.

Mas Perseo no tenía nada que ofrecerle, y de todos ellos fue el único que se presentó con las manos vacías, por lo que todos los demás mozos se burlaron de él hasta que sus mejillas ardieron de vergüenza.

—¡Traeré un regalo mejor que cualquiera de los vuestros! —gritó encorajinado.

—Eso solo podrá ser —replicó el taimado Polidectes— si me traes la cabeza de la Gorgona.

—Pues eso es lo que haré —respondió Perseo, cada vez más descompuesto—. Te la traeré o moriré en el intento.

Y con estas palabras salió corriendo del palacio, entre las burlas y risotadas de Polidectes y los suyos. Bajó a tranquilizarse junto la orilla del plácido mar, para reflexionar sobre lo que convenía hacer.

Mientras estaba allí sentado, sumido en sus reflexiones, dos Inmortales se le acercaron: Atenea, alta y majestuosa con su brillante casco, portando su pulido broquel en el brazo; y Hermes, con su amable risa bailándole en los ojos, delgado y rápido de movimientos, luciendo en los pies sus aladas sandalias.

—No te aflijas, Perseo —dijo Hermes—, pues por voluntad de Zeus hemos venido a socorrerte. Aquí te traemos el arma más afilada del mundo, la mismísima hoz de diamante con la que Crono hirió a su padre, el Cielo, y que Zeus utilizó en su batalla contra Tifón. Ningún arma inferior a esta podría cortar la cabeza de Medusa, la Gorgona.

—Y yo —añadió Atenea con su voz firme y serena— te prestaré mi escudo, con el que deslumbro los ojos de los incautos mortales que pretenden oponerse a mi sabiduría. Toda criatura que se enfrente directamente al rostro de Medusa se convierte de inmediato en piedra por el mero horror que su contemplación inspira, mas si solo vislumbras su reflejo en este espejo no sufrirás ningún daño.

—Levántate ahora —le conminó Hermes—, pues tu madre estará a salvo hasta tu vuelta ya que Dictis, el buen pescador, se encargará de protegerla. Tienes un largo camino ante ti. Primero debes visitar a las tres Grayas, Enio, Pefredo y Dino, que te revelarán la forma de encontrar a las ninfas que habitan a la espalda del Viento del Norte. Ellas te entregarán todas las demás cosas que puedas necesitar y también te indicarán cómo encontrar a la Gorgona; y cómo escapar de sus dos hermanas inmortales, una vez que hayas acabado con Medusa.

Perseo no necesitaba oír más. De inmediato se puso en camino, con el corazón latiéndole apresurado por la excitación de la gran aventura que le aguardaba y el altísimo honor que los Inmortales le habían concedido.

Siguiendo las indicaciones de Hermes, fue primero hasta la solitaria gruta en la que vivían las tres Grayas, las hijas del Titán Forcis, las tres Hermanas

Grises que habían nacido ya ancianas, con el pelo ralo y gris y un único ojo y un único diente para compartir entre ellas.

Perseo se deslizó en silencio a sus espaldas mientras permanecían sentadas en la boca de su cueva. Y a la que se pasaban la una a la otra su único ojo, él se lo arrebató de un manotazo y exclamó en voz alta.

—¡Hijas de Forcis, tengo vuestro ojo! Me lo guardaré y quedaréis sumidas para siempre en la oscuridad a menos que me digáis todo lo que deseo saber.

—Devuélvenos nuestro ojo —graznaron asustadas las tres viejas—, y juramos por el río Éstige que responderemos lealmente a cuanto nos preguntes. ¡Mas no consientas que quedemos encerradas para siempre en esta abominable tiniebla!

Así Perseo supo la ruta que tenía que seguir para llegar a la mágica tierra que se extiende a la espalda del Viento del Norte. Tras devolver el ojo, emprendió de nuevo su camino.

Cuando llegó al hermoso jardín de las Ninfas del Norte, estas le acogieron amablemente y él pudo demorarse largo tiempo en aquel paraíso que ellas habitaban por siempre jóvenes y felices. Mas al cabo les dijo:

—Bellas ninfas, debo apresurarme para matar a la Gorgona Medusa y llevar su cabeza al malvado rey Polidectes. Decidme, os lo suplico, dónde vive la Gorgona y cómo puedo acabar con ella.

—Te prestaremos las Sandalias de la Velocidad —replicaron las ninfas— para que puedas escapar de las terribles hermanas de Medusa. Y también te entregaremos este zurrón mágico que te servirá para guardar su cabeza. Tan solo resta una cosa, y es el Casco de Hades, el casco de piel de perro que hace invisible al que lo porta.

Entonces una de las ninfas bajó con presteza al reino de Hades. En otro tiempo había sido la compañera preferida de Perséfone sobre la tierra, por lo que podía ir a visitar a la Reina de los Muertos y retornar a la superficie siempre que quisiera.

Volvió trayendo consigo el Casco de Oscuridad. Perseo disponía por fin de todo cuanto necesitaba y estaba preparado para afrontar su pavorosa tarea. Se despidió de las amables ninfas y siguió el camino que antes le habían señalado las tres Grayas. Llegó por fin al pedregoso paraje que habitaban las Gorgonas. Mientras se aproximaba a su morada, vio por todas partes, tanto en los campos como en los caminos, las estatuas de los hombres y de las bestias que habían sido criaturas vivas antes de ser convertidos en piedra por la mirada fatal de aquellas quimeras.

Pronto descubrió a las horrendas hermanas durmiendo al sol, con las serpientes que crecían en el lugar de los cabellos en la cabeza de Medusa, y con las escamas de dragón protegiendo las testas de sus hermanas. En las bocas lucían grandes colmillos semejantes a los de los jabalíes, las manos las tenían de bronce y grandes alas doradas surgían de sus espaldas.

Protegido por el Casco de Oscuridad y avanzando sigilosamente, Perseo se aproximó, guiándose por el reflejo que le proporcionaba el pulido escudo de Atenea. Se echó a temblar ante la mera contemplación del horripilante rostro de Medusa destellando en el broquel, mas no se retiró. Contemplando siempre ese destello, blandió la hoz de diamante y, de un único tajo, cercenó la monstruosa cabeza. A continuación, tan rápido como pudo, la introdujo en el zurrón que le habían facilitado las ninfas.

Mas el espantoso silbido de la cabellera de serpientes despertó a las otras dos Gorgonas, espantajos inmortales que no podían ser matados, y que se pusieron en pie de un brinco dispuestas a vengar a su hermana.

Perseo saltó en el vacío y se alejó de allí rápidamente transportado en volandas por las Sandalias de la Velocidad. Tras él se precipitaron las Gorgonas, rugiendo su rabia, mas Perseo huyó cada vez más y más lejos sobre el oscuro océano, hacia el sur, siempre hacia el sur, hasta que sus terribles perseguidoras se perdieron detrás de él en la distancia.

A continuación Perseo giró al este y voló sobre África, por encima del gran desierto vacío donde no había rastro de agua ni brizna de hierba. Mientras sobrevolaba esa región la sangre de Medusa empapó el zurrón y las gotas que fueron cayendo se convirtieron en verdes oasis rodeados de la inmensidad de arena.

Cayeron la tarde y la noche. A la mañana siguiente, mientras planeaba sobre la costa, Perseo divisó a lo lejos lo que al principio le pareció una magnífica estatua de una hermosa muchacha esculpida en la roca, justo por encima de las olas.

Descendiendo hacia ella, Perseo pudo comprobar que no era una figura de piedra sino una doncella de carne y hueso la que estaba encadenada desnuda a la faz del acantilado, hasta donde llegaban a mojarle los pies las rompientes olas.

—¡Doncella encadenada! —se dirigió a ella Perseo gentilmente—. ¡Mi corazón sufre por vos!

—¿Quién habla conmigo? ¿Quién se apiada de la pobre y condenada Andrómeda? —respondió ella con voz desesperada.

Perseo había olvidado que todavía llevaba puesto el Casco de Invisibilidad. Se lo quitó de la cabeza y, flotando por encima de las olas, le dijo:

—Adorable Andrómeda, ¿por qué estás aquí encadenada?

Ella, llorando amargamente, le contó que su estúpida madre, Casiopea, había ofendido a las ninfas del mar ufanándose de forma ridícula ante ellas. Y estas, en venganza, habían enviado un monstruo que asolaba toda la costa, hasta que el rey Cefeo, su padre, la encadenó allí con la esperanza de aplacar la furia de aquel endriago.

—Si consigo salvarte, ¿consentirás por lo menos en acordarte de mí? —le preguntó Perseo, que se había enamorado perdidamente de Andrómeda nada más verla.

—No me atormentes —sollozó ella—, haciéndome concebir vanas esperanzas de hazañas que no han de suceder.

—Y sin embargo, se han culminado proezas que los hombres consideraban imposibles —replicó él, aunque de inmediato se apartó de allí, pues había visto lo que le pareció un rizo en el agua, una extraña perturbación entre las olas que se iba acercando rápidamente a la costa.

Perseo, flotando justo por encima de la superficie, se aprestó al combate. Súbitamente el monstruo sacó su grotesca cabezota de la superficie del agua y abrió sus descomunales fauces. De inmediato, mientras Andrómeda chillaba de espanto y sus padres lloraban y rezaban desde lo alto del acantilado, Perseo sacó del morral la cabeza de la Gorgona y se la plantó al monstruo ante los brutales ojos. Y aquel engendro se volvió a sumergir al instante, petrificado y silencioso, transformado en un alargado arrecife de afiladas rocas marinas.

Perseo retornó la cabeza a su funda mágica, cortó las cadenas de Andrómeda con la hoz de diamante y la condujo volando hasta la seguridad de la cima del acantilado.

Hubo gran regocijo por el rescate de Andrómeda, y el rey Cefeo aceptó sin vacilar la petición de Perseo de casarse con ella. Así fue que Perseo permaneció en aquella tierra muchas jornadas, al final de las cuales hubo un noble banquete para celebrar las bodas. Mas cuando todos se sentaban en torno a la bien dispuesta mesa, las puertas se abrieron de par en par y por ellas entró un hombre de gran tamaño que caminaba dando largas zancadas seguido por una banda de forajidos armados y con las espadas desenvainadas.

—¡Entregadme a Andrómeda de inmediato! —aulló el jefe de la banda, que era un príncipe llamado Fineo—. ¡Me la prometisteis y, a no ser que la

consiga, mataré a todos los hombres aquí presentes, quemaré la ciudad y me llevaré como esclavas a las mujeres!

Entonces Perseo avanzó por el centro del pasillo, se plantó ante Fineo y, sacando la cabeza de la Gorgona, los dejó a él y a sus bandoleros convertidos en piedra.

Poco después, Perseo y Andrómeda se hicieron a la mar rumbo a Grecia, arribando por fin a la isla de Sérifos. Allí se encontró con que su madre, Dánae, había sido reducida a la esclavitud por Polidectes, mientras que su buen amigo Dictis languidecía en una cruel prisión.

Perseo dejó a Andrómeda en el barco, caminó él solo hasta el palacio y se encontró a Polidectes comiendo carne rodeado del mismo grupo de seguidores que se habían burlado de él en el pasado.

—¿A quién tenemos aquí, Perseo, el fanfarrón sin tierra? —exclamó el rey, arrancando una carcajada de su recua de aduladores—. ¿No me habrás traído por casualidad el obsequio que me prometiste?

—Así es —respondió Perseo con voz tranquila—. En cumplimiento de mi promesa, vengo trayendo conmigo la cabeza de la Gorgona.

—Fanfarrón y mentiroso —le insultó Polidectes—. ¿Crees que nos vas a asustar con tus palabras huecas? Muéstranos esa maravilla… si es que puedes.

Perseo no respondió. Se limitó a sacar la cabeza de la Gorgona y a levantarla bien alto para que todos la vieran. Poco después, los bloques de piedra a que quedaron reducidos los que alguna vez habían sido hombres fueron sacados del palacio y amontonados en un baldío.

Esa tarde Hermes visitó a Perseo, que le entregó la Hoz y el Escudo, y con ellos el Casco, las Sandalias y el Morral. También se llevó la cabeza de Medusa, que Atenea incrustó en el centro de su escudo para infundir terror en los corazones de los Gigantes cuando la tan esperada invasión tuviera lugar.

Tras esto Dictis se convertía en rey de Sérifos y se casaba con Dánae, mientras que Perseo y Andrómeda se hacían a la mar rumbo a Argos. Mas de camino se detuvieron en Larisa, donde Perseo participó en los grandes juegos que celebraba el rey de esa tierra.

Perseo consiguió grandes honores, mas cuando llegó el turno del lanzamiento de disco, lo arrojó con tanta fuerza que golpeó a un anciano que estaba entre los espectadores, matándolo al instante. Este resultó ser no otro que Acrisio, que había huido de Tirinto temeroso de que su nieto Perseo, a su vuelta, lo matara tal y como había predicho el oráculo.

Profundamente apenado Perseo siguió su camino. Por fin llegó a Argólide, donde gobernó con Andrómeda durante largos años, teniendo

muchos hijos. Entre ellos estaban Electrión y Alceo, el primero de los cuales fue el padre de Alcmena mientras el segundo lo fue de Anfitrión. Estos dos primos se casaron y se fueron a vivir a Tebas. Hubo también un tercer hijo, Esténelo, quien a una edad tardía tuvo un hijo llamado Euristeo, que llegó a ser rey de Tirinto y todo Argos.

Perseo murió luchando con Dioniso y Zeus lo situó entre las estrellas, con Andrómeda a su vera. Mas el hijo de su nieta Alcmena estaba destinado a ser el Héroe que a todos había de superar en fuerza y en asombrosas hazañas, y que había de ayudar a Zeus en su guerra contra los Gigantes. Pues este niño era Heracles, a quien los romanos se refirieron con el nombre de Hércules.

8
El nacimiento de Heracles

La balada registra las tareas, y la alabanza,
y las inmortales hazañas de Hércules.
La primera, cómo el poderoso bebé, aún en pañal,
las serpientes estranguló con tiernas manos.

VIRGILIO, *La Eneida*
(según trad. de John Dryden)

Electrión, el hijo de Perseo, tenía una única hija llamada Alcmena, a quien prometió en matrimonio a su sobrino Anfitrión. Todos sus otros hijos habían caído muertos mientras luchaban contra la banda de cuatreros que le habían arrebatado su gran rebaño de bueyes. Anfitrión solo se podría casar con Alcmena y convertirse en rey de Argólide cuando hubiera recuperado las reses y vengado a los príncipes asesinados.

Anfitrión empezó por recomprar los animales robados por una gran suma de dinero, que él sugirió que debía pagar Electrión.

—¡Nada he de pagar por recuperar mi ganado! —exclamó indignado Electrión—. Si tan estúpido eres que pagas por que te devuelvan lo que en justicia te pertenece, a ti te toca afrontar las consecuencias de tu propia necedad.

Furioso por este desaire, Anfitrión lanzó lejos de sí el cayado que utilizaba para conducir el ganado, con tan mala suerte que fue a dar en la testuz de una de las vacas, rebotó y mató a Electrión. Como consecuencia, Esténelo, el más joven de los hijos de Perseo, desterró a Anfitrión de Argos acusándolo de asesinato y ocupó su lugar en el trono.

Anfitrión se fue a Tebas acompañado por Alcmena.

—Bien sé que si mataste a mi padre fue por accidente —dijo ella—, así que me casaré contigo. Mas con una condición: primero debes castigar a los ladrones que hicieron sucumbir a mis hermanos.

El rey Creonte ocupaba el trono de Tebas. Había alcanzado el poder tras el destierro del célebre rey Edipo, que había librado a la ciudad de la terrible Esfinge. La Esfinge era un monstruo con cuerpo de león, alas de águila y cabeza de mujer. Todos los que pasaban junto a ella debían resolver el siguiente acertijo:

—¿Cuál es la criatura, de una sola voz, que tiene cuatro patas por la mañana, dos a mediodía y tres por la tarde, y aun así es más débil cuantas más patas tiene?

Aquellos que no conseguían resolver el enigma eran devorados de inmediato, y nadie había llegado a dar con la solución hasta que Edipo llegó a Tebas. Su respuesta fue: «Esa criatura es el hombre, pues en su primera niñez, en la mañana de sus días, camina a cuatro patas y es un ser desvalido; en la mitad de su vida camina sobre dos piernas, y es cuando más fuerza tiene; y por fin, en su vejez, necesita la ayuda de un bastón, de forma que son tres las piernas que lo sustentan».

Ante estas palabras la Esfinge rugió furiosa, se precipitó desde la roca y cayó al suelo muerta. Edipo gobernó Tebas con prudencia y sabiduría, hasta que una maldición se abatió sobre la tierra por causa de crímenes que había cometido sin intención, y vagó por los caminos como un mendigo ciego, dejando en el trono a su tío Creonte.

Cuando Anfitrión llegó a Tebas se encontró con que otra maldición había descendido sobre esa desgraciada ciudad. El Zorro de Teumeso, que era tan grande y feroz como un lobo, había sido enviado por Dioniso para que asolara la tierra, arrebatara a los niños y se los llevara a su cubil, como castigo por el maltrato que había padecido en esa ciudad. Se trataba de un zorro encantado que nadie podía atrapar, pues era más veloz que cualquier otra criatura viviente.

—Si consigues salvarnos de esta horrible raposa —dijo Creonte—, te prestaré un ejército para que tomes cumplida venganza de los ladrones.

Anfitrión aceptó el trato, pues sabía de un sabueso mágico capaz de perseguir sin descanso a cualquier presa. Con la ayuda de Artemisa pidió prestado este perro y se lanzó en pos de la alimaña. El inalcanzable zorro estaba siendo perseguido por el implacable sabueso; mas Zeus vio lo que estaba sucediendo y se apresuró a convertir al zorro y al perro en figuras de piedra. Cumplida su parte del acuerdo, Anfitrión, con la ayuda de los hombres de Creonte, se dispuso a castigar a los cuatreros, mientras Alcmena se preparaba para casarse con él en el momento en que volviera victorioso.

Mas el tiempo se iba agotando. Ya los Gigantes empezaban a bullir en la oscuridad de las montañas del norte, y todavía no había nacido el Héroe que podía salvar tanto a los hombres como a los Inmortales. Zeus, que lo buscaba ansioso, de repente se dio cuenta de que la hora había llegado pues, según

creía él, ese Héroe debía nacer en Tebas y ser miembro de la familia real de Argos, descendiente de Dánae, a quien él había visitado convertido en lluvia de oro.

Alcmena, la hija de Perseo, habitaba en Tebas, deseosa de que Anfitrión volviera para desposarla: ¿no había de ser esta sin duda la madre del Héroe?

Alcmena era la mujer más bella en ese momento, aunque su hermosura no se podría comparar con la de Helena, quien había de nacer no muchos años más tarde. Era más alta que las demás mujeres, superior a todas en prudencia y nobleza. Su rostro y sus ojos oscuros se parecían a los de la Inmortal Afrodita. Era buena y virtuosa, alguien que sería siempre fiel a su querido Anfitrión.

Siendo este el caso, ¿cómo haría Zeus para unirse con Alcmena? Largo tiempo ponderó el dios esta cuestión, y un cierto remordimiento encogió su corazón cuando decidió la forma en que había de engañarla. Y sin embargo había que hacerlo, pues el Héroe tenía que nacer a toda costa para librar a la humanidad de muchos males, y a los Inmortales de los invencibles Gigantes.

Mientras Zeus sopesaba las alternativas, Anfitrión derrotó por fin a los forajidos, los castigó con dureza por lo que habían hecho y partió gozoso hacia Tebas, tras haber enviado por delante un mensajero para indicarle a Alcmena que se preparara para los esponsales.

Zeus bajó entonces del Olimpo y, por sus poderes, adoptó la voz, la figura y el aspecto de Anfitrión. Llegó a Tebas, cubierto del polvo del camino, y Alcmena lo acogió sin una sombra de sospecha, consumándose la boda esa misma noche.

Esa madrugada fue la más larga que el mundo haya conocido, pues por orden de Zeus el Titán Solar, Helio, se demoró en sacar su carro flamígero al día siguiente; y Hermes fue a visitar a la Dama de Plata, Selene, suplicándole que se entretuviera en su ruta celestial con la Luna en su barca de nubes. También el Sueño prestó su ayuda, sumiendo a los humanos en un sopor tan profundo y mandándoles ensoñaciones tan deleitosas, que nadie sospechó que en aquella ocasión la oscuridad había durado lo que tres noches normales.

Padeciera o no Anfitrión también los efectos de ese letargo, el caso es que no llegó a Tebas hasta que la Aurora de dedos de rosa se despertó en el este: Eos, que pone el arnés a los caballos dorados del Sol. Fue directo a la cámara de Alcmena, aunque quizá Zeus se lo encontrara por el camino y le contara lo que había sucedido, pues pasó mucho tiempo antes de que ella acabara por averiguar lo ocurrido en esa noche triple.

Pasaron los meses y ya se acercaba la hora del alumbramiento. Zeus, seguro de que había de ser el Héroe destinado a salvar a los Inmortales, no cabía en sí de contento.

—Hoy… —les dijo a los demás Inmortales, sentados en sus tronos en el Monte Olimpo, bebiendo néctar y comiendo ambrosía (el vino y el alimento del cielo que mantienen jóvenes y hermosos a quienes disfrutan de ellos)—, hoy —repitió Zeus con un suspiro de satisfacción— vendrá al mundo un niño, descendiente de Perseo, que habrá de gobernar a todas las gentes de Argólide.

Hubiera dicho más, pero la celosa Hera le interrumpió, diciendo:

—¿De Argólide? ¿De la ciudad que está asignada a mi cuidado? ¡Bien, así sea! ¡Mas jura ahora solemnemente que lo que acabas de decir se hará realidad sin duda!

Sorprendido, aunque ansioso por complacerla, Zeus hizo votos inquebrantables por el Éstige, el río Negro del Hades, y cambió rápidamente de tema.

Hera marchó con gesto de triunfo a Argos, acompañada por su hija Ilitía, quien ordena los alumbramientos. Gracias a su magia hizo que Heracles no viera la luz hasta el día siguiente, pero que su primo Euristeo, el hijo del rey Esténelo, naciera en su lugar, mucho antes de lo que estaba previsto.

Mientras sucedían estas cosas en la tierra, Zeus ocupaba tranquilo su lugar en el Olimpo, charlando con Ate, otra hija de Hera, a quien esta había ordenado que mantuviera distraído a Zeus mientras ella e Ilitía se afanaban en Argólide y en Tebas.

Cuando regresó al Olimpo, Hera gritó triunfante:

—Ahora cumple tu promesa, gran Zeus, pues Euristeo, nieto de Perseo, acaba de nacer en Tirinto, y esta jornada ya ha concluido.

Furioso Zeus agarró a Ate por los cabellos y la lanzó fuera del cielo.

—¡Ve y vaga por la tierra! —la increpó—, ¡y siembra la discordia entre la raza de los hombres! ¡Allá donde tú vayas habrá guerra y tribulación por tu causa!

Ate fue a caer en Frigia, cerca de la ciudad de Troya, que con el tiempo se convirtió en el escenario de la guerra más grande de la Antigua Grecia.

Mas Zeus no podía romper su juramento, por lo que sucedió que unos años más tarde Heracles se convirtió en el esclavo de Euristeo.

Mientras tanto, Heracles nacía con un día de retraso en Tebas, y junto a él su hermano gemelo, el hijo de Anfitrión, llamado Ificles, que vio la luz una hora después que Heracles, aunque ciertamente era muy inferior a este en coraje.

Cuando no tenían más que diez meses de edad, Heracles llevó a cabo la primera muestra de su valentía.

Sucedió un atardecer de verano en el que Alcmena, tras bañar a los dos bebés y darles el pecho, los había mecido hasta dormirlos en su cuna: un gran escudo de bronce que Anfitrión había obtenido como botín de su campaña contra los cuatreros.

—Dormid, niños míos —los arrulló Alcmena—, que tengáis dulces sueños y que paséis sin sobresalto de la oscura noche a la gentil luz de la mañana, mis pequeños gemelos.

Cayó la oscuridad y la casa quedó en silencio. Mas hacia la medianoche Hera envió dos monstruosas serpientes con escamas de color azul celeste para que mataran al niño Heracles. Reptando por el suelo se acercaron a la cuna, brillando con extraña y ominosa luminiscencia, y escupiendo fatal veneno.

Mas según se aproximaban (pues todas las puertas se iban abriendo ante ellas), Zeus hizo que los dos niños se despertaran. Ificles, al ver a los dos reptiles levantarse para atacar con sus mortíferos colmillos, empezó a chillar de terror y, apartando la colcha de una patada, se alejó rodando por el suelo.

Sin embargo Heracles se sentó sonriendo en el broncíneo escudo y agarró por el cuello a las dos pitones, una en con cada mano, manteniendo alejados de sí los ponzoñosos colmillos. Los reptiles silbaron de forma espantosa y enroscaron sus crueles anillos en torno al infante. Mas Heracles mantuvo su presa, estrujando cada vez más fuerte los dos cuellos, intentando estrangular a las dos bestias con la fuerza de sus dedos.

Entonces fue cuando Alcmena escuchó los gritos de Ificles y, corriendo a la habitación, vio la siniestra luz parpadear a través de la puerta entreabierta que ella tan cuidadosamente había cerrado.

—¡Despierta, Anfitrión! —gritó desesperada a su marido—, ¿es que no oyes cómo grita nuestro hijo más pequeño? ¿No ves la luz que tiembla en las paredes? Sin duda alguna criatura abominable se ha introducido en la casa.

Anfitrión se incorporó de un salto, asió su espada y se precipitó con ella a la cámara de los niños, mientras Alcmena le seguía con una lámpara en la mano.

Allí encontraron a Heracles, con una serpiente muerta en cada mano, agitándolas juguetonamente y gorjeando encantado. Mas Ificles estaba encogido en el suelo, con los ojos desencajados por el terror, demasiado asustado incluso para seguir llorando.

Rebosante de orgullo el bebé Heracles mostró los cuerpos inertes a Anfitrión y a Alcmena, luego los tiró lejos de sí, se acurrucó satisfecho y se

volvió a dormir plácidamente.

Por la mañana Alcmena, presintiendo que había algo misterioso en su hijo Heracles, fue a consultar al anciano profeta Tiresias, el más sabio de entre los habitantes de Tebas.

Extrañas historias se contaban del ciego Tiresias, que ya por tres veces había superado la longevidad de los hombres ordinarios. Se decía que cuando era joven dos serpientes embrujadas lo habían convertido en mujer, y que durante un año había sido hembra antes de convertirse en varón otra vez. Y que una vez en que Zeus y Hera tuvieron una fuerte discusión, en la que Hera decía que para Zeus el deleite del amor era mayor que para ella, fueron a consultárselo a Tiresias, que les replicó que para la mujer la unión era nueve veces más placentera.

Hera se enfureció por esta contestación, y dejó a Tiresias ciego en ese mismo instante. Zeus, que no podía deshacer lo que otro Inmortal había dispuesto, en compensación otorgó a Tiresias el don de la profecía y decretó que había de vivir más de tres generaciones.

—Dime lo que significa todo esto —suplicó Alcmena a Tiresias, una vez que le hubo relatado la aventura de las serpientes—. No es natural que un niño de diez meses tenga el vigor que tiene Heracles. Por lo que, te lo suplico, no me ocultes la verdad, aunque no vislumbres sino dolor y tristeza en mi futuro y en el de los míos.

—¡Que se alegre tu corazón, nieta de Perseo! —respondió risueño el anciano profeta—, pues tu hijo está destinado a ser uno de los más famosos mortales que nunca hayan pisado el suelo de Grecia. Librará la tierra de muchos monstruos y alimañas, y culminará formidables proezas que los poetas loarán en odas y cánticos hasta el fin de los tiempos. También sufrirá grandes pesares, de los cuales no será el menor la inquina de Hera, Reina de los Inmortales, que fue quien envió contra él esas sierpes. Mas al final tu hijo prevalecerá, y estará junto a los Inmortales, ayudándolos en su hora de mayor necesidad, tras lo cual se convertirá en uno de ellos y se sentará para siempre en el Olimpo. Pues has de saber que él es el Héroe, hijo de Zeus, cuyo advenimiento fue anunciado desde el comienzo del mundo por Prometeo, el Titán bueno.

Tiresias le contó entonces a Alcmena lo que había sucedido en su noche de bodas, y cómo en realidad se había unido a Zeus, siendo por ello la madre de Heracles y la más honrada de las mortales.

Durante años Heracles creció fuerte y seguro, bien atendido por Alcmena y su marido, que no sentía celos por lo que Zeus había hecho.

Al principio Heracles aprendió las bellas artes: el canto y la danza, a tañer dulcemente la lira, y a leer y a escribir con destreza. Luego Anfitrión le enseñó a conducir carros, y a blandir la espada y la lanza, y las tretas del pugilismo y de la lucha. Nadie disparaba sus dardos con mayor precisión que Heracles, y de todos los arqueros él era sin duda el mejor, pues sus flechas eran más rápidas y volaban más lejos que las de los demás, y con mayor puntería.

Era evidente, incluso desde su infancia, que Heracles era el hijo de un Inmortal. Le sacaba por lo menos una cabeza al más alto de sus compañeros, y también sus espaldas eran más anchas, mientras que sus ojos despedían chispas de fuego.

Mas era de temperamento muy violento. Siendo todavía un niño mató a su maestro Lino, que estaba enseñándole a tocar la lira. Lino le dio un coscorrón, enfadado porque había pulsado una nota falsa, y Heracles le devolvió tal golpe con la lira que Lino cayo fulminado al suelo.

Heracles fue perdonado por este desgraciado suceso. Mas Anfitrión, temeroso de que se volviera a producir un incidente similar, le envió fuera de Tebas con el encargo de que guardara los bueyes del monte Citerón. Allí Heracles siguió creciendo en tamaño y habilidad, hasta que por fin se convirtió en un joven de apabullante fortaleza.

9
La elección de Heracles

> Primero, a soledad redujo
> el bosque de Zeus,
> matando al león que lo habitaba.
> Su espalda cubrió
> con el pardo pellejo, y su dorada cabeza
> embutió en la de la bestia,
> coronándola con espantosa mueca.
>
> EURÍPIDES, *Heracles*
> (según trad. de Robert Browning)

Mientras Heracles cuidaba el ganado de Anfitrión en las solitarias faldas del monte Citerón, ignorante aún de las elevadas empresas que le reservaba el destino, le acaeció un extraño suceso.

Sentado a solas en aquellos parajes, preguntándose si el hado le tendría reservado otra cosa que el pastoreo para el resto de sus días, o si acaso fuera preferible convertirse en un montaraz forajido, vio a dos hermosas doncellas dirigiéndose hacia él. Una de ellas iba vestida de blanco, la mirada modesta y reservada, y un rostro sereno y gentil del que parecían emanar honestidad y sabiduría; la otra lucía colores estridentes y avanzaba pisando con garbo, mirando desafiante a su alrededor, a la par admirándose a sí misma y solicitando el aprecio de los demás. Ricas joyas la adornaban y subrayaba la belleza de sus rasgos mediante afeites de vivos tonos.

Al acercarse a Heracles, la segunda, como si sintiera la necesidad de imponerse a su compañera, se adelantó decidida y habló la primera:

—Querido Heracles —dijo—, veo que has alcanzado la edad en que debes elegir el tipo de vida que prefieres. Por eso he venido, para pedirte que me escojas como amiga y me permitas ser la guía de tus pasos. Te prometo que si así lo haces te llevaré por las más fáciles y deliciosas avenidas. Conocerás todos los placeres sin que cuitas ni tribulaciones vengan a turbar tus días. Tu vida se desenvolverá en el disfrute de agradables placeres, preocupado solo de satisfacer tus caprichos sin afligirte por las congojas de otros.

Se detuvo, y Heracles le demandó:

—Señora, decidme vuestro nombre.

—Aquellos que me estiman —respondió con voz suave—, me llaman Felicidad; mas mis enemigos, bien es cierto, me reservan otro nombre que por ahora prefiero callar.

Mientras tanto la doncella más recatada se había venido hasta él, para decirle:

—También yo, noble Heracles, vengo para ofrecerte una forma de vida. Sé del alto linaje del que procedes, pues desciendes de Perseo, el matador de la Gorgona, y eres hijo del mismo Zeus. Sé bien de la excelencia que has alcanzado en todas las artes y destrezas necesarias para seguir la senda que, en eso confío, elegirás recorrer en mi compañía. Sígueme, y tus proezas dejarán una huella imperecedera. Mas no se puede alcanzar la gloria y la grandeza en el mundo sin trabajos y desvelos; de otra forma, los dioses no conceden ni dicha ni bienes auténticos a los hombres en la tierra. Si deseas traer bienaventuranza a los demás y que tu nombre sea honrado en toda Grecia, debes esforzarte en el servicio de tu patria. Y bien que lo puedes conseguir si sabes utilizar tu fuerza y habilidad portentosas. En cuanto a mi compañera, a la que se conoce como Vicio, Locura y otros nombres parecidos, no dejes que te confunda: no hay placer ni sosiego como los que se obtienen mediante la laboriosidad y el denuedo que arrancan el sudor de la frente.

—¡No hagas caso de esta necia, a quien llaman Virtud! —les interrumpió Vicio—, mi camino al goce es breve y placentero; el suyo es largo y difícil, y de final incierto.

—Ha llegado el momento, Heracles —añadió Virtud con voz calmada—, elige a cuál de las dos quieres seguir. Ella te ofrece goces fáciles y vacíos que se enrancian y acaban por volver abominables y que, sin embargo, se persiguen con creciente ahínco. Mas si te arriesgas por mi senda de aflicción y sufrimiento, te llevaré al altísimo destino que Zeus te tiene reservado.

—¡Señora! —exclamó Heracles dirigiéndose a la doncella virtuosa—, ¡a vos os elijo! Decidme cómo iniciarme en vuestro camino y no os volveré la espalda por duro y esforzado que sea, sin que importen las angustias que me estén aguardando.

—Has elegido sabiamente —respondió la joven con su tono reposado y gentil—. Para empezar, mira allá abajo, ¿ves aquella fiera que amenaza tu ganado?

Heracles miró al otro lado del valle y vio un gran león pardo que saltaba ladera abajo con las fauces abiertas, mientras las vacas huían en desorden mugiendo aterradas.

En un arrebato de furia Heracles se incorporó de un salto, corrió valle abajo y luego ladera arriba. Mas para cuando llegó junto a las reses, el león había desaparecido y una de sus vacas yacía muerta.

—¡Mataré a ese león o pereceré en el intento! —rugió Heracles encolerizado, y se volvió hacia las dos extrañas doncellas… mas no había allí nadie que atendiera a su rabia.

Heracles volvió a Tebas a pedir a su hermano Ificles que se ocupara del rebaño mientras él se disponía a rastrear al león hasta su cubil. No lo consiguió y, tras una noche y un día vagando por el Citerón, llegó a un escondido valle en el que moraba el rey Tespio con sus cincuenta hermosas hijas.

Fue bien recibido en el palacio, donde permaneció cincuenta noches atendido por las cincuenta bellas princesas, que se turnaban cada noche para deleitar a aquel apuesto mancebo.

Tras cincuenta jornadas de infructuosa búsqueda, Heracles dio por fin con el rastro y siguió a la fiera hasta su guarida: una cueva oscura y fétida abierta en una hendidura entre las rocas. Armado con una gran maza de olivo desgajada de un árbol que había arrancado de raíz, Heracles entró decidido en la espantosa gruta.

El gran león amarillo se abalanzó sobre él, dando horrorosos rugidos, y Heracles se retiró a la boca de la cueva para tener más luz. En la entrada le plantó cara: cuando el león iniciaba el salto, Heracles lo golpeó en la cabeza con la maza lanzándolo contra el suelo, donde se quedó retorciéndose mientras su melenuda testa giraba aturdida por el porrazo.

Heracles lo volvió a herir, y la gran bestia se quedó quieta, con el cráneo aplastado. Entonces se sacó el cuchillo del cinto y trató de desollar el cadáver, pero la piel era demasiado dura. En vano intentó afilar el cuchillo en una piedra, e incluso lo intentó con la piedra misma. Pero solo cuando le hubo arrancado una de sus formidables garras dispuso de un instrumento lo suficientemente afilado.

Cuando por fin lo despojó del pellejo, Heracles lo secó y lo curtió con maña, y desde ese momento lo lució atado en torno a los hombros y a la cintura, con la melena por encima de la cabeza a modo de casco, de forma que le servía tanto de adorno como de coraza.

En su camino de vuelta a Tebas, Heracles se encontró con un mensajero de cierto rey Ergino, que iba a recoger el tributo de los tebanos, a los que había derrotado en la guerra años atrás despojándolos de sus armas y defensas.

Heracles se puso furioso cuando supo el objeto de su visita, y en su rabia lo insultó de forma tan grosera que el rey Ergino envió a Tebas un contingente armado exigiendo la entrega de Heracles. Creonte, rey de Tebas, no supo oponerse pues no teníen los tebanos con qué luchar.

Sin embargo Heracles convocó a los jóvenes más esforzados y los armó con los trofeos sagrados que colgaban del templo de Atenea. Los instruyó rápidamente en el manejo de espadas y lanzas para, a continuación, dirigirles contra la partida de hombres enviados por el rey Ergino, a quienes derrotaron y expulsaron de aquellas tierras.

Loco de ira, Ergino reunió un ejército y se dispuso a destruir la ciudad, pero Heracles les tendió una celada en un estrecho paso de montaña y los derrotó casi él solo, matando al rey y a la mayoría de sus capitanes. Tras una rápida marcha por los montes con sus jóvenes soldados, conquistó la pequeña ciudad del rey Ergino, y esta vez fueron sus habitantes los que se vieron obligados a pagar tributos anuales a los tebanos.

Anfitrión murió en esa batalla, mas Alcmena encontró en Tebas un segundo marido, un hombre bueno con el que vivió en paz el resto de sus días.

El rey Creonte estaba tan agradecido a Heracles, y también le tenía tanto miedo a su posible venganza por su disposición a entregárselo al rey Ergino, que se apresuró a ofrecerle en matrimonio a su hija Mégara. La boda se celebró con gran alegría, y Heracles se estableció en Tebas con la esperanza de convertirse en rey a la muerte de Creonte.

Así pasaron varios años. Heracles tuvo tres hijos a los que adoraba y para cuyo futuro abrigaba grandes proyectos. Mas ahora, tranquilamente asentado en Tebas, Heracles ya no realizaba grandes proezas de valor, ni libraba a Grecia de ninguna de las alimañas que la asolaban. Y Zeus estaba inquieto al ver que el héroe no se preparaba para la gran tarea que le aguardaba.

Hera tampoco estaba tranquila, aunque su desasosiego era de otra naturaleza.

—¿Qué hay de tu promesa? —le espetó un día a Zeus—. Juraste que Euristeo de Argólide había de reinar sobre todos los nacidos en aquella tierra. A pesar de eso Heracles, el más grande de todos ellos, lleva una vida regalada en Tebas, y pronto se convertirá en rey de la ciudad de Cadmo.

—Hera, reina del Olimpo —le respondió Zeus—, contén tus celos. El destino le tiene reservadas a Heracles grandes penalidades. Mas ¿qué sentido tiene el que viva como mero capitán en Argólide, convertido en lugarteniente de Euristeo?

—¡De esclavo de Euristeo, es como yo lo quiero! —exclamó descompuesta Hera.

—Que así sea —suspiró resignado Zeus—. Haré que sirva a ese cobarde señor de Argólide, ejecutando para él diez trabajos, los más difíciles que se pueda imaginar. Ahora bien, si sobrevive a esas pruebas, entonces le devolveré su libertad.

—Acepto el trato —dijo Hera—. Ayudaré personalmente a Euristeo a seleccionar los trabajos para Heracles. Mas ¿cómo haremos para imponerle esa servidumbre? Es inútil emplear la fuerza contra él; y si Euristeo intenta convertirlo en esclavo, sin duda Heracles lo matará sin que le importen gran cosa las consecuencias.

Zeus suspiró una vez más, y respondió con voz triste:

—Hera, reina mía, se hará según tu voluntad. Envía una locura a Heracles de forma que, sin que sepa bien lo que hace, cometa un homicidio tan espantoso que provoque su expulsión de Tebas. ¡Ve y ocúpate de ello!

Zeus asintió con la cabeza y el Olimpo tembló para confirmar sus palabras. Hera marchó rauda a cumplir su deseo; mas, por orden de Zeus, Atenea la siguió para ayudar a Heracles en lo que pudiera.

Esa misma mañana los hijos de Heracles y sus primos, los hijos de Ificles, practicaban ejercicios marciales en la llanura de Tebas, junto a otros niños y jóvenes de la ciudad.

Heracles los contemplaba sentado en una colina cercana, con el arco y la aljaba llena de flechas a su lado. De repente una sombra descendió del sol, y un leve pero estridente gemido se fue acercando y pareció detenerse sobre su cabeza. Entonces Heracles se incorporó tambaleándose, los ojos en blanco y un hilo de espuma colgándole de la comisura de los labios.

—¡Nos atacan los enemigos! —exclamó dando grandes voces—. ¡Euristeo de Argólide viene contra nosotros para tomarnos prisioneros y hacernos sus esclavos! ¡No lo consentiré! ¡Yo solo salvaré a Tebas y libraré a mis amados hijos de semejante afrenta!

En su locura, ajustó una flecha al arco, apuntó y la dejó escapar con tanta pericia que su hijo mayor se derrumbó muerto sobre la llanura. Luego, mientras los niños trataban de ocultarse gritando de terror, envió sus infalibles flechas abatiéndolos uno a uno, hasta que sus tres hijos y dos de Ificles yacieron muertos.

Peores cosas hubieran sucedido de no ser porque Atenea, que llegaba en ese momento, al ver la celeridad con que había actuado la locura, cogió un gran pedrusco y se lo tiró a Heracles, derribándolo al suelo sin sentido. En

este estado fue atado y llevado a Tebas donde, siendo Creonte demasiado viejo para intervenir, Lico, un pretendiente al trono, se declaró rey y desterró a Heracles por asesinato.

Cuando la enajenación desapareció, Heracles, abrumado por la desesperación y la culpa, se encerró en una estancia oscura y se negó a ver o a hablar con nadie. Pasaba los días sumido en su amargura hasta que, por orden de Zeus, el rey Testio fue a visitarlo y le aconsejó que fuera a Delfos a solicitar de Apolo cómo podría purgar los terribles crímenes que había cometido.

Heracles se levantó, se echó sobre los hombros la piel del león, tomó su maza y se marchó de Tebas para siempre, pues ahora sus hijos estaban muertos y su esposa, Mégara, también había fallecido con el corazón destrozado.

Cuando llegó a Delfos, la voz del oráculo le habló desde lo más profundo de la grieta que se abría debajo del templo.

—Heracles, hijo de Zeus, ha llegado la hora de que comiences los trabajos que te darán fama eterna entre los hombres y que te prepararán para el gran propósito para el que fuiste concebido. Ve ahora a Euristeo, que gobierna Argólide desde la alta ciudadela de Tirinto, y sírvele lealmente en los trabajos que te encomiende; no le causes mal alguno, ni intentes arrebatarle su reino. Al final de tus tareas bien puede ser que Zeus te eleve al Olimpo y te conceda un lugar entre los Inmortales.

Así fue que Heracles partió para Argólide, acompañado tan solo por su fiel sobrino Yolao, hijo de Ificles, que se negó a abandonarlo.

10
El comienzo de los Trabajos

Eres tú el mismo que, en su pujanza de antaño,
estranguló al león de Nemea, de cuyo rugido
los pastores huían como por Alastor perseguidos;
hizo morder el polvo a la Hidra de Lerna,
derrotó al ejército de centauros, al jabalí de Erimanto
y, en el Infierno, al perro de Equidna nacido.
Indomable…
Todos esos trabajos y aun otros mi brazo ha completado.

SÓFOCLES, *Traquinia*

Euristeo, el infeliz pusilánime que se había convertido en rey de Argólide tras el destierro de Anfitrión, vivía en la poderosa fortaleza de Tirinto, cuyas sólidas murallas habían erigido los Cíclopes y cuya angosta entrada pasaba por debajo de la Torre de Bronce en la que Acrisio tuvo encerrada a Dánae.

Euristeo se mostró encantado al recibir a Heracles y conocer el mensaje de Apolo.

—Bien, pareces un tipo grande y fornido —le dijo con insolencia—. Ten por seguro que vas a trabajar duro, aunque dudo de que seas capaz de acabar ninguno de los trabajos que te tengo reservados. Para empezar, marcha valle arriba en dirección a Corinto. A mitad de camino gira a la izquierda y métete en las montañas, y no vuelvas sin traerme el cuerpo sin vida del león de Nemea.

Esta bestia había caído de la luna y estaba devastando las tierras que circundaban Nemea. Nadie podía acabar con ella, pues era invulnerable y su piel tan dura que ni hierro, bronce o piedra podían traspasarla.

Heracles se puso en marcha. Cerca de Nemea dio con un pastor que le indicó el camino.

—Mas no tienes ninguna posibilidad de matar a esa fiera —le advirtió el pastor—. La tierra que rodea su cubil está destrozada y nadie se atreve a acercársele. Aun así, haré un sacrificio a Zeus y así quizá se avenga a concederte una muerte sin sufrimiento.

—Espera treinta días —le respondió Heracles— y, si no he vuelto para entonces, ofrece tu sacrificio, ¡mas no a Zeus, si no a mí, el héroe muerto! —

Y con estas palabras echó a andar, armado con su maza, su arco, una aljaba llena de afiladas flechas y su gran espada colgando del costado.

Durante muchos días su búsqueda no dio frutos, mas al fin un atardecer descubrió la guarida de la temible alimaña: una cueva de dos entradas sembrada con los huesos de hombres y ganado.

Heracles aguardó por allí cerca y pronto vio a la gran bestia subiendo lentamente por la ladera. Llevaba la melena manchada con la sangre de su última presa y su enorme lengua iba lamiendo los mechones de la barbilla.

Ajustando una flecha al bramante, Heracles lo tensó hasta que tocó su oreja. Cuando la dejó partir, la saeta salió zumbando en busca de su objetivo, pero la aguda punta rebotó contra el flanco del león y cayó al suelo sin hacerle ningún daño.

Con un grito de rabia, Heracles desenvainó la espada y se precipitó contra su enemigo, intentando con todas sus fuerzas hundirle el hierro en el pecho. El león se levantó sobre los cuartos traseros para lanzar sus poderosas garras. El hierro templado se dobló como si fuera de plomo sin ni siquiera magullar a la fiera, la cual, tras caer pesadamente sobre su espalda, se incorporó de un salto rugiendo de forma espantosa.

De repente Heracles se acordó del león al que había dado muerte en Citerón y, tomando su maza con ambas manos, le propinó a la bestia un golpe demoledor en la cabeza. El león se quedó aturdido unos instantes para a continuación correr hasta su cueva, donde se dio la vuelta para esperar bufando a su enemigo.

Al darse cuenta de que ningún arma le valía, Heracles se lanzó contra la cueva enrollando su capa alrededor de un brazo y agarrando al león por el cuello con el otro. Los dos formidables adversarios rodaron gruñendo por el suelo, forcejeando de forma agónica hasta que los esfuerzos del león por soltarse de la tenaza que lo asfixiaba se fueron haciendo cada vez más débiles. Al final se quedó inmóvil, estrangulado por los poderosos músculos que le aplastaban la garganta. Mas antes de morir hizo un supremo esfuerzo y de una dentellada le arrancó a Heracles un dedo de la mano.

Cuando la bestia hubo por fin sucumbido, Heracles, tras descansar un poco de la extenuante batalla, se echó el cadáver al hombro y empezó a andar hacia Tirinto. Por el camino se encontró al pastor que ya se aprestaba a realizar el sacrificio, convencido como estaba de que habría de ofrecerlo al fantasma del héroe muerto. Heracles rompió a reír cuando advirtió lo que pasaba:

—Me uniré a tu plegaria —le dijo en tono jovial—, mas le haremos la ofrenda al gran Zeus, el que otorga la victoria. ¡No se le pueden dedicar sacrificios a un hombre que aún no ha muerto!

Luego volvió a Tirinto y arrojó el cadáver a los pies de Euristeo, que se echó a temblar de terror y de indignación ante el cuerpo de la pavorosa fiera.

—¡Quita de mi vista esa cosa asquerosa! —le ordenó—. ¡Y no oses jamás entrar de nuevo en la ciudad, si es que consigues volver de tu próximo trabajo! Mas esta vez no te resultará tan sencillo: ¡Te ordeno que acabes con la hidra de Lerna!

El Segundo Trabajo era mucho más peligroso que el primero, pues la hidra era una gran serpiente de nueve cabezas que vivía en los pantanos de Lerna, no lejos de Argos. Era tan venenosa que su aliento era mortal de necesidad, y constituía el terror de todos los alrededores.

Acompañado por Yolao, Heracles condujo su carro hasta el borde de la marisma, donde se le apareció Atenea.

—Cuando te aproximes al cubil de la hidra —le dijo—, debes hacerla salir de su caverna disparando flechas de fuego. Mas cuando os trabéis en combate, ten cuidado de no aspirar su fétido aliento, pues sin remedio te mataría. ¡Recuerda también que la cabeza del centro es inmortal!

Heracles le agradeció a Atenea esos consejos y procedió tal y como se le indicaba. Después de cruzar el pantano y de alcanzar la pequeña elevación de tierra firme donde vivía la hidra, Heracles le pidió a Yolao que encendiera un fuego. Cuando se elevaron las primeras llamas, ajustó pequeñas bolas de fuego a la punta de sus flechas y las fue lanzando al interior de la cueva.

De ella salió la hidra, aullando atronadoramente. Conteniendo el aliento, Heracles saltó hacia delante y destrozó la cabeza más cercana con un golpe de su maza. Mas cuál no sería su sorpresa y consternación cuando, del sangrante cuello, vio surgir no una sino ¡dos cabezas!… cada una de ellas más horrorosa y letal que la primera. Para empeorar aún más las cosas, un cangrejo gigante salió reptando de la ciénaga y aferró con las pinzas el pie de Heracles.

Con un grito de horror, el Héroe aplastó al cangrejo de un solo mazazo y pidió a Yolao que acudiera en su ayuda con una antorcha. Yolao obedeció valientemente y, mientras Heracles destrozaba cada una de las cabezas con su macana, él quemaba y cauterizaba la sanguinolenta herida para que no surgieran de ella nuevas testas.

Cuando por fin terminó la batalla, Heracles cercenó la cabeza inmortal con su espada, escondiéndola debajo un gigantesco peñasco, donde sin duda permanece enterrada hoy en día. A continuación, tras haber empapado la

punta de sus flechas con la sangre ponzoñosa de la hidra, convirtiéndolas así en fatalmente venenosas, volvió a que le encomendaran un nuevo trabajo.

—¡Has hecho trampa! —chilló Euristeo, cuando hubo escuchado toda la historia—. Yolao te ayudó, y tus trabajos han de ser ejecutados sin auxilio de nadie. Así pues este trabajo no cuenta, por lo que siguen siendo nueve las tareas que te faltan. Vete ahora, y no vuelvas sin traer contigo la Cierva de Cuernos de Oro.

Se trataba de un magnífico animal semejante a un reno, sagrado para Artemisa, quien en una ocasión se había topado con cinco seres iguales muy lejos, en el distante norte. Capturó cuatro de ellos gracias a la ligereza de sus pies, los domesticó y los enganchó a su carro divino. Mas el quinto seguía vagando en libertad por las colinas de Arcadia, junto al maravilloso río Cerinio, donde nadie se atrevía a incomodarlo, sabedores de que Artemisa velaba por él.

Heracles no deseaba dañar a esta criatura sagrada, a la que persiguió a pie durante todo un año, pues no en vano era el más veloz de todos los gamos. En esta empresa viajó hasta la tierra que se extiende más allá del viento septentrión. Por esos parajes vagó, entre pinares de intensas fragancias, para acabar retornando a Grecia hostigando siempre a su presa. Por fin la alcanzó en Arcadia, cerca de las praderas que le solían servir de pasto.

Mientras la llevaba hacia Tirinto, Artemisa, la Inmortal Cazadora, se presentó ante él increpándole furiosa:

—¡Arrogante mortal! ¿Cómo te atreves a poner tu mano sobre mi hermoso animal? Ciertamente no encuentro ningún motivo para no darte muerte de inmediato con una de mis doradas flechas.

Heracles le respondió con respeto, explicándole que no era por su propia voluntad por lo que había capturado su animal sagrado, sino que por orden de Euristeo lo llevaba ahora en dirección a Tirinto. Artemisa sonrió al escuchar la historia completa de su empresa, y su furia desapareció en un instante.

—Ve pues, y muéstrale mi cierva a tu amo —dijo—, mas asegúrate de que no sufre daño alguno, y de que la devuelves sana y salva a las colinas que se asoman sobre el río Cerinio… Y adviértele de que, en caso contrario, ¡Euristeo conocerá las consecuencias de mi cólera!

Heracles transmitió el mensaje fielmente, y Euristeo vivió aterrorizado hasta saber que la Cierva de Cuernos de Oro había sido devuelta a la Inmortal Cazadora.

—Ahora —dijo, con un suspiro de alivio cuando se hubo cumplido el encargo—, tráeme el jabalí de Erimanto. ¡Y lo quiero vivo!, no sea que Apolo

se vaya a poner quisquilloso, pues tengo oído que algo tiene que ver con ese bicho.

De este jabalí se decía, de hecho, que era el mismo animal que había dado muerte a Adonis, el hermoso efebo amado por Afrodita. La diosa, en un acceso de irritación, había cegado a Erimanto, el mortal hijo de Apolo, por haberla sorprendido bañándose desnuda. En venganza Apolo envió al jabalí, que desgarró el muslo de Adonis dándole así muerte. Una vez que el joven hubo expirado entre sus brazos, Afrodita quiso vengarse del jabalí, por lo que ordenó que se lo trajeran fuertemente atado, aunque el animal acudió de buena gana a su presencia.

—¡Tú, la más vil de todas las bestias salvajes! —lo increpó Afrodita—. ¿Fuiste tú el que abrió con sus colmillos el muslo de mi hermoso Adonis?

—Yo fui —respondió la alimaña—, pero no fue por odio, pues cuando vi a Adonis, yo mismo sentí un gran amor por él, y corrí a besarlo, tal y como os había visto hacerlo a vos, mi señora. En mi anhelo, olvidé cuán agudos son mis colmillos, y uno de ellos fue el que le infligió la herida.

Al escuchar esta explicación Afrodita perdonó al jabalí y lo puso en libertad para que vagara por Erimanto, donde con el tiempo llegó a ser tan salvaje y desaforado que nadie se atrevía a acercarse a él, o a vivir en las laderas de la montaña.

Sin embargo Heracles se puso en marcha sin inmutarse, y por el camino se encontró con un centauro llamado Folo. Estos centauros eran hombres solo de cintura para arriba, pues por debajo tenían el cuerpo y las patas de un caballo. Algunos de ellos eran muy juiciosos y longevos, aunque sin llegar a ser inmortales. Quirón pasaba por ser el más sabio de todos ellos.

Folo acogió a Heracles hospitalariamente en su cueva, poniendo ante él un plato de carne asada. Pero también tuvo la insensata ocurrencia de abrir una jarra de vino que Dioniso le había dejado. Los centauros salvajes que vivían en los alrededores, atraídos por el penetrante aroma del vino, se acercaron hasta la gruta, bebieron del embriagador fermento y se vieron de tal manera trastornados por el alcohol que atacaron a Heracles. El héroe se vio forzado a matar a varios de ellos con sus flechas envenenadas, con lo que el resto no tuvo más remedio que retirarse. Uno de ellos, de nombre Neso, incapaz de perdonar a Heracles, juró tomar cumplida venganza por esta afrenta, juramento que cumplió de extraña manera muchos años más tarde.

Tras la refriega, Folo recogió una de las flechas del suelo, maravillándose de que un objeto tan pequeño pudiera acabar con una criatura del tamaño de un centauro. Mientras la examinaba, la flecha le resbaló de la mano y le arañó

un pie, con tan mala suerte que el veneno de la Hidra, al ser tan potente, le provocó la muerte en unos pocos instantes.

Heracles se sintió profundamente apenado cuando se dio cuenta de la muerte del cortés Centauro, y lo enterró con todos los honores. Luego reemprendió su camino en busca del jabalí, al que atrapó acorralándolo en un profundo barranco cubierto de nieve, donde la fiera, hundida hasta los ijares, fue incapaz de impedirle que le atara las patas con fuertes nudos.

Cuando se presentó en Tirinto con el jabalí y lo lanzó al suelo para que fuera inspeccionado, Euristeo tuvo tal ataque de pánico que corrió a esconderse dentro de una gran jarra de bronce, de donde no salió hasta que Heracles se llevó de allí a la alimaña. La tiró al mar y la criatura nadó hasta Italia. Tras morir sus colmillos se preservaron en el templo de Apolo, en Cumas.

En cuanto la costa estuvo despejada, Euristeo emergió de la tinaja para enviar a Heracles en su próximo encargo.

—No quiero ver más monstruos salvajes —declaró—, aunque se me ha ocurrido para ti un trabajo asqueroso, trabajo que además es absolutamente imposible de realizar. Ve a donde habita el rey Augias, en Élide, donde posee el más grande rebaño de bueyes de toda Grecia, millares de cabezas. Tienes que limpiar sus establos en un solo día, ¡y están bastante sucios, pues nadie se ha atrevido con ellos en treinta años!

De inmediato partió Heracles, dispuesto a terminar también este trabajo, sin importarle lo difícil y desagradable que fuera. Tras considerar detenidamente la situación, se le ocurrió un plan y se apresuró a ponerlo en práctica.

Mas lo primero que hizo fue presentarse ante el rey Augias y, sin decirle una palabra sobre el encargo de Euristeo, declaró:

—Yo me ocuparé de limpiar los establos de tu ganado, incluyendo el patio, y todo en un solo día mientras tus reses pastan en los prados, si te comprometes a entregarme como recompensa una décima parte de tu rebaño.

Creyendo que lo que se le ofrecía era completamente imposible de cumplir, Augias aceptó el trato y juró solemnemente respetar su parte si la tarea se cumplía en las condiciones acordadas.

Heracles practicó sendos agujeros en los dos muros del gran edificio del establo y, tras excavar un canal de unos pocos metros, desvió los cursos de los ríos Alfeo y Peneo que fluían a poca distancia. Las dos corrientes entraron con fuerza por una de las oquedades saliendo por la otra tras recorrer el establo.

La tumultuosa corriente no tardó en llevarse por delante los treinta años de inmundicia acumulada, tras lo cual Heracles devolvió los ríos a sus cauces y reparó las paredes de los establos, todo ello antes de que al anochecer volvieran los boyeros con los rebaños.

A pesar de haber empeñado su palabra, Augias se negó a respetar su parte del trato, lo que obligó a Heracles a volver unos años más tarde para castigarlo. Tampoco consiguió recompensa alguna de Euristeo, quien le dijo que este trabajo no contaba, arguyendo que Heracles había obrado a cambio de un salario. Poco después lo envió en una nueva empresa: la caza de las aves del lago Estinfalo.

Estos pájaros eran propiedad de Ares. Tenían las garras, las alas y los picos de bronce; podían desprenderse de sus plumas según su voluntad, haciendo que cayeran a tierra convertidas en afiladas saetas; y comían carne humana. Atenea advirtió a Heracles de que no se acercara a ellas, pues sus picos eran tan agudos que al lanzarse directamente contra un hombre podían atravesar hasta la más dura de las corazas. Además de consejos, la diosa le dio un par de castañuelas de bronce que Hefesto había forjado especialmente para la ocasión. Pertrechado con ellas, Heracles subió a la cima de una montaña desde donde se dominaba el profundo lago Estinfalo, rodeado de densos bosques.

Cuando Heracles hizo sonar las castañuelas, el sonido, multiplicado por el eco, resultó tan estruendoso que las aves echaron a volar asustadas, y se alejaron dando chillidos y aleteando nerviosas hasta la lejana isla de Aretia, donde Heracles había de encontrarlas de nuevo cuando viajara hasta allá con los argonautas.

Mientras huían Heracles consiguió abatir a varias de ellas con sus flechas, y estos fueron los cuerpos que presentó triunfal a Euristeo.

—¡Poco mérito tiene esta hazaña! —se mofó el rey, alejando de sí los cadáveres a patadas—. Nadie puede tener miedo de estas inofensivas criaturas. Ojalá hubiera sabido cómo eran antes de enviarte a cazarlas. No obstante, vuelves a partir: no regreses sin traer contigo el toro de Creta.

Heracles se volvió sin decir palabra, fue hasta el puerto de Nauplia y se embarcó hacia la hermosa isla de Creta, donde el rey Minos le dispensó una cálida bienvenida en su gran palacio de Cnosos, con sus muchos pasajes y escaleras, sus cortas y extrañas columnas de estrecha basa y ancho capitel pintadas de vivos colores rojo y azul, y el agua corriente y los servicios sanitarios que no habían de ser superados en casi tres mil años. Minos de buena gana le concedió a Heracles permiso para llevarse al toro.

—Está causando estragos por toda la isla —le dijo—, y me temo que la culpa sea mía. Poseidón lo hizo salir del mar para que pudiera ofrecerle un sacrificio digno de él; mas yo, en mi estúpida avaricia, decidí guardármelo y sacrificarle a cambio uno de mis mejores sementales. Pero el toro pronto se volvió loco, y ahora no hay nadie capaz de dominarlo.

Heracles, sin embargo, podía con el más desquiciado de los toros. Lo capturó sin dificultad y se lo llevó a Grecia. Cuando llegó a Tirinto lo dejó suelto, y a Euristeo casi le faltó tiempo para meterse en su jarra, donde se quedó muchos días acurrucado, temblando de miedo.

Mas el toro, incapaz de alcanzar a Euristeo, huyó hacia el norte, cruzó el istmo de Corinto y llegó a Maratón, cerca de Atenas. Ahí encontró pastos frescos y sabrosos, por lo que decidió quedarse, matando a cualquiera que se le acercara.

Desgraciadamente una de sus primeras víctimas fue un hijo de Minos, que tuvo la mala suerte de estar de visita en Atenas, y Minos no pudo creer que hubiera sido matado por el toro. Invadió Atenas y solo hizo la paz con el rey Augias cuando este aceptó enviarle un tributo de catorce jóvenes, siete donceles y siete doncellas, para que fueran devorados por el Minotauro, un monstruo mitad toro mitad hombre que vivía en el Laberinto, un inextricable complejo de galerías y pasillos construido por Dédalo, el hábil ingeniero.

Durante veintisiete años el toro de Creta se abatió como una plaga sobre los habitantes de Maratón, y los atenienses enviaron puntualmente a Minos su tributo de mancebos en flor. Y así fue hasta la llegada de Teseo. Pero mientras esto sucedía, Heracles esperaba en Tirinto a que Euristeo se recuperara de su sobresalto. Cuando por fin lo hizo, el nuevo trabajo que dispuso para él fue viajar al norte, hasta Tracia, para traer las yeguas del rey Diomedes.

—¡Mas asegúrate de que las tienes bien domadas antes de volver a Argólide —insistió Euristeo—, pues son criaturas terribles, que se alimentan solo de carne humana!

Heracles partió una vez más; mas por el camino le sucedió una extraña aventura cuando se detuvo en Tesalia a visitar al joven Admeto, príncipe de Feras.

11
La historia de Admeto

Oh, una casa que acoge a un extraño,
¡y una casa para siempre libre!
Y Apolo, el que cambia las canciones,
era pastor en tu finca.
Sí, tocando la flauta lo vimos,
donde los valles altos serpentean,
para las vacas en su pesebre
y las ovejas en su prado,
y el amor vino al Otris al escucharlo.

EURÍPIDES, *Alcestis*
(según trad. de Gilbert Murray)

Cuando Heracles todavía vivía felizmente en Tebas, habitaba en Yolco una hermosa princesa llamada Alcestis, hija del rey Pelias. Era tan bella que muchos jóvenes príncipes venían de muy lejos a pretenderla; mas su padre, el rey Pelias, no queriendo ofender a muchos eligiendo a uno solo, había resuelto que su hija solo sería entregada al hombre capaz de uncir al yugo de su carro un jabalí y un león, y conducirlos así en torno a la pista de carreras.

De todos los jóvenes príncipes, Admeto era el más valiente y gallardo, y Alcestis solo suspiraba por él. Mas el rey no se avendría a que contrajeran matrimonio a menos que se cumpliera la condición que había impuesto.

Pero justo antes de que Admeto fuera a cortejar a Alcestis, vino hasta él un extraño pastor que le suplicó que le permitiera cuidar de sus rebaños sin recibir nada a cambio. Admeto aceptó de inmediato tan ventajoso acuerdo y, siendo como era un príncipe cortés y considerado, trató con amabilidad a su nuevo criado. El pastor le sirvió fielmente y los rebaños de Admeto crecieron y prosperaron de forma notable, pues ese año ni un solo animal se perdió o fue víctima de las fieras, todas las vacas parieron dos terneros en primavera, y de sus ubres salía crema, en lugar de leche.

Un día, cuando el año llegaba a su final, Admeto subió al monte Otris para hablar con su pastor, y se encontró con una extraña imagen. En un verde soto sombreado de pinos, sentado en una roca, el pastor tocaba su flauta con más dulzura que el más diestro de los aedos. Mientras tocaba, los linces de piel rayada y los leones de parduzco pelaje se acercaban a él a frotarse la

frente contra sus piernas, y las tímidas cabritillas bailaban y triscaban por la pradera, sin temer a los leones o al hombre que tocaba tan mágicamente para ellas.

Admeto permaneció al borde del claro sobrecogido por la belleza de tan maravillosa estampa. Al percatarse de su presencia el pastor sonrió y le dijo:

—Príncipe Admeto, no temas ni te sorprendas por lo que has visto. Ahora que mi periodo de servidumbre está a punto de concluir, bien puedo decirte que no soy otro que Apolo, el Inmortal hijo de Zeus. Escucha mis palabras y te diré cómo ha venido a suceder que yo, un Inmortal, me convierta en el criado de un hombre mortal.

»Mi hijo Asclepio, cuya madre fue la mujer mortal Corónide, por mi voluntad y con la ayuda de Quirón, el centauro sabio, se convirtió en el más hábil sanador y experto en medicina que el mundo haya conocido. Tan diestro llegó a ser que fue capaz de devolver el hálito vital a los muertos… a condición de aplicar su arte en el instante mismo en que escapaba la vida. Mas Hades, el Señor del Inframundo, se encontró con que, por la ciencia de mi hijo, cada vez eran menos los súbditos que se sumaban a su reino, y acusó a Zeus de estar incumpliendo el reparto que habían pactado al comienzo de los tiempos.

»Entonces Zeus ordenó a sus sirvientes, los Cíclopes, que forjaran un rayo, y cuando lo hubieron terminado se lo lanzó a Asclepio matándolo en el acto. En un arrebato de furia yo cogí mi arco y mis flechas y derribé a cuantos pude de los Cíclopes que habían fabricado esa centella. Lleno de justa indignación, Zeus me hubiera precipitado de inmediato en el Tártaro, mas mi madre, la divina Leto, suplicó clemencia para mí, y Zeus decretó que durante un año debía convertirme en el esclavo de un hombre mortal.

»Por eso vine a ti, Admeto, y no me arrepiento de mi elección, pues has demostrado ser un señor justo y bueno, por lo que es mi deseo recompensarte como mejor esté en mi mano.

Cuando Admeto escuchó estas palabras, recordó la condición necesaria para ganar la mano de Alcestis, y le suplicó a Apolo que le auxiliara en ese trance, pues sabía del poder que el flechador ejercía sobre las bestias salvajes.

—Ciertamente te ayudaré —le aseguró Apolo—. Mas debes viajar a Tebas y allí buscar a un joven llamado Heracles, que te ayudará a domar al león y al jabalí.

Admeto hizo lo que se le indicaba. Con semejante amparo no tardó mucho en entrar en Yolco conduciendo a su extraña pareja de tiro, ni en volver a su palacio de Feras llevando a la feliz Alcestis a su lado.

La boda se celebró de inmediato, mas en la excitación del momento Admeto olvidó ofrecerle el sacrificio debido a Artemisa. Para castigarlo, la diosa escondió a Alcestis y en su lugar dejó un puñado de serpientes.

Mas Apolo se apresuró a apaciguar a su hermana, y no contento con devolver a Alcestis a su atribulado marido, dispuso a modo de compensación que cuando la Muerte viniera a reclamarlo no tenía que obedecer la terrible convocatoria, siempre que fuera capaz de encontrar a alguien que consintiera en morir en su lugar.

Se trataba de una situación muy irregular, que Apolo consiguió arreglar emborrachando con vino dulce a las Moiras. Estas eran tres extrañas hermanas hilanderas cuya misión era cortar el hilo vital de los humanos cuando llegaba el momento señalado.

Ese momento llegó antes de lo esperado. Hades mandó a su mensajera, la Muerte, al palacio de Feras, y Admeto se volvió ansioso hacia las únicas personas que podrían querer ayudarle: su padre y su madre, ya ancianos.

—Sois viejos —les dijo—, habéis vivido muchos años y disfrutado de todo lo que la vida tiene que ofrecer. Ya nada os deparará la existencia salvo dolor, enfermedades y la inexorable muerte a que está abocada la senectud.

Pero ninguno de los dos estuvo dispuesto a enfrentarse a la muerte en su lugar, y de hecho su padre le respondió indignado:

—¡No tengo ningún deseo de morir! Dices que, pase lo que pase, no me quedan muchos días por vivir, ¡razón de más para cuidarme especialmente y disfrutarlos cuanto pueda! Respecto a ti, no eres más que un cobarde, un timorato que busca a alguien que fenezca por él.

Mas la Muerte estaba esperando, y cuando Alcestis escuchó la forma en que Admeto podía salvarse, se ofreció ella en su lugar, tan grande era su amor, y nada de lo que su amado intentó para disuadirla consiguió alterar su determinación.

Así, mientras Admeto y el resto de la familia lloraban abrumados de dolor, Alcestis se despidió de su marido y de sus hijos y, sintiéndose cada vez más débil, se echó en la cama y expiró.

Fue justo en ese momento cuando Heracles, que iba de camino al norte en busca de las yeguas del rey Diomedes, llegó al palacio y, por ser un viejo amigo de Admeto, llamó a la puerta en demanda de hospitalidad.

Admeto tenía a Heracles en más alta estima que a cualquier otro de sus amigos. Además entre los griegos la hospitalidad es uno de los deberes más sagrados de los hombres de buena fe. Acogió a Heracles en su palacio y se

ocupó de que no le faltara ni comida ni vino, aunque nada le contó de lo que acababa de suceder.

—Pero es evidente que estás de luto —objetó Heracles—. ¿Es tu padre, o quizá tu madre, quien ha muerto?

—Los dos siguen con vida —respondió Admeto.

—¿Es tal vez un pariente? —insistió Heracles, quien ni por un momento pensó que pudiera tratarse de Alcestis.

—Es una mujer extranjera, con la que no me une ningún parentesco de sangre —dijo Admeto, midiendo sus palabras.

—Bien, si eso es todo —replicó Heracles, más aliviado—, aceptaré tu hospitalidad, aunque bien sé que es una carga recibir huéspedes en una casa que está de luto.

—No importa quién haya muerto —aseveró Admeto con firmeza—, tú siempre serás bienvenido en mi morada. La estancia de invitados está lejos de la cámara mortuoria, por lo que no te molestaremos con nuestros llantos y lamentos.

Satisfecho solo a medias, Heracles, que estaba cansado tras su larga jornada, se sentó para dar buena cuenta de su cena. Comió hasta hartarse y bebió una gran cantidad de vino.

Mientras tanto, Admeto y sus allegados abandonaron el palacio, portando en unas andas el cuerpo de Alcestis hacia el cementerio que se hallaba a cierta distancia de la ciudad.

Acababan de perderse de vista cuando Heracles salió a grandes zancadas de la habitación de invitados, con una corona de laurel en torno a la frente y canturreando con el estómago lleno. Allí se topó con uno de los mayorales de la casa, un anciano que había estado muy unido a Alcestis y que no pudo contener las lágrimas.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Heracles con ánimo jovial—. ¿A qué viene tanta pena? Se muere una mujer extranjera y toda la casa se pone de luto riguroso. ¡Esa no es manera de recibir a un huésped, especialmente si se trata del viejo amigo y camarada de armas de tu amo! ¡Tus dos señores están vivos y gozan de buena salud, por lo que todo este duelo parece un poco exagerado!

—¿Vivos? —sollozó el anciano—. Señor, ¿no conocéis la mala nueva?

—Pues claro, tu amo me lo ha contado. Una mujer extranjera, me dijo.

—¡Oh…! Extranjera de nacimiento, sin duda…

—¿Qué sucede? ¿Una pérdida real que tu amo me ha ocultado? —Heracles estaba empezando a sospechar—. ¡Habla, te lo ordeno!

—Sí —respondió el mayoral, sorprendido por la fiereza de su tono—, una pérdida real, sin duda: la princesa Alcestis ha muerto.

—¿Alcestis? ¿Y él me ha recibido y me ha dado de comer y de beber sin decirme nada? —Heracles estaba abrumado.

—Le parecía vergonzoso negarte su hospitalidad —respondió el mayoral.

—Muy bien —murmuró Heracles, perdido en oscuros pensamientos—, por mi amigo, que me ha tratado con tanta nobleza… me atreveré a cualquier cosa. ¿Dónde está esa tumba? ¿Dónde puedo encontrar ahora a Alcestis?

Su voz se había convertido en un rugido, y el buen hombre le contó temblando dónde estaba el cementerio para, a continuación, correr a ocultarse dentro de la casa. Heracles mientras tanto se echó por encima la piel de león y empezó a andar hacia la colina.

Admeto volvió a su palacio por un camino más largo por lo que Heracles no se topó con nadie antes de llegar al cementerio.

Mas no estaba solo, pues allí, en pie junto a la tumba, se plantaba una figura de oscuros ropajes que Heracles, por ser medio Inmortal, fue capaz de ver. La lápida estaba desplazada y la figura se inclinaba sobre el cuerpo de Alcestis con una espada desenvainada en la mano, dispuesta a cortarle un rizo de la cabellera.

—¡Detente, Muerte! —la conminó Heracles con su vozarrón—. ¿Qué haces en este lugar?

La espigada y tétrica figura se incorporó solemnemente y fijó sus órbitas vacías y negras en Heracles.

—Vengo a reclamar lo que es mío —respondió con un frío silbido—. Una vez que mi espada ha tocado el cabello de cualquier mortal, ese alma pertenece a Hades, mi Amo y Señor.

—¿No perdonarás por esta vez a tu víctima? —preguntó Heracles—. Bien conoces en qué forma ha llegado a tu poder. Con certeza la Señora de tu Señor, la Doncella Divina, Perséfone, estaría dispuesta a devolver a la tierra el alma de una esposa que ha muerto, en la flor de su juventud y belleza, para salvar a su marido.

Algo de cierto había en aquellas palabras, y la oscura sierva de Hades se detuvo a pensar un momento. Luego, con una torva sonrisa, bajó su espada.

—Heracles —le dijo—, yo te conozco bien a ti, de cuyas portentosas proezas se habla incluso en la oscura Tierra de los Muertos. Ven a mí pues, lidiaré contigo por el alma de Alcestis: ¡muchos hombres han luchado con la Muerte, pero ninguno ha conseguido jamás derrotarla!

Entonces Heracles se quitó de encima la piel de león y avanzó desarmado para enzarzarse con su tenebroso adversario. Nunca hubo un combate semejante a aquel, ni posiblemente jamás lo vuelva a haber. Con saña forcejearon, empujando y tirando el uno del otro. Heracles sentía los fríos brazos de la Muerte cerrados en torno al cuello y su helado jadeo hiriéndole en la cara.

Mas Heracles la rodeó por la cintura y sus fornidos músculos la estrujaron contra sí, cada vez con más fuerza, hasta sentir que las costillas de la Muerte se quebraban entre sus brazos. Por fin la Muerte admitió su derrota y se alejó de allí gimiendo penosamente. Mas Alcestis estaba sentada en la tumba, y cuando Heracles la cogió de la mano ella salió de la caja y lo siguió dócilmente, caminando como sumida en un sueño.

Cubriéndole el rostro con un velo, Heracles la condujo a su casa, donde encontraron a Admeto desesperado por el dolor, culpándose amargamente por haber permitido que Alcestis muriera en su lugar.

—He vuelto —anunció Heracles—, para pedirte un favor. Debo partir en una peligrosa aventura, de incierto final. ¿Puedes cuidar de esta mujer hasta mi vuelta? Permítela trabajar en tu casa junto a tus demás criadas.

Pero Admeto no quería saber nada de ella, le recordaba demasiado a Alcestis. Heracles pronto dejó de lado aquella patraña y le contó la verdad a su amigo.

—No dirá una palabra en tres días —advirtió a Admeto—. Ha morado con la Muerte y no puede volver en sí como si nada hubiera pasado. Mas no temas, no es ningún fantasma, sino la misma Alcestis, y en poco tiempo volverá a ser la mujer que tanto amabas antes de que la Muerte viniera a buscarte.

Lleno de agradecimiento, Admeto le suplicó a su amigo que se quedara a compartir un banquete, mas Heracles negó con la cabeza y dijo:

—Ya he comido a tu mesa y ahora debo seguir mi camino. Muy poco es el descanso reservado para mí en este mundo.

Se dio la vuelta resuelto y se dirigió al norte, siempre al norte, hasta llegar a la salvaje tierra de Tracia. Allí Diomedes lo acogió amablemente, mas Heracles sabía que su cortesía era fingida, pues era la costumbre de este rey impío arrojar a sus huéspedes a sus cuatro terribles yeguas carnívoras.

Al día siguiente, con la ayuda de un mozo de cuadra de Diomedes, Heracles robó las cuatro yeguas e incluso consiguió uncirlas a su carro, aunque nunca antes habían conocido aquellos animales la brida o el freno.

Pero el mozo acabó por delatarlo a Diomedes, que se lanzó en su persecución con un grupo de guerreros. Heracles, cuando los vio venir, dejó al criado sujetando los caballos mientras él rompía una parte del acantilado que contenía el mar. Había marea alta y las grandes olas se precipitaron tierra adentro, y se llevaron por delante a la mayoría de los tracios.

Sin embargo, al rey Diomedes lo capturó y se lo llevó al carro. Allí se encontró con que las yeguas ya se habían comido al traicionero criado. Heracles tiró al rey Diomedes entre sus cascos, de modo que pronto también a él lo devoraron.

Después de esto Heracles las condujo al galope y, ya sea por haberse comido a su amo o por que Heracles las consiguió domar por el camino, la verdad es que para cuando llegaron a Tirinto Euristeo no tuvo necesidad de correr a esconderse en su jarra de bronce.

Las yeguas eran ahora mansas, y Euristeo se las dedicó a Hera. Pero siguieron siendo los caballos más esforzados y briosos de toda Grecia, y varios de sus descendientes se emplearon con valor en la guerra contra Troya.

En cuanto a Heracles, no se le concedió descanso. Euristeo le encomendó una nueva misión, esta vez a traer el cinturón de Hipólita, la reina de las Amazonas, que la hija de Euristeo tenía gran deseo de poseer. Este cinturón era un regalo de Ares, Dios de la Guerra, a la más valiente de las Amazonas, una raza de mujeres guerreras entrenadas en el uso de las armas, especialmente diestras lanzando la jabalina o disparando con el arco y las flechas. No permitían que ningún hombre se adentrara por la costa salvaje del sur del mar Negro, y mantenían a sus maridos en el país vecino, visitándolos tan solo durante un mes cada año. Para alcanzar esta tierra Heracles tenía que ir navegando, por lo que reunió a un grupo de aventureros y se hizo a la mar en dirección a Troya y al Helesponto.

12
Los viajes de Heracles

> … allá va.
> Con no menos prestancia, pero con mucho más amor,
> que el joven Alcides cuando redimió
> el tributo virgen satisfecho por la vociferante Troya
> al monstruo marino… ¡Ve, Hércules!
> Vive tú, que yo vivo: con mucho, muchísimo más desmayo
> veo yo la lucha que tú, que dirimes el combate.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

Heracles partió de Nauplia, en Argólide, con nueve camaradas, entre los que se contaban dos jóvenes héroes llamados Peleo y Telamón, que habían de ganar perdurable fama en futuras jornadas.

Después de correr diversas aventuras por el camino, llegaron al mar Negro y arribaron a la tierra de las Amazonas. Iban dispuestos a luchar pero, para su sorpresa, la reina Hipólita bajó hasta el puerto para recibirlos de forma amistosa, ofreciéndose incluso a entregar a Heracles el cinturón, en cuanto supo el objeto de su visita.

Mas Hera, que siempre estaba pendiente de la fortuna de Heracles, sintió que estaba ganando con demasiada facilidad ese trofeo, por lo que se disfrazó de amazona y corrió a la ciudadela fortificada.

—¡Amazonas, acudid prestas! —les gritó—. ¡En el puerto hay un barco cargado de piratas, hombres ruines que han capturado a nuestra reina y que se la quieren llevar para venderla como esclava en Troya o en Grecia!

Las Amazonas no necesitaron más llamadas. Como salen las abejas al ser molestadas en su colmena, así salieron ellas, y animándose unas a otras con arengas feroces bajaron corriendo hasta el muelle para acometer a Heracles y los suyos.

Terrible fue la batalla que siguió, grandes fueron las hazañas que realizaron Peleo y Telamón, aunque fuera Heracles con sus infalibles flechas el que derribara a las capitanas de las Amazonas y en última instancia consiguiera capturar a Melanipa, la hermana favorita de la reina. Cuando amenazó con matarla a menos que se le entregara el tahalí y se les permitiera volver a Grecia sin más combates, las guerreras obedecieron a Hipólita y

volvieron con gran pesadumbre a su ciudad, mientras el triunfante Heracles se hacía a la mar de nuevo.

En el viaje de vuelta, cuando pasaban cerca de Troya, les aconteció un extraño suceso. Cruzaban frente a un agradable entrante del mar cuando llegó a sus oídos el sonido de un angustiado sollozo. Remaron suavemente buscando aquella voz, y al cabo dieron con una hermosísima doncella encadenada a una roca junto al agua… de forma muy parecida a como Perseo había encontrado a Andrómeda muchos años atrás. Se detuvieron junto a ella y Heracles le dirigió estas palabras:

—Doncella, decidme ¿quién sois y por qué estáis aquí encadenada?

—¡Ay de mí! —respondió la joven—. Estoy aquí, aguardando un espantoso destino, sin haber hecho nada para merecerlo. Me llamo Hesíone y mi padre es Laomedonte, rey de Troya. Se cuenta que dos grandes dioses, Poseidón y Apolo, vinieron a él por voluntad de Zeus y se le ofrecieron como trabajadores, y que con sus propias manos construyeron las inexpugnables murallas de Troya, también llamada Ilión por su padre, Ilio, el hijo de Tros, nieto de Dárdano. El rey Laomedonte juró pagarles bien por semejante tarea; mas cuando la labor estuvo acabada rompió su juramento. No solo se negó a retribuirles en modo alguno, sino que llegó a amenazarlos con venderlos como esclavos tras cortarles las orejas si no desaparecían de Troya de inmediato. Entonces los dos Inmortales revelaron su verdadera identidad y, en su indignación, Apolo desencadenó una pestilencia que ha devastado el país; mientras que Poseidón ha enviado una serpiente monstruosa que sale del mar cuando sube la marea para devorar a nuestra gente. Por eso Laomedonte me ha encadenado aquí, a merced de la voracidad del monstruo, pues espera que mi vida sirva para aplacar la ira de Poseidón.

»Noble señor, parecéis un hombre poderoso, diestro en el manejo de las armas. Os suplico que me salvéis de la sierpe, pues pronto ha de venir a devorarme.

Heracles encalló su barco en la playa, donde lo vino a recibir el rey Laomedonte.

—¿Qué me ofreces —le preguntó Heracles—, si acabo con el monstruo y salvo así a tu hija y a tu tierra?

—Si preservas la vida de mi hija, te la entregaré por esposa —le respondió Laomedonte—; y si acabas con la sierpe marina, te obsequiaré con los caballos mágicos que Zeus le entregó a mi abuelo cuando se llevó a Ganimedes al Olimpo.

Ganimedes fue un hermoso príncipe de Troya al que Zeus había elegido como copero de los Inmortales, para que ayudara a su hija Hebe a atender a los dioses durante sus banquetes en el dorado Olimpo. Zeus mandó dos grandes águilas que arrebataron a Ganimedes y, a cambio, le entregó a Tros dos mágicos caballos blancos tan rápidos y ligeros que podían correr por el mar o por los campos de espigas de trigo con la levedad del viento.

Heracles aceptó el pacto y cuando los troyanos le hubieron construido un pequeño murete a la orilla del mar, se acuclilló detrás de él a la espera del monstruo.

Apenas lo había hecho cuando vio que a lo lejos en el mar se formaba una línea de espuma blanca, y escuchó un extraño bramido que se fue acercando rápidamente. Entonces vio al monstruo, con los ojos relampagueantes debajo de la membrana tornasolada de sus párpados azulados, y tres hileras de pavorosos y afilados dientes en su inmensa boca. Levantó la espeluznante cabeza por encima del agua, y los largos anillos de su cuerpo escamoso zigzaguearon formando grandes arcos.

Heracles permaneció oculto tras su parapeto mientras la enorme serpiente marina levantaba la cabeza por encima de la playa, rugiendo y silbando de furia. Entonces Hesíone gritó de terror y, cuando el engendro se volvía para tragarla de un bocado, Heracles salió de su escondrijo lanzando su poderoso grito de guerra y disparando una lluvia de flechas contra la cabeza y el cuello de la criatura.

Pero al monstruo aquellas saetas le importaban tan poco como a una montaña las gotas de lluvia que caen sobre sus rocosas laderas. Mas cuando Heracles, al darse cuenta de lo inútiles que resultaban sus dardos, soltó el arco y empezó a arrojar al monstruo los más grandes peñascos que podía levantar, este se olvidó de la aterrorizada doncella y se lanzó contra el guerrero, rugiendo de rabia, con las brutales fauces abiertas de par en par.

Heracles entonces se encomendó a Zeus y, sacando la espada, de un gran salto se metió directamente en la boca del monstruo, esquivando por poco las tres hileras de afilados dientes, y se lanzó garganta abajo, asestando tajos y mandobles con la espada.

La serpiente lanzó un bramido escalofriante y, mientras los troyanos contemplaban la escena horrorizados desde el acantilado, cerró las mandíbulas y se volvió a hundir bajo las olas. Mas los espectadores veían los grandes anillos retorciéndose y enroscándose bajo el agua, hasta que, sin que pasara mucho tiempo, el cuerpo de la bestia fue a vararse sin vida sobre la playa. De repente el agua se tiñó de rojo y burbujeó por encima del inmenso

cadáver, y Heracles emergió a la superficie, boqueando en busca de aire, tras haberse abierto camino con la espada a través del costado de la bestia.

Telamón y Peleo prorrumpieron en gritos de alegría y condujeron el barco hacia Heracles. Con dificultad subió el héroe a bordo y, sin demora, remaron hacia la roca donde estaba atada Hesíone, para cortar sus ligaduras. Luego la llevaron hasta la costa y el rey Laomedonte se reunió con ellos, planeando ya nuevas perfidias en su alevoso corazón.

—Venid a mi ciudad —les dijo— a celebrar esta hazaña sin parangón. Allí descansaréis sin que nadie os perturbe, y podréis partir mañana llevando con vosotros la recompensa prometida: mi hija y los caballos mágicos. —Mas su auténtico propósito era asesinarlos a todos aquella noche mientras dormían.

Heracles, aunque no sospechaba nada, replicó:

—No puedo dilatar más mi partida, rey Laomedonte, pues mis labores no están aún terminadas. Mas no temáis, que volveré para reclamar mi galardón. Cuidad pues bien de mis caballos, y también de mi futura esposa.

Entonces se hizo a la mar y, tras varias aventuras, arribó sano y salvo a Tirinto, donde el rey Euristeo recibió para su hija el Cinturón de la Reina de las Amazonas. A continuación le impuso a Heracles un nuevo trabajo: que fuera a traer, sin pedir permiso y sin pagar por ellos, los bueyes de Geriones, de quien se decía que era el ser más forzudo que había sobre la faz de la tierra. Este ogro había nacido con tres cabezas y seis brazos y manos, aunque un único cuerpo de cintura para abajo. Vivía en la misteriosa isla de Eritia, en el océano Atlántico, más allá del estrecho de Gibraltar.

Heracles partió solo en esta expedición, y viajó a pie atravesando las tierras de Italia, Francia y España, matando en su camino muchos monstruos y alimañas, hasta que llegó al estrecho que separa Europa de África. Ahí erigió dos grandes columnas, una en Gibraltar y la otra en Ceuta, y como consecuencia esta región fue conocida por los romanos como las Columnas de Hércules.

Mientras se afanaba por levantar la torre de la costa de África, el calor era terrible y Heracles, medio enloquecido por la calima tropical, puso una flecha en su arco y la disparó con todas sus fuerzas contra el carro del Sol, que el Titán Helio conducía en ese momento en su descenso hacia el océano occidental.

Helio se mostró tan complacido por la audacia del impetuoso mortal, que no solo veló de inmediato sus abrasadores rayos, sino que prestó a Heracles su cáliz mágico, una copa de oro labrado con la forma de un gigantesco lirio acuático.

Este fue el cáliz que permitió a Heracles cruzar a la isla de Eritia, utilizando su piel de león como vela. Al llegar a la orilla su principal preocupación fue encontrar un abrigo escondido donde anclar su extraño bajel. A continuación escaló una montaña del centro de la isla para espiar lo que sucedía en aquella tierra. Acababa de alcanzar la cima cuando un perro enorme se abalanzó sobre él con las mandíbulas desencajadas, solo para encontrar la muerte con un único golpe de la letal maza.

Mientras descendía hacia el paraje donde pastaban los hermosos bueyes rojizos, Heracles fue atacado por el pastor, a quien también dio muerte, aunque solo después de mantener con él un feroz combate. Heracles condujo luego el rebaño a la costa, mas antes de llegar a su destino le alcanzó el ogro Geriones, blandiendo armas terribles en cada uno de sus enormes brazos, y aullando terribles amenazas de venganza.

Heracles sabía que no era rival para un monstruo tan formidable si llegaban al combate cuerpo a cuerpo, por lo que, tras pensar rápidamente, le disparó tres flechas, una detrás de la otra, flechas que atravesaron cada una de las tres gargantas, con lo que dio muerte al espantoso ogro. Luego condujo el ganado hasta el cáliz mágico, volvió navegando a España y, tras devolver su extraña nave a Helio con grandes muestras de agradecimiento, comenzó la agotadora tarea de conducir el rebaño por tierra hasta Grecia.

Muchas aventuras le acontecieron por el camino. Una vez, en el sur de Francia, en la región donde hoy se encuentra la ciudad de Marsella, fue atacado por una gran horda de nativos hostiles. Combatió sin descanso hasta gastar todas sus flechas; pareció entonces que su fin estaba próximo, pues la tierra a su alrededor aparecía blanda, sin que hubiera una sola piedra a la vista. Desesperado, suplicó a Zeus que le ayudara, y el Olímpico tuvo piedad de él y le mandó desde el cielo una lluvia de guijarros, facilitándole así la munición que necesitaba. Esa gran llanura cubierta de pedruscos redondeados y lisos aún se puede ver hoy en día.

En otra ocasión Heracles se dispuso a vivaquear en un valle rodeado de siete colinas, donde hoy se levanta la ciudad de Roma. Lo que no sabía es que un trol que escupía fuego por la boca llamado Caco vivía en una inmensa gruta bajo el monte Aventino, ni se dio cuenta por la mañana de que esta criatura había bajado durante la noche y le había robado varias reses. Caco había borrado cuidadosamente las huellas de sus pezuñas, y la entrada de la cueva estaba oculta detrás de una inmensa roca que se deslizaba por unas canaletas.

Pero en el momento en que Heracles se disponía a partir por la mañana, escuchó el mugido de una vaca en algún lugar de la colina, pues Caco había cometido la torpeza de robar una res que estaba amamantando a un ternerillo, dejándose a la cría con el resto del rebaño.

Heracles contó entonces sus bueyes advirtiendo que le faltaban varios, y se puso a buscar al ladrón. No tardó mucho en encontrar la puerta de la caverna, mas Caco, al percatarse de que había sido descubierto, se apresuró a cortar las cadenas y contrapesos que mantenían izado el gigantesco peñasco, y ni siquiera Heracles fue capaz de hacerlo subir por sus rieles.

Hasta en tres ocasiones Heracles intentó moverlo, y las tres veces fracasó, rechinándole los dientes por el esfuerzo. Tras la tercera tentativa, mientras Caco se reía triunfante en el interior, Heracles advirtió que había una grieta en el techo de la cueva. Subió hasta ella y, ajustando los pies contra la raja y la espalda contra la propia colina, empujó con todas sus fuerzas. La hendidura se fue abriendo poco a poco hasta que, con un repentino estruendo, toda la pared de la ladera cedió y una gran masa de rocas se vino abajo saltando y rodando hasta el arroyo que corría por el valle.

Heracles aterrizó en el suelo de la caverna, que ahora estaba abierta por primera vez a la luz del día, y se abalanzó contra Caco. El trol llenó de inmediato la cueva con humo que expulsaba de la boca; mas Heracles se lanzó con denuedo hacia donde la fumarola era más densa, guiándose por las llamas que exhalaba Caco, y lo agarró por el cuello. Fue un combate muy breve, al cabo del cual Heracles, tosiendo medio asfixiado por el humo, arrastró el cadáver del trol a cielo abierto. A continuación reunió el ganado que le faltaba y siguió su camino.

Otra extraña aventura le sucedió cuando ya se aproximaba al norte de Grecia, pues Hera le envió una gigantesca nube de tábanos que se abatieron sobre el ganado, dispersándolo a gran distancia. Heracles lo persiguió sin descanso hasta volver a reunirlo, tras lo cual se retiró a descansar a una cueva que se encontraba en algún lugar del país que en la actualidad llamamos Bulgaria, en la cosa occidental del mar Negro.

Era un día tormentoso y frío, que Heracles pasó durmiendo en su mayor parte después de sus agotadoras carreras en pos del ganado. Mas por la mañana descubrió que los caballos que tiraban de su carro habían desaparecido misteriosamente.

Poseído por la furia marchó de acá para allá hasta que, tras mucho caminar, llegó a una cueva en la que encontró dormida a otra misteriosa criatura. De cintura para arriba era como una mujer, mas en lugar de caderas y

piernas tenía la forma de una escamosa serpiente. La contempló maravillado, mas aun así le preguntó cortésmente:

—Extraña doncella, ¿has visto mis caballos?

—Sí —replicó—, fui yo quien los recogió cuando aparecieron por aquí sin dueño. Mas no te los entregaré hasta que te cases conmigo, siguiendo la costumbre de este país. Aquí nos desposamos besándonos tres veces, y el matrimonio solo dura mientras así lo deseen las dos partes.

No había más remedio, por lo que Heracles besó a la mujer-serpiente tres veces y se alojó en su cueva durante tres días. Pasado ese tiempo, ella le entregó los caballos. Antes de irse, Heracles armó el arco de reserva que llevaba consigo y se lo entregó a la mujer, diciéndole:

—Señora, te vaticino que tendrás tres hijos; al que sea capaz de tensar este arco como yo lo hago, permítele que venga a buscarme, si ese es su deseo, que yo le ayudaré a alcanzar su fortuna. Mas si no viniera, entonces haz que sea él, y no ningún otro, el que gobierne esta tierra cuando tú faltes.

Heracles partió una vez más, y en esta ocasión llegó a Grecia sano y salvo con el ganado. Pero mientras cruzaba el istmo de Corinto, le salió al encuentro un gigante bandido que había tomado posesión del lugar y que asaltaba y mataba a todos los viajeros que por allí transitaban.

—¡Dame todo ese ganado ahora mismo —le conminó— y te dejaré pasar sin perder la vida!

—¡Jamás! —replicó Heracles cortante.

Entonces el gigante levantó una roca colosal y se la lanzó. Heracles esquivó el enorme pedrusco y, tras recogerlo del suelo, se lo devolvió al bandido con tan buena puntería que este jamás volvió a molestar a ningún viajero.

De esta forma Heracles retornó a Tirinto y le entregó el ganado a Euristeo.

—¡Bien! —exclamó—. ¡Ya he completado los diez trabajos que me impusiste, empleando en ellos ocho años de mi vida! ¡Ahora por fin vuelvo a ser libre!

—¡De ninguna manera! —respondió Euristeo—, pues sabes que dos de tus trabajos no cuentan: Yolao te ayudó a matar a la hidra de Lerna, y limpiaste los establos del rey Augias a cambio de un salario. Por todo ello, Hera te obliga a completar dos nuevas tareas: ¡Marcha pues y tráeme tres de las Manzanas Doradas del Jardín de las Hespérides!

Una vez más, Heracles se sometió a su destino y con un suspiro cansado le dio la espalda a Tirinto y se puso de nuevo en camino.

13
Las Manzanas Doradas y el Perro del Infierno

Girando y girando las manzanas de oro,
girando y girando no paramos de danzar;
así bailamos desde los tiempos antiguos
en torno al árbol embrujado;
girando, y girando y girando vamos,
mientras retoñe la primavera, o fluya el torrente,
o el viento alborote las aguas del mar.

Según PÍNDARO, *Oda pítica* X
(según trad. de Andrew Lang)

Heracles partió desalentado en pos del undécimo trabajo, sin tener ni idea de cuál pudiera ser el paradero de las Manzanas Doradas. Mas Zeus lo vigilaba, ya que le tenía reservada una tarea que, según se acabó por demostrar, hizo más por salvar a mortales e Inmortales que cualquier contribución que Heracles pudiera hacer en la inminente guerra contra los Gigantes.

Pues durante todo este tiempo Prometeo, el Buen Titán, había permanecido encadenado al monte Cáucaso, en castigo por su desobediencia a Zeus al haber entregado el fuego a la humanidad. Y todos los días la gigantesca águila venía a devorarle el hígado, que seguía reproduciéndose por las noches. Mas a pesar de su suplicio, Prometeo seguía negándose a revelarle a Zeus la naturaleza del peligro que le acechaba, peligro mayor aún que la amenaza de los Gigantes.

A pesar de ello Zeus se había ido haciendo más clemente con el tiempo. Si Prometeo sufría físicamente, la angustia de Zeus era moral, pues sabía que en cualquier momento podría cometer el error que Prometeo le había profetizado y que solo el desgraciado Titán era capaz de prevenir. Por eso cuando Heracles fue a la tierra de Iliria y suplicó a las ninfas que allí vivían que le contaran cómo podía encontrar las Manzanas Doradas, le respondieron que, por orden de su padre, Zeus, debía seguir su viaje hasta el monte Cáucaso y preguntarle a Prometeo.

El trayecto era arduo y peligroso, mas al cabo Heracles llegó a la gran cordillera que se elevaba en el confín del mundo. Trepando por escarpas y

cortados, entre riscos verticales y resbaladizos glaciares, alcanzó por fin el vertiginoso despeñadero al que estaba encadenado el Titán. Mientras se esforzaba por llegar junto a él, la enorme águila se dejó caer en picado hacia su macabro festín, y el poderoso Titán dejó escapar un aullido de agonía.

Mas Heracles, con un grito de horror y de piedad, colocó una flecha en la cuerda, la tensó llevándosela a la cara con todas sus fuerzas, y dejó escapar la saeta. El águila dio un brinco en el aire, con el corazón atravesado, y cayó y cayó durante centenares de metros hasta el negro torrente que corría al pie de la barranca.

—¿Quién eres, atrevido mortal? —preguntó Prometeo con palabras cautas.

—Soy Heracles, hijo de Zeus —fue la respuesta—. Y vengo aquí por orden suya, para liberarte. Pues Zeus te perdona por los grandes crímenes que has cometido contra él y solicita tu perdón por la tortura a la que te ha sometido. Sin embargo, me encarga que te diga que, dado que sus altos decretos no pueden ser revocados, deberás llevar siempre en el dedo un anillo como símbolo de los grilletes que te sujetan todavía.

Prometeo asintió con la cabeza y sonrió.

—Tú eres el héroe que yo había profetizado —dijo—. Tuya será la mano que aniquile a los Gigantes y salve al Olimpo de la ruina. Pero que tú fueras quien vendría a liberarme, eso no lo sabía, pues los profetas no pueden predecir su propio futuro. Mas ven, rompe mis cadenas y déjame que luzca el anillo. Y en recuerdo de mis sufrimientos decreto que los humanos siempre llevarán anillos en los dedos, en conmemoración de este día.

Heracles se puso a trabajar. Mientras retorcía y partía las argollas de bronce contó a Prometeo la tarea que había emprendido y le preguntó por el paradero de las Manzanas de Oro de las Hespérides.

—Crecen en el árbol que la Madre Tierra entregó a Hera como presente de bodas —dijo Prometeo—. Ese árbol está en un jardín mágico en el extremo occidental del mundo, más allá de la montaña sobre la que mi hermano Atlante soporta en sus espaldas el estrellado cielo. El dragón Ladón vigila enroscado al pie del árbol, y en el jardín moran las tres hijas Inmortales de Héspero, el guardián del Lucero del Ocaso, que también es el Lucero del Alba. Héspero además es hijo de Atlante, y es a este Titán a quien debes pedir que te asista, pues ningún mortal puede entrar en ese jardín sin correr peligro. Para evitarlo, ha construido a su alrededor un gran muro que no puede ser escalado.

Muchas otras cosas contó Prometeo a Heracles, de forma que, cuando hubo terminado su trabajo, el héroe partió con la cabeza inclinada, reflexionando sobre la dignidad y nobleza del poderoso Titán, benefactor de la humanidad.

Una vez más Heracles vivió muchas aventuras al transitar por la tierra en pos de su empresa. Mas no hay espacio aquí para contar su combate con Cicno, hijo de Ares, al que dio muerte al tiempo que hería al mismísimo Dios de la Guerra; ni cómo en Egipto, el cruel rey Busiris, que inmolaba a todos los extranjeros, se encontró a sí mismo atado y ofrecido en su propia ara de sacrificios; ni siquiera sus aventuras en Libia. Mas cuando atravesaba Libia en ruta al monte Atlas, su fortaleza fue puesta a prueba en la lucha más difícil que hubo de sostener en toda su vida. Pues allí moraba el salvaje Anteo, un Gigante hijo de la Tierra, que desafiaba a todos los que por allí pasaban a pelear con él y que, tras estrangular a sus oponentes con sus propias manos, utilizaba sus cabezas para decorar el templo de Poseidón. Vivía en una cueva y dormía sobre la tierra desnuda, y solía arrebatar a las leonas sus cachorros para comérselos crudos.

Heracles no necesitó que Anteo le insistiera cuando lo desafió a luchar. Se despojó de la piel de león y se ungió con aceite todo el cuerpo, disponiéndose al combate. Anteo hizo lo propio mas, en lugar de con aceite, se embadurnó con polvo de pies a cabeza.

Entonces se aferraron el uno al otro, brazo con brazo, tensando las poderosas musculaturas, empujándose hacia delante y hacia atrás, forcejeando por alcanzar la garganta del otro con sus fuertes dedos. Heracles demostró ser el más vigoroso, y con un arranque desesperado, consiguió derribar por tierra a su enemigo.

Pero entonces ocurrió algo sorprendente. En el momento en que Anteo tocó el suelo todo su cansancio se desvaneció de inmediato, y se incorporó de un salto con un grito de triunfo, tan fresco y descansado como lo había estado al principio del combate.

Atónito, Heracles se volvió a enzarzar con él y, con un esfuerzo supremo, volvió a hacerlo rodar por tierra. Y de nuevo se levantó el joven Gigante con las fuerzas y el vigor renovados, ante lo cual Heracles exclamó:

—Así que eres Hijo de la Tierra… Debí imaginarlo; de ahí es de donde extraes toda tu fuerza. Bien, volvamos a empezar, que esta vez me ocuparé de que luchemos de pie: si has de caer, caerás sobre mí, y entonces veremos que brío te confiere mi cuerpo.

Volvieron a entrelazar los brazos, y una vez más Heracles impuso su enorme vitalidad, levantando a Anteo por encima de su cabeza, donde lo mantuvo a pesar de todos los esfuerzos del Gigante por tocar el suelo. Heracles estaba cada vez más cansado, pero aun así aprisionó a su enemigo entre los brazos, poniendo todo el cuidado en impedir que ni siquiera un dedo del pie tocara la tierra; y lo siguió apretando contra el pecho hasta que Anteo dejó de moverse, matándolo como haría un oso con su abrazo mortal.

Tras arrojar lejos de sí el cadáver de su cruel adversario, Heracles prosiguió su camino, y pronto llegó a una gran montaña, la más alta del mundo conocido, en cuya cumbre estaba el Titán Atlante, sujetando el cielo para que no se desplomara sobre la tierra como ya había sucedido al principio de los tiempos.

—Vengo hasta ti en busca de auxilio, gran Titán —exclamó Heracles, cuando hubo alcanzado la cima sobre la que se erguía Atlante—. Tu hermano Prometeo me sugirió que buscara tu consejo. Heracles es mi nombre y vengo a por las tres Manzanas Doradas para entregárselas a mi amo, Euristeo de Tirinto, que me aflige con pesados trabajos por orden de la Inmortal Hera.

—Heracles, hijo de Zeus —le respondió Atlante—, hace tiempo que la sabia Temis, la hermana de mi padre Titán, me advirtió de tu venida. Haré lo que deseas si ejecutas dos tareas para mí. Mientras estoy fuera debes sustituirme en mi quehacer de sujetar el cielo sobre los hombros; mas antes de eso, debes matar al dragón Ladón que vigila el árbol, pues ni siquiera yo puedo tocar la fruta mientras la custodie su celoso guardián.

Heracles echó una mirada más allá de las montañas, hacia el océano occidental, y a lo lejos vislumbró el maravilloso Jardín de las Hespérides. Allí se podían ver los sombreados claros y las plateadas hojas del paraíso, y en su centro el gran Árbol centelleando con las frutas doradas, mientras las tres hermosísimas ninfas, las hijas de Héspero, bailaban y cantaban bajo la moteada luz del sol.

Luego vio al dragón enroscado en torno al árbol, un vestiglo mayor que ninguno de los que había matado hasta entonces, con sus escamas lanzando destellos dorados y azules. Sacó una saeta de la aljaba, la puso en el arco y la disparó con su infalible puntería atravesando la garganta del dragón. La criatura se desenroscó del árbol y se fue a ocultar entre los setos, para ir a morir allí de forma extraña, pues su cola se mantenía aún con vida cuando, años más tarde, los argonautas visitaron aquel lugar.

Una vez que el dragón Ladón fue eliminado, Atlante traspasó su pesada carga a los anchos hombros de Heracles, para luego, después de estirarse

exhalando un gran suspiro de alivio, encaminarse sin demora hacia el Jardín.

Las horas pasaban lentamente para Heracles mientras sostenía sobre los hombros aquel formidable peso. Se iba sintiendo cada vez más incómodo y cansado según se iba apagando la luz y las estrellas se encendían entre sus cabellos. Durante toda una larga noche estuvo allí, sujetando la bóveda celeste, hasta que por la mañana se hubiera puesto a dar saltos de alegría al ver a Atlante subir la montaña a grandes trancos, llevando las áureas frutas en la mano.

Mas su ánimo se hundió de nuevo cuando el Titán se detuvo a unos pasos de distancia contemplándolo con un relámpago malicioso en la mirada.

—Aquí están las manzanas —dijo Atlante—, mas seré yo el que se las lleve al rey Euristeo. He pasado grandes peligros para ganarlas, es justo que obtenga un prolongado descanso de mi fatigosa tarea. No te puedes imaginar la alegría que supone volver a caminar por la tierra y saber que ya no volveré a sentir esa carga intolerable sobre los hombros.

—Y bien que te mereces ese premio —respondió Heracles, pensando rápidamente—. Te deseo toda la felicidad posible, aunque no dejaré de esperar tu vuelta, pues esta es ciertamente una labor extenuante. Mas, cuando plantaste el cielo sobre mis hombros, pensé que iba a ser para unas pocas horas, y no me fijé muy bien cómo lo hacías. Y tú, que lo has soportado tanto tiempo, debes saber muy bien la manera de conseguir cierto acomodo. ¿Puedes por favor indicarme cuál es la mejor postura para mantener el peso del cielo?

—Por supuesto que puedo —replicó el obtuso Titán—, lo mejor es que te lo pongas así… déjame que te enseñe.

Dejó las manzanas en el suelo, se situó junto a Heracles y volvió a colocarse el firmamento a sus espaldas, explicando cómo sujetarlo con el mínimo esfuerzo.

—¿Sabes? —le dijo Heracles, mientras lo observaba atentamente—, lo haces mucho mejor que yo… y creo que será mejor dejar que te encargues de ello mientras yo le llevo las manzanas al rey Euristeo; ¡que cada cual se ocupe de su propia tarea!

Y con estas palabras se dirigió montaña abajo, dejando a Atlante lamentándose por haber perdido su única oportunidad de recuperar la libertad.

Cuando llegó a la costa, Heracles tomó un bajel para Grecia y tras una larga singladura desembarcó en Lindo, en la isla de Rodas. Al acabar la travesía tenía un hambre tan atroz que mató al primer buey que se cruzó en su camino y se dispuso a darse un gran banquete. Mas el dueño del buey lo vio

desde la ladera de la montaña que hoy en día ocupa el castillo de Lindo, y durante una hora maldijo sin parar al extranjero.

Heracles pagó lo que costaba el buey cuando se lo hubo comido. Mas en los tiempos que siguieron, cuando los habitantes de Lindo honraban a Heracles como Inmortal, siempre lo invocaban con maldiciones en vez de plegarias, en recuerdo de su visita a aquellas tierras.

Con el hambre satisfecha, Heracles prosiguió su jornada hasta Tirinto, donde entregó las Manzanas Doradas a Euristeo. Mas el timorato rey tuvo miedo de recibirlas, no fuera a ser que Hera se disgustara con él, y le dijo:

—Te las regalo. Te las mereces después de tantos afanes. Ya solo te queda un último trabajo y, si vuelves de él de una sola pieza, supongo que tendrás necesidad de tan preciosas manzanas —y se echó a reír con cruel sarcasmo, pues el último Trabajo había de ser el más difícil y peligroso de todos. Nada menos que descender al reino de Hades y volver con el Can Cerbero, el perro de tres cabezas del infierno.

Cuando Heracles supo esto, se volvió consternado y abandonó Tirinto, llevando consigo las Manzanas Doradas.

Mas Zeus una vez más cuidaba de él, y envió a Hermes y a Atenea en su auxilio. Primero Heracles entregó las manzanas a la diosa, quien a su vez se las dio a Afrodita para que las custodiara. Pero cuando, pasado un tiempo, Atenea las devolvió al Jardín de las Hespérides, se apiadó de Atlante y le mostró la cabeza de Medusa, la Gorgona, con lo que el agradecido Titán pudo por fin descansar petrificado, convertido en el pico más alto de la cordillera del Atlas.

Mientras tanto los dos Inmortales condujeron a Heracles a la gran cueva de Ténaro, no lejos de Esparta, y bajaron a las lúgubres profundidades de la tierra hasta llegar al mundo subterráneo, al siniestro infierno rodeado por el negro río Éstige. Aquí se quedó esperándolo Atenea, mientras Hermes proseguía su marcha junto a Heracles, pues era una de sus misiones acompañar a las almas de los muertos hasta Hades.

En el río Éstige el viejo barquero, Caronte, los esperaba en su bote. Solo se le permitía cruzar el río a las almas de los muertos, que le pagaban con una moneda, llamada «óbolo», que se situaba a ese propósito en la boca de los difuntos. Hubiera preferido negarse a transportar a este pasajero viviente, mas Heracles le amenazó con tal vehemencia que no se atrevió, y más tarde Hades lo castigó por su cobardía.

En la otra orilla, Heracles se encontró en la sombría y cenicienta tierra de los muertos, donde los fantasmas flotaban murmurando y gimiendo.

El primero que se encontró fue el de la Gorgona Medusa. Cuando vio aquella horrenda sombra puso de inmediato una flecha en el arco y apuntó, mas Hermes le recordó con una sonrisa que se trataba tan solo de un reflejo inofensivo, el fantasma de la quimera a la que había dado muerte Perseo.

Heracles tuvo muchas visiones espantosas en el reino de Hades, pues también cruzó el llameante río Flegetonte para entrar en el Tártaro, la prisión donde están encerrados los Titanes y donde sufren castigo los malvados.

Vio por ejemplo a Ixión, en su rueda de fuego; Ixión, el rey malvado que había traicionado la confianza de Zeus. Y a Tántalo, que estaba sumergido hasta el cuello en agua fresca y que, a pesar de ello, era incapaz de aplacar la terrible sed que lo consumía pues, cada vez que inclinaba la cabeza, el agua se apartaba de su boca. También vio a Sísifo, ladrón y asesino, cuyo destino era subir rodando una piedra hasta la cima de un monte para que, cada vez que estaba a punto de culminar su tarea, la piedra se le viniera otra vez abajo. Y a las hijas del rey Dánao, que habiendo asesinado a sus maridos tenían que pasar la eternidad rellenando con agua un barril con un agujero en el fondo.

Tan solo se le permitió a Heracles liberar a una de la almas que padecían tormento, la de Ascálafo, que había entregado a Perséfone seis semillas de granada cuando Hades la había traído por primera vez a su reino. De no haber comido esos granos, podría haber vuelto para siempre a la tierra; mas por haber ingerido alimento en el reino de los muertos, se veía forzada a volver a él seis meses cada año. Por eso Deméter, en su furia, colocó una pesada piedra sobre Ascálafo, aunque a Heracles se le permitió quitársela de encima, tras lo cual Ascálafo fue convertido en lechuza.

Por fin Heracles llegó hasta donde Hades y Perséfone tenían sus tronos, les contó el motivo de su visita y les suplicó que le prestaran su espantoso perro.

—Te puedes llevar a Cerbero —respondió Hades—, mas con una condición: antes debes derrotarle sin utilizar arma alguna.

Heracles volvió a la orilla del Éstige y Cerbero se abalanzó contra él, pues era su misión impedir que las almas de los muertos abandonaran el reino de Hades. Cerbero tenía tres enormes testas, rematadas con melenas de león formadas por serpientes, y en vez de cola tenía otra gran sierpe que silbaba y se enroscaba sobre sí misma de forma pavorosa. Heracles se envolvió en su piel de león, agarró a la bestia por los cuellos y los apretó con todas sus fuerzas. Cerbero se debatió y trató de morderle, mas la piel de león era demasiado dura y Heracles poderoso en exceso. Tan solo con la cola de

serpiente consiguió herirle, mas ni aun así consiguió que Heracles aflojara su presa.

Cerbero acabó por ceder y Heracles se lo llevó triunfante cruzando el río Oscuro con la ayuda de Hermes y Atenea. Lo condujeron hasta la gran caverna cerca de Trecén, por la que Dioniso había sacado a su madre, Sémele, y por fin consiguieron salir a la luz del día.

Heracles recibió con gusto el baño solar, mas cuando Cerbero contempló el glorioso fulgor del astro, forcejeó acongojado y se puso a aullar de desesperación, y de sus fauces escaparon gotas de blanca espuma que salpicaron la hierba. De esta espuma creció la flor llamada acónito, que produce el fatal veneno conocido como matalobos.

Sujetando con fuerza a su cautivo, Heracles partió de inmediato hacia Tirinto. Al llegar allí fue directo a la ciudadela, llamando a grandes voces a Euristeo. Cuando apareció el rey, Heracles le dijo:

—¡El último de mis trabajos está cumplido! ¡Aquí tienes a Cerbero!

Dejó entonces al perro en el suelo y de inmediato la bestia se abalanzó contra Euristeo, ladrando por las tres bocas y con las serpientes de las tres melenas silbando aterradoramente.

Euristeo saltó a su tinaja aullando de pánico, y allí seguía chillando todavía cuando Heracles se marchó de Tirinto por última vez, llevando a Cerbero entre los brazos.

Bajó directo al oscuro río Éstige, y en la tenebrosa orilla devolvió al terrorífico Perro del Infierno. A continuación volvió a la superficie, rebosante de júbilo tras haber concluido los Doce Trabajos, libre una vez más.

Como en la ocasión anterior, Heracles salió del reino de Hades por la gran garganta por la que lo había hecho Dioniso, cerca de Trecén. Estaba tan extenuado después de sus trabajos que fue a visitar a su amigo Piteo, el rey de la ciudad.

Al entrar en el palacio tiró la piel de león encima de una silla, de forma que bien se podía confundir con un león vivo. En ese momento entró en la habitación una pandilla de chiquillos hablando y riendo. Mas cuando vieron la piel de la fiera echaron a correr despavoridos, gritando que había un león en el palacio.

Todos excepto uno. Piteo tenía un nieto de siete años de edad, cuyo nombre era Teseo, que no echó a correr con los demás. Al contrario, le arrebató el hacha a uno de los guardias y blandiéndola con decisión se fue a por la piel del león, convencido de que se trataba de una bestia peligrosa.

Heracles lanzó una gran risotada al verlo y exclamó con tono alentador:

—¡Pronto te veremos seguir mis propias huellas!

—No podría desear mejor destino —respondió el niño con gesto serio.

14
Las aventuras de Teseo

Dame otra vez tu vacío botín,
dulce sueño: el sueño gentil
de cómo Teseo bajo la inconstante luna
sobre la océana corriente
de la mano me llevó y me trajo
para ser su reina en Atenas.

Mató al medio toro Minotauro
en laberínticos pasillos.
Mas, sin el hilo, la salida no hubiera hallado
del palacio de mi padre:
Y aun así yo, que la treta le enseñé,
abandonada estoy en la isla de Naxos.

NONO, *Dionisíaca* XLVII
(según trad. de Roger Lancelyn Green)

El niño al que Heracles había conocido ese día en Trecén era el hijo de Egeo, rey de Atenas, que se había casado con Etra, la hija del rey Piteo. Egeo no llegó a conocer al recién nacido pues, el día del alumbramiento, tuvo que volver a Atenas a luchar contra sus tres hermanos, con quienes le hubiera correspondido compartir el trono.

Mas antes de salir de Trecén levantó una gran roca y bajo ella ocultó una espada y un par de sandalias:

—Si de nuestra unión naciera un niño —dijo a Etra—, no le reveles quién es su padre hasta que sea capaz de levantar por sí mismo esta piedra. Cuando llegue el momento, envíamelo a Atenas, pues estaré necesitado de su ayuda.

Teseo nació en Trecén y creció bizarro y vigoroso, aprendiendo de su madre y de su abuelo destreza y sabiduría en todo tipo de ocupaciones viriles. Mucho aprendió también de Heracles durante su visita, determinado como estaba, nada más alcanzar la mocedad, a emplear su vida luchando contra monstruos y ladrones salvajes, de los que seguía habiendo en exceso por toda Grecia.

No fue hasta que tuvo dieciocho años cuando Teseo fue capaz de levantar la piedra. En cuanto lo hizo y su madre le contó que su padre era el rey Egeo,

se ciñó la espada a la cintura y las sandalias en los pies, y se dispuso a emprender viaje a Atenas.

—Ve allá en una rauda nave —le suplicó Etra—. Corta es la distancia y escasos los peligros. Mas por tierra no faltan los salteadores; y tus primos, los cincuenta hijos de Palante, el menor de los hermanos de tu padre, tratarán de asesinarte para asegurarse el dominio de Atenas.

—Si el camino está infestado de bandidos —respondió Teseo, que prefería ignorar ese consejo—, por tierra debo marchar para acabar con ellos. No hubiera hecho otra cosa Heracles de haber estado todavía en Grecia.

Por aquellos días, a Heracles, que había matado a su amigo Ífito en un arrebato de ira, le fue impuesto como castigo ser vendido como esclavo a Ónfale, una reina de Asia, que le obligó a vestir ropas de mujer y a trabajar en el telar, lo que para él suponía un suplicio mucho más difícil de sobrellevar que los Doce Trabajos de Euristeo.

Así fue que Teseo fue hacia Atenas por vía terrestre, determinado a limpiar de malhechores esa ruta. No llevaba recorrido mucho trecho cuando se topó con el primero. A pocas millas de Trecén, en Epidauro, donde hoy en día se alza el más hermoso de los antiguos teatros griegos, vivía Perifetes, el Hombre de la Maza. Este hombre era cojo, mas el brío que le faltaba en las piernas lo compensaba con el vigor de sus fuertes brazos. Su única arma era una pesada maza forrada de hierro, que era letal para todos los viajeros que se le acercaban… hasta que Teseo se la arrebató de las manos y le pagó con su propia moneda.

Ese era siempre el método empleado por Teseo, que cuando se acercaba al istmo de Corinto se enfrentó de forma bastante peculiar a Sinis, el doblador de pinos. Este rufián se acercó hasta Teseo tras divisarlo a lo lejos:

—Digno extranjero —le dijo—: ayúdame por favor y demuestra tu fuerza curvando para mí este pino.

Mas Teseo sabía lo que el bribón tramaba y, cuando el pino estuvo vencido contra el suelo, fue él quien soltó de repente el árbol, con lo que Sinis salió volando por el cielo. A continuación Teseo dobló otros dos pinos y ató a Sinis entre ellos, de forma que cuando los dejó enderazarse el cuerpo del ladrón quedó desgarrado por la mitad. Pues bien se había percatado Teseo de los macabros adornos que colgaban de los pinos a ambos lados del camino.

Más adelante Teseo se detuvo para matar a una puerca salvaje que asolaba las tierras del otro lado del istmo. Poco después, en un rocoso acantilado donde se estrechaba el sendero y que daba a un vertiginoso cortado sobre el mar, dio con Escirón.

—¡Todos los que pasen por aquí deben pagar un peaje! —le espetó el brutal salvaje—. ¡Así que arrodíllate, como han hecho antes otros mejores que tú, y lávame los pies!

Teseo había sido advertido sobre este desaforado bandido; por lo que se arrodilló con gesto sumiso apartándose lo más que pudo del borde del acantilado.

—¡Mi tortuga está hambrienta hoy —le gritó Escirón—, baja y dale de comer! —y mientras gritaba lanzó una patada a Teseo con la intención de hacerle caer al abismo.

Mas Teseo lo estaba esperando, por lo que agarrando el pie de Escirón lo lanzó por encima del hombro diciéndole:

—¡Ve y alimenta a la tortuga tú mismo! —y Escirón cayó dando vueltas por el aire, y nunca se sació la tortuga con la carne de un hombre más infame.

Silbando satisfecho por sus triunfos, Teseo prosiguió su marcha hacia Atenas. Ya anochecía cuando llegó a una oscura torre que se levantaba ominosa al borde del camino.

—¡Buenas tardes te deparen los dioses, extranjero! —exclamó el dueño de este lugar, llamado Procrustes—. Debes de estar cansado tras una larga jornada bajo este sol inclemente. Entra en mi morada a descansar esta noche, te lo ruego. Todos los viajeros vienen aquí a disfrutar de mi hospitalidad y a gozar de mi maravilloso lecho. ¿Cómo? ¿No has oído nunca hablar de la Cama de Procrustes? ¡Ay, tienes mucho que aprender! Es una cama mágica que se ajusta al tamaño de cualquier extraño, ya sea grande o delgado, de poca o mucha estatura.

Hay quien dice que un viejo criado, el único hombre que realmente se ajustaba a esa cama, había advertido a Teseo. Lo cierto es que cuando llegó la hora de dormir, Teseo saltó de repente sobre su anfitrión y le dijo:

—¡Ven acá, que voy a acomodarte yo a ti al lecho! —y lanzándolo sobre él, a pesar de sus gritos y amenazas, le cortó primero los pies y luego la cabeza que sobresalían por ambos extremos… pues no otra cosa solía hacer Procrustes con sus desafortunados huéspedes, acortándolos cuando eran demasiado altos, o alargándolos a golpes si eran demasiado bajos, como si de trozos de plomo se tratara. Y no hubo viajero que sobreviviera a una noche en ese espantoso catre.

Así, tras haber limpiado la ruta de toda esa canalla, Teseo se plantó en Atenas y se dirigió al palacio del rey Egeo. Al principio no reveló su identidad, ni mostró la espada o las sandalias, y solo la esposa-hechicera que ahora dominaba al rey supo quién era. Egeo se había desposado con ella

porque le había prometido que le haría padre de muchos hijos, jóvenes que crecerían para defenderle de los Palantidas, los cincuenta hijos de su hermano Palante. Mas una vez cumplida la boda, mantuvo a Egeo en un estado tal de terror que hacía todo lo que ella le ordenaba.

Le previno contra el joven extranjero que afirmaba haber concluido tan magníficas hazañas para mayor gloria de Atenas, de forma que Egeo le acabó diciendo:

—Joven, creeré tus palabras solo cuando me traigas el toro de Creta que devasta mis tierras de Maratón y tiene amedrentados a mis súbditos.

Se trataba del mismo toro que Heracles había traído de Creta y que Euristeo había dejado escapar al Ática unos años antes. A por él se fue Teseo, lleno de confianza, y a pesar de la bravura y la fuerza desmedida del animal, lo cogió por los cuernos y lo arrastró hasta Atenas, en cuya Acrópolis se lo ofreció en sacrificio a Atenea.

Esto era más de lo que la esposa-hechicera podía soportar. Mezcló una copa de veneno mortal para el banquete de esa noche, tras advertir a Egeo de que el extranjero tenía la intención de matarle.

Teseo había decidido revelarle esa noche a su padre su verdadera identidad, por lo que, cuando se disponía a trinchar el mejor trozo de solomillo del toro de Creta, sacó la espada dejándola en la mesa a la vista de todo el mundo, mientras levantaba la copa de vino envenenado.

Egeo vio la espada y la reconoció al instante. De un manotazo tiró la copa de la mano de su hijo, de modo que el veneno se derramó por el suelo, donde chisporroteó y se consumió dejando agujeros en las baldosas de piedra.

La esposa-hechicera huyó de Atenas y Egeo recibió a Teseo con todos los honores, declarando que sería su heredero al trono. Esto no complació a los Palantidas, que reunieron a su partida de secuaces con la intención de atacar Atenas y matar al nuevo pretendiente. Mas Teseo dio armas a los atenienses, salió fuera de la ciudad, tendió una emboscada a sus enemigos y los derrotó completamente.

A su vuelta a Atenas le sorprendió encontrar a la ciudad sumida en el duelo.

—¿Qué significa esto? ¿Acaso no hemos vuelto para celebrar una gran victoria? —Entonces Egeo le contó, con lágrimas en los ojos, que acababan de llegar los enviados de Creta con la misión de llevarse a siete jóvenes y siete doncellas para entregárselas al Minotauro, tal como se había acordado cuando el rey Minos había venido a reclamar venganza por la muerte de su hijo, al que el toro había matado en Maratón.

—¡Yo me uniré también al grupo —exclamó Teseo—, para vérmelas con ese Minotauro!

En vano le suplicó Egeo que no fuera tan estúpido:

—Si acabo con el monstruo —replicó Teseo—, le evitaremos a la ciudad el pago de ese horrendo tributo.

—Prométeme entonces —le respondió Egeo entristecido— que si vuelves victorioso izaréis velas blancas en vuestro barco; mas si no es así, que las velas negras que empujan a la flor de la juventud ateniense a su perdición sean las que me indiquen que tú también has perecido.

Tras prometerlo, Teseo embarcó para Creta, arribando sin contratiempos a la isla donde el cruel rey Minos tenía su trono. Las víctimas fueron acogidas cálidamente y tomaron parte en competiciones de carreras y pugilismo ante el rey y su corte. Tras una de estas pruebas, mientras Teseo se apoyaba jadeante en el poste de ganador, la princesa Ariadna lo vio y se enamoró de él al instante. Sintiéndose muy desgraciada al pensar en el destino que aguardaba a tan apuesto mancebo, a Ariadna se le ocurrió un plan y esa misma noche fue a buscar a Teseo.

—Pide ser el primero en entrar en el laberinto mañana —le instruyó—; hasta ahora nadie ha conseguido volver a salir de él con vida. Mas si llevas contigo este ovillo de lana sin que sea advertido, y atas un extremo a la puerta cuando se cierre a tus espaldas, puedes ir desenrollándolo, para así encontrar luego el camino de vuelta. Yo estaré esperándote a medianoche para dejarte salir si todo va bien… mas júrame que me llevarás contigo en tu huida, pues aquí estaré perdida cuando se descubra que he sido yo quien te ha ayudado.

Teseo hizo exactamente lo que se le indicaba, y al día siguiente entró en el laberinto llevando el ovillo de lana escondido en la mano. Cuando estuvo solo, sujetó un extremo al dintel de la puerta y lo fue desenrollando a medida que se internaba en el laberinto. Por sinuosos pasillos, por corredores que se entrecruzaban y confundían, subiendo y bajando, eligiendo entre ramales que apenas se diferenciaban, Teseo fue avanzando hasta que al final llegó a la gran cámara o caverna central donde a la incierta luz que venía de arriba vislumbró al terrible monstruo que lo aguardaba.

El Minotauro era una criatura pavorosa con cuerpo de hombre y cabeza y cuello de toro. Su piel era tan dura como el más duro de los cueros, y tenía un color amarillo apagado como de bronce.

En cuanto vio a Teseo se abalanzó contra él mugiendo de hambre y de furia. Teseo iba desarmado, por supuesto, mas cuando el monstruo ya lo alcanzaba, Teseo saltó a un lado y le golpeó en el corazón con el puño.

Bramando de forma aún más rabiosa, el Minotauro volvió a embestir, y otra vez Teseo le dio un puñetazo y se hizo a un lado. Una y otra vez se repitió el lance, hasta que el Minotauro empezó a perder el aliento. Por fin Teseo lo tomó por los cuernos y le forzó hacia atrás la cabeza, cada vez más y más, hasta que con un sonoro chasquido el cuello se rompió y la fiera se desplomó en el suelo.

Tras descansar un poco, Teseo recogió el extremo del hilo y empezó a enrollarlo otra vez según iba desandando el camino. Al fin llegó de nuevo a la puerta, donde lo aguardaba Ariadna. Con premura lo guio, a él y a las demás víctimas, hacia su barco. Todavía era noche cerrada cuando estuvieron todos a bordo. Cortaron entonces las sogas y se alejaron de allí en silencio.

Pusieron rumbo a Atenas y, de camino, se detuvieron a descansar en la hermosa isla de Naxos. Parece ser que este lugar era especialmente estimado por Dioniso, que se encontraba entonces allí festejando y divirtiéndose con los sátiros. Dioniso vio a Ariadna pasear por los agradables bosques y se enamoró de inmediato de su indómita y morena belleza. Con un hechizo la hizo caer en un mágico sueño, pues fácilmente podía hacerlo convirtiendo en vino algún torrente o arroyuelo. Al despertar, Ariadna no recordaba nada de Teseo, ni de cómo había ido a parar a Naxos, y de buena gana se emparejó con Dioniso.

Teseo mientras tanto la buscaba por toda la isla, mas en vano, y por fin se hizo de nuevo a la mar, entristecido por la pérdida de la princesa que lo había salvado. Y seguía tan perdido en su melancólico estado cuando cruzaban el golfo de Egina, cerca ya de Atenas, que olvidó colgar las velas blancas en sustitución de las negras. De esta forma Egeo, que espiaba con ansia la vuelta de su hijo desde lo alto de la Acrópolis, creyó que había muerto, por lo que se precipitó al vacío encontrando así su muerte.

En memoria suya, al mar que se extiende entre Grecia y Asia Menor hoy en día se le da el nombre de mar Egeo.

Minos no persiguió a Teseo y a Ariadna. En su lugar partió en busca de Dédalo, el muy capaz arquitecto que había diseñado el laberinto jurando que nadie podría jamás dar con la salida. Dédalo, en cuanto supo que Teseo había escapado, huyó de Creta, pues sabía que Minos había de venir a buscarlo. Como ningún barco se atrevía a dejarle subir a bordo, Dédalo fabricó alas de plumas unidas con cera para él y para su hijo, Ícaro.

—No subas demasiado alto —le advirtió Dédalo cuando echaron a volar. Pero Ícaro, entusiasmado al comprobar lo bien que funcionaban las alas, se

acercó demasiado al sol con el resultado de que la cera se derritió y él se ahogó tras caer al mar, que desde entonces se denomina mar de Icaria.

Mas Dédalo llegó a tierra sano y salvo, sin que nadie supiera decir su paradero. No obstante Minos era muy astuto, y se le ocurrió un ardid para conseguir dar con su arquitecto. Llevaba consigo una caracola y dejó correr la voz de que aquel que consiguiera enhebrar un hilo de seda a través de esa concha conseguiría una gran recompensa. Estaba seguro de que solo Dédalo sería capaz de solucionar semejante problema.

Su intuición se demostró certera, pues cuando llegó a Sicilia el rey Cócalo le pidió la caracola y volvió al día siguiente con el hilo atravesando la espiral.

—¡Dédalo está aquí! —exclamó Minos, y amenazó con una venganza terrible a menos que le fuera entregado.

—Es verdad —confesó Cócalo—, ciertamente fue él quien hizo pasar el hilo a través de la caracola. Lo ató a la pata trasera de una hormiga y la dejó que buscara la salida a través de la espira. Te entregaré a Dédalo, mas habrás de esperar hasta mañana. Esta noche quiero que seas mi invitado y que disfrutes de mi banquete.

Sin sospechar nada, Minos se avino a la invitación. Mas esa tarde, mientras descansaba en el baño, la princesa de Sicilia, que se había enamorado de Dédalo, derramó agua hirviente por la tubería que el ingenioso artesano había preparado, con lo que Minos murió escaldado.

Mientras eso ocurría Teseo se había convertido en rey de Atenas. Cuando supo de la muerte de Minos hizo las paces con el nuevo rey de Creta, que le envió a su hermana Fedra en matrimonio; por eso, a pesar de la pérdida de Ariadna, todavía se llegó a casar con una hija de Minos.

Teseo gobernó Atenas unos años, trayendo paz y prosperidad a su ciudad. Aunque no por ello dejaba de vigilar a sus primos, a los que mataba en cuanto podía si intentaban arrebatarle el trono. Con el tiempo se llegó a aburrir de tan pacífica existencia y su corazón ansió correr nuevas aventuras. Por eso recibió entusiasmado el mensaje de un joven príncipe llamado Jasón, en el que le rogaba que se uniera a la expedición que estaba preparando para buscar el Vellocino de Oro, la piel del carnero que, hacía ya muchos años, Frixo y Hele habían sacado de Grecia llevándola al otro lado del mar.

Sin dudarlo Teseo partió para Yolco, donde Jasón estaba reuniendo al grupo de héroes que habían de ayudarlo en esta empresa. Entre ellos se contaba el mismo Heracles, libre por fin de su servidumbre y ansioso por vivir nuevas aventuras tras los años de esclavitud al servicio de Ónfale.

15
La búsqueda del Vellocino de Oro

> Entonces dijo Jasón: «¡Feliz suerte la mía! Sin duda los dioses me favorecen, pues sois venidos para conmigo arar la verde y dura llanura que ningún hombre cultiva. Ciertamente, vosotros seréis en días venideros los renombrados de quienes los hombres cantarán baladas cuando menten el Vellocino, que el hijo de Atamante sacó de Grecia».
>
> WILLIAM MORRIS, *Vida y muerte de Jasón*

El padre de Jasón era el rey legítimo de Yolco, pero había sido depuesto por su hermano Pelias, el padre de Alcestis, quien intentó asesinar al auténtico heredero. Jasón, sin embargo, fue llevado en secreto al centauro Quirón, quien se ocupó de él en la cueva de la montaña y lo educó en todas las artes, como correspondía a un príncipe.

Pelias, mientras tanto, reinaba en Yolco, aunque no se sentía muy feliz, pues un oráculo la había dicho: «Cuídate del hombre de una sandalia», que habría de causar su muerte.

Cuando Jasón tuvo la edad suficiente partió para Yolco a probar fortuna, y también para buscar a su padre y ver si podía llegar a algún tipo de acuerdo con su malvado tío. Por el camino tuvo que atravesar un vado del río Anauro por donde la corriente era muy rápida. Una vieja que estaba sentada en la orilla se dirigió a él:

—Buen señor, llévame al otro lado, tú que eres joven y robusto y al que esperan grandes cosas. Yo soy demasiado vieja para enfrentarme a las turbulentas aguas de este río.

—¡Así lo haré, buena madre! —le respondió Jasón con respeto, y alzando a la mujer sobre los hombros entró en la corriente. Era un cruce difícil, por lo que Jasón estaba exhausto cuando por fin escaló la orilla contraria, y además se había dejado una sandalia enterrada en el fango del río.

Depositó en el suelo a la anciana… para caer enseguida de rodillas presa de emoción y desconcierto. Pues en lugar de una abuela, se encontró frente a la cegadora figura de una majestuosa Inmortal.

—No temas, Jasón —le dijo ella—, pues yo soy Hera, la Reina de los Cielos, y también tu amiga. Ve adelante tal como eres y di las palabras que yo pondré en tu boca, que algún día llegarás a ser uno de los más famosos héroes de toda Grecia.

A continuación se desvaneció y Jasón prosiguió su camino con el corazón rebosante de gozo. Llegó a Yolco al anochecer, donde se encontró a Pelias celebrando un gran banquete.

«¡El hombre de una sandalia!», pensó Pelias nada más verle, mientras palidecía y se echaba a temblar. Su inquietud se redobló cuando supo que se trataba de su sobrino, el heredero legítimo del trono. No obstante, ocultando su desazón y su rencor, dispensó a Jasón una cálida acogida.

—Necesito a un hombre como tú para que sea mi consejero —le dijo cortésmente—. Y para probar tu buen sentido, déjame que te haga una pregunta: ¿cómo reaccionarías, suponiendo que tuvieras el poder para ello, si un oráculo te dijera que ibas a ser depuesto por uno de tus súbditos?

—¿Mi reacción? —respondió Jasón sin dudarlo—. ¡Le ordenaría a ese súbdito ir a Cólquide a recuperar el Vellocino de Oro!

—¡Magnífico consejo! —dijo Pelias muy satisfecho—. Tú eres ese hombre y tú debes acometer esa empresa.

—Así lo haré, no lo dudes —replicó Jasón con voz tranquila—. Y a mi vuelta haré que se haga realidad el oráculo.

—Con gusto renunciaré al trono en tu favor —le contestó Pelias— cuando vuelvas con el Vellocino de Oro.

Jasón buscó la ayuda de Argo, un experto carpintero y armador quien, con el auxilio de Atenea, construyó un barco de cincuenta remos llamado Argo, en su honor. Atenea a su vez ató a la proa una rama del roble mágico de Dodona, que llegado el caso era capaz de hablar, tanto para predecir el futuro como para dar consejos.

Luego Jasón envió heraldos por toda Grecia convocando a los más valientes y esforzados reyes y caudillos a unirse a él para ganar inmortal fama. De todos los rincones del país acudieron a Yolco, y sus nombres son los de héroes que aún hoy en día se recuerdan y cuyos hijos habían de combatir bajo los muros de Troya.

Heracles venía el primero, con Hilas como escudero; y Teseo de Atenas, y los jóvenes Cástor y Pólux, de Esparta, junto a sus primos Idas y Linceo. Telamón también acudió, y Peleo, que habían acompañado a Heracles en su expedición contra las Amazonas; y los prodigiosos hijos de Bóreas —el Viento del Norte—, Zetes y Calais, que tenían alas en los hombros. Admeto

vino, y Oileo; Laertes, el padre de Odiseo; Meleagro, cuya extraña historia está todavía por contar, y Atalanta, la doncella cazadora, devota de Artemisa; Néstor, el único de los argonautas que luchó también en Troya, y muchos otros cuyos nombres están registrados en los viejos libros.

A ellos también se unió el divino rapsoda, Orfeo, hijo de Apolo. Cuando tocaba su lira y entonaba su dulce voz, las bestias salvajes le seguían mansamente y hasta los árboles y las flores se inclinaban ante el poder de su melodía. Mas su corazón estaba lleno de tristeza, pues su esposa, Eurídice, había muerto por la picadura de una serpiente. Orfeo bajó en pos de ella a la Tierra de los Muertos donde, admirados por su maravillosa música, Caronte lo llevó a través del negro río Éstige y Cerbero le franqueó el paso. Incluso Hades se conmovió y le devolvió a su perdida Eurídice, aunque a condición de que él no se volviera durante el camino de regreso para comprobar que ella le seguía. No hasta que llegaran otra vez a la luz del día. Mas Orfeo, temiendo que Caronte se negara a cruzarla al otro lado del Éstige, volvió una vez la cabeza, solo una… y perdió a Eurídice para siempre.

Cuando los héroes estuvieron reunidos en Yolco, colgaron los escudos en la borda del Argo y se hicieron a la mar sobre las danzantes olas, mientras Orfeo tocaba para ellos y Tifis, el diestro timonel, enderezaba el rumbo.

Navegaron hacia el norte, y pronto llegaron a la tierra del rey Cícico, quien los recibió hospitalariamente. Cuando levaron otra vez el ancla, una gran tormenta los apartó de su ruta y los zarandeó hasta que perdieron la orientación, de modo que cuando tocaron tierra y desembarcaron en la oscuridad no sabían dónde se hallaban. Los habitantes del lugar los tomaron por piratas y los atacaron apenas empezaba a despuntar el alba.

Se trabó una fiera batalla y los argonautas —como se conocía a los tripulantes del Argo— se alzaron con la victoria. Mas cuál no sería su tristeza y horror al descubrir con la luz de la mañana que se encontraban en la tierra del rey Cícico, a la que habían regresado sin advertirlo, y que él y muchos de los suyos yacían ahora muertos, abatidos por sus armas.

Transidos de dolor navegaron hacia el norte, hasta llegar a Misia, no lejos de Troya, y aquí dejaron atrás a Heracles. El joven Hilas fue por agua a un profundo estanque y las ninfas que en él moraban se enamoraron de él y lo arrastraron al fondo, deseosas de tenerlo con ellas para siempre. Heracles lo buscó por todas partes, y un gran vendaval que se levantó de repente se llevó al Argo a mar abierto, de forma que Heracles tuvo que concluir a pie su camino hasta Cólquide.

A continuación los argonautas visitaron al rey Ámico, que tenía la costumbre de desafiar a sus huéspedes a un combate de boxeo, en el que solía acabar con ellos. Esta vez se enfrentó en la palestra a Pólux, que le propinó tal puñetazo que el rey cayó a tierra, muerto aun antes de tocar el suelo.

Siguieron navegando y llegaron a Tracia, donde moraba el ciego rey Fineo, que a pesar de tener los ojos inútiles, bien veía a través de la distancia.

—Ayúdanos —le suplicaron—, y dinos qué debemos hacer y qué evitar en nuestro viaje a Cólquide.

—¡Podréis contar con mi ayuda si primero me libráis de las Arpías! —respondió Fineo, disponiendo ante ellos un magnífico banquete. Pero antes de que hubieran podido siquiera probar aquellas viandas, del cielo se precipitaron las Arpías, unas repugnantes mujeres aladas de terribles garras, que se llevaron las mejores piezas de carne, echando a perder el resto con sus excrementos.

Entonces Zetes y Calais, los alados hijos del viento Bóreas, sacaron sus espadas y echaron a volar en persecución de esas horribles criaturas. A ninguno de los dos se los volvió a ver, mas tampoco las Arpías incomodaron de nuevo al rey Fineo.

Con instrucciones precisas sobre cómo proceder, los argonautas surcaron el Helesponto y alcanzaron las Rocas Cianeas, las entrechocantes rocas azules que guardaban la entrada del mar Negro. Se trataba de dos grandes masas de rocas flotantes que se estrellaban entre ellas aplastando los barcos que intentaban pasar por en medio.

Siguiendo el consejo del rey Fineo, Jasón soltó una garza y la siguieron hasta que estuvieron cerca de las Cianeas, que se vislumbraban apenas entre la niebla y los surtidores de espuma.

De repente el pájaro se lanzó entre las rocas, que se embistieron violentamente llegando casi a tocar su cola y rebotaron dejando abierto un amplio canal entre ellas.

De inmediato el piloto Tifis condujo al Argo a través de la abertura, mientras todos los héroes remaban al límite de sus fuerzas. El barco voló entre aquellos dos farrallones, que volvieron a chocar justo a tiempo de arrancar el adorno de la popa. A partir de entonces las Rocas Cianeas se quedaron para siempre inmóviles, pues era su destino que una vez que un barco consiguiera pasar sin daño no volverían a moverse.

Los argonautas siguieron su aventura a lo largo de la costa meridional del mar Negro hasta llegar al río Fasis en su extremo oriental. Este río todavía

sigue manando desde el Cáucaso, en recuerdo de la sangre que Prometeo vertiera allí por la humanidad.

Navegaron río arriba y llegaron a la ciudad de Cólquide, donde reinaba Eetes, el feroz hijo de Helio. Su hermana y su hija, Circe y Medea, eran diestras en las negras artes de la hechicería.

—Te daré el Vellocino de Oro —le ofreció el rey Eetes cuando Jasón le informó de su empresa— si eres capaz de poner el yugo a mis dos toros de pezuñas de bronce que despiden fuego por los ollares y de arar con ellos un campo entero sembrándolo de dientes de dragón.

Esa noche Jasón no pudo dormir preguntándose abatido cómo lograría semejante proeza, pues ni siquiera Heracles, que se acababa de reincorporar a los argonautas, sería capaz de lograr algo así. Entonces Medea, la hechicera-doncella, llegó hasta él y le dijo:

—Te diré cómo has de conseguirlo, y también lo que precisas para obtener el Vellocino, si me prometes llevarme contigo de vuelta a Grecia y hacerme allí tu esposa.

Jasón así lo juró, aunque poco gustaba de brujas ni sortilegios. Medea le dio instrucciones, y con ellas un ungüento mágico que le haría invulnerable e incombustible durante un día completo.

Por la mañana Jasón se frotó el bálsamo y, ante el estupor del rey Eetes, unció a los toros sin recibir daño alguno. Aró el campo y luego lo sembró con los dientes de dragón. Mas en el momento en que tocaban la tierra los dientes empezaban a crecer, hasta que apareció una cosecha no de grano, sino de guerreros belicosos dispuestos a acabar con Jasón.

Mas Jasón recordó las advertencias de Medea y arrojó el casco en el que había portado los dientes de dragón en mitad de los guerreros. Estos de inmediato empezaron a combatir con saña entre ellos, de forma que en poco tiempo yacieron todos muertos.

—Mañana tendrás el Vellocino de Oro —le prometió el rey Eetes, mas ya antes de eso conspiraba para quemar el Argo y asesinar a sus ocupantes.

Medea acudió hasta Jasón y le avisó, y por la noche condujo a él y a Orfeo hasta el jardín mágico donde el Vellocino de Oro colgaba de un árbol en el Extremo del Mundo, custodiado por un dragón; igual que las Manzanas de las Hespérides habían colgado en un jardín en el otro confín de la Tierra.

Era un lugar misterioso, tenuemente iluminado, rodeado por un alto muro y con una columnata de gruesos y oscuros troncos de árboles. A la incierta luz de la luna Medea, la hechicera-doncella, fue conduciéndolos hasta llegar al centro de aquel recinto, donde el Vellocino de Oro brillaba en la oscuridad

colgado de un árbol entre cuyas ramas se enroscaba un dragón más grande y pavoroso que cualquier otro que el mundo haya conocido.

—¡Canta y haz sonar tu lira! —susurró Medea a Orfeo, y se puso a murmurar maleficios mientras el músico tañía las cuerdas de su lira y cantaba con voz dulce y limpia su Himno al Sueño:

Sueño, rey de dioses y hombres,
señor de todos ellos;
ven a mis párpados otra vez,
¡Acude a mi llamada!
Sueño, que atas y liberas
a todos sin importar su estado,
ven a la mente cansada,
¡atiende a mi llamada!
Domador del trabajo y la tristeza,
panacea de todos los males,
Sueño, hacia donde fluye nuestro solaz,
¡Acude a mi llamada!
Hermano de la humanidad,
con suavidad desciendes
Dejando atrás al mundo:
¡Atiende a mi llamada!
Sueño, señor de todas las cosas hechas,
Sueño, sobre todos
extiende tus blandas alas.
¡Acude a mi llamada!

Orfeo entonaba su cántico y era como si el jardín entero durmiera: el viento se quedó quieto, las flores inclinaron sus pétalos y ni una sola hoja temblaba. El gran dragón refulgente resbaló lentamente por las ramas del árbol, hasta que su cabeza descansó en un lecho de durmientes amapolas y allí durmió por primera y última vez en su vida.

Solo gracias a los conjuros de Medea permaneció despierto Jasón. Cuando vio al dragón dormido se acercó y levantó la vista al radiante vellocino. Entonces Medea roció al dragón con su mágico brebaje y susurró a Jasón:

—¡Sube! ¡Escala ahora por los anillos del dragón y descuelga el Vellocino, pues mis hechizos no podrán con él ya por mucho tiempo!

Jasón subió sin miedo por la pavorosa escalera hasta la gran encina y descolgó el Vellocino de Oro que llevaba allí desde que Frixo se lo arrebatara al Carnero mágico. Alumbrándose con su extraño resplandor buscó su camino a través del jardín.

Pues Medea, mediante sus embrujos, había convocado a Hécate, la Inmortal Reina de la Hechicería. Por su mediación se había oscurecido la luna y la noche se había cerrado sobre Cólquide como una capa de negrura.

Corriendo en silencio por senderos secretos llegaron a la orilla del río donde los esperaba el Argo, listo para zarpar. Subieron a bordo. Medea llevaba consigo a su hermano, el príncipe Apsirto. Entonces los argonautas se encorvaron sobre sus remos y bogaron con tanta fuerza que las duras palas de pino, talladas en el monte Pelión, se doblaban en sus manos como si fueran varillas de avellano mientras volaban hacia el mar.

Mas de repente, en la oscuridad que dejaban a sus espaldas, el dragón se despertó de su sueño hechizado para encontrar que el Vellocino de Oro había desaparecido. Entonces proyectó su tremenda voz, un silbido ronco y penetrante tan horroroso que todos los habitantes de Cólquide se despertaron aterrados, y las mujeres abrazaron a sus hijos en sus lechos, temblando de espanto.

El rey Eetes, sin embargo, pronto adivinó lo que había sucedido y, a pesar de las espesas tinieblas, botó su nave más rápida y se lanzó en persecución de los argonautas.

—¡Remad!, ¡remad! —gritó Medea, al escuchar el bramido del dragón—. ¡Muy rápidos son los barcos de mi padre y no habrá piedad para nosotros si nos atrapan!

Así que se volvieron a doblar sobre los remos, batiendo el agua que se convertía en espuma mientras bajaban raudos por el Fasis. Al alba alcanzaron el mar Negro y pusieron rumbo al oeste.

Antes del mediodía vieron la alta vela del rey Eetes agrandándose en el horizonte. En vano la brisa hinchaba la lona del Argo. Los grandes barcos de Cólquide estaban cada vez más cerca.

Entonces Medea la Hechicera cometió un acto horripilante. Los argonautas, espantados, fueron testigos de su vileza, aunque no intervinieron, pues ella los había salvado y además Jasón le había jurado desposarla y llevarla a Grecia, y no podían hacerle ningún daño.

Tomó a su hermano, el príncipe niño Apsirto, y lo degolló con una afilada espada a la vista del padre de ambos, el rey Eetes. A continuación lo descuartizó y fue tirando los pedazos al mar, sabedora de que Eetes se detendría para recogerlos y así conceder a su hijo los necesarios ritos funerarios. De lo contrario, por lo menos eso creían, su fantasma no podría descansar en el reino de Hades o en los Campos Elíseos.

Todo sucedió tal y como ella había previsto. El rey Eetes, con los ojos arrasados por las lágrimas en la proa de su barco, lanzó una terrible maldición contra Medea y contra todos los que viajaban en el Argo. A continuación detuvo su flota y ordenó recuperar los restos de su vástago. Los argonautas

siguieron adelante perdiéndose pronto en el amplio horizonte, y Eetes y sus naves ya no volvieron a encontrarlos.

Mas Jasón inclinó la cabeza, abrumado por la vergüenza y la consternación: la terrible infamia cometida por Medea jamás, en modo alguno, podría ser perdonada. Mas ahora estaba ligado a ella, estaba casado con una nigromante que no habría de traerle ninguna fortuna.

16
El retorno de los argonautas

De la casa de tu padre vienes,
oh, corazón de fuego.
A las Oscuras Rocas Azules, al entrechocar de espuma,
a los mares de tu deseo:

Hasta cruzar la Barra Cianea.
Y, oh maravilla, en pie
junto a un río extraño, tu amante perdido,
con los brazos para siempre vacíos.

EURÍPIDES, *Medea*
(según trad. de Gilbert Murray)

Bajo la ominosa sombra del crimen de Medea, los argonautas se alejaron por las misteriosas aguas del norte y el oeste del mar Negro. Una tormenta se abatió sobre la nave, zarandeándola como a un juguete, llevándola a través de la oscuridad sin que nadie supiera en qué sentido. Mas, cuando cruzaban entre las islas solitarias y los elevados acantilados de lo que podría ser la desembocadura de un gran río, la Rama Mágica de Dodona situada en la proa se dirigió a ellos:

—Vosotros, que habéis cometido un crimen tan abyecto, no podréis escapar de la cólera de Zeus, ni volver a vuestra tierra nativa hasta que hayáis visitado la isla de Ea. Allí vive la única persona que puede purificaros: Circe, la Maga. Pero el camino hasta esa tierra es largo y temible, tal como ningún hombre hasta ahora ha recorrido.

Los argonautas se estremecieron espantados ante esa voz sobrenatural. Entonces el viento los volvió a empujar, la oscuridad se cerró sobre ellos y navegaron siempre hacia delante, sin tener idea cierta de hacia dónde iban.

Adelante, adelante, siempre adelante río arriba, a veces remando y otras empujados por recios notos, mientras Orfeo tañía su lira. Se fueron adentrando cada vez más en el frío norte hasta que, por fin, tras bogar contra corriente por donde el río ya no tenía suficiente profundidad, bajaron a la orilla y cargaron el Argo sobre sus espaldas.

Poco se ha contado de esa inaudita caminata, de la que ninguno de los argonautas entendía su destino. Mas, cuando estaban a punto de perecer de

agotamiento, hallaron otro río que fluía hacia el noroeste y que los llevó corriente abajo hasta el mar, en un país de brumas perpetuas donde se acumulaban los carámbanos en los mástiles y aparejos del Argo, y por donde veían pasar grandes osos blancos.

También había hombres salvajes en aquellos parajes, los lestrigones, que vestían pieles y blandían hachas de doble filo, y que dedicaban canciones salvajes a Odín y a los salones del Valhalla, y que echaban espuma por la boca mientras combatían sin cuartel en un trance alucinado.

Tiritando de frío los argonautas pasaron por aquellas latitudes heladas donde el sol brilla a medianoche mas no calienta a mediodía. Llegaron al mar del Norte y pasaron más allá de las tierras del viento Bóreas, las Últimas son llamadas aquellas islas, que tiempos más tarde serían conocidas como Británicas. Sin detenerse nunca llegaron hasta el océano Occidental, donde se decía que la tierra de la Atlántida se había hundido bajo las aguas no hacía mucho tiempo. Entonces pusieron rumbo al sur, cruzaron una borrascosa bahía donde el sol los volvió calentar, y siguieron navegando hasta que un día Heracles exclamó alborozado:

—¡Amigos, por fin estamos de vuelta en el mundo conocido! ¡A lo lejos se divisan los dos pilares que yo levanté para señalar la entrada de Nuestro Mar; más al sur el Titán Atlante sujeta el firmamento plantado en su montaña, a cuyo pie se encuentra el Jardín de las Hespérides!

Les contó su empresa de las Manzanas Doradas, y todos se maravillaron ante el relato de cuanto había hecho y visto. Mayor aún fue su asombro cuando los condujo al jardín mismo, pues allí estaba en el suelo el dragón Ladón, cuya cola todavía se estremecía, quince años después de que Heracles lo hubiera matado con su flecha emponzoñada.

Los argonautas descansaron en aquella tierra fragante hasta recuperar el ánimo y las fuerzas. Erigieron altares y sacrificaron bueyes y carneros a los Inmortales en agradecimiento por haber sobrevivido a tantos y tan extraordinarios peligros.

Luego siguieron su singladura por el azul Mediterráneo, pasando entre Córcega y Cerdeña para llegar a Ea, la pequeña isla donde moraba la tía de Medea: Circe, la Maga.

De haber llegado sin compañía, Circe hubiera probado algún tipo de sortilegio con los argonautas, pero en cuanto vio a Medea se apresuró a recibirlos calurosamente. Cuando Medea le habló de su horrendo crimen y del mandato de Zeus, comunicado a través de la rama mágica, Circe los purificó a

todos de la sangre de Apsirto y les permitió proseguir su viaje, y ellos sintieron sus corazones aliviados de un terrible peso.

Mas sus aventuras aún no habían acabado. Cerca de Ea existe otra isla hoy llamada Capri, en la que vivían las sirenas. Estas eran las doncellas que estaban jugando con Perséfone, la Doncella Divina, en la hermosa pradera de Enna, en Sicilia, cuando Hades la raptó para hacer de ella la Reina de los Muertos. Habían suplicado tener alas para poder ir por el mundo en su busca, y Deméter les concedió su deseo. Mas por alguna extraña razón se convirtieron en seres malignos, condenadas a vivir en aquella hermosa isla y a atraer a los marineros hacia su perdición. Seguían teniendo alas, mas también garras y colas como las aves, y su canto era tan bello que no había hombre alguno que pudiera resistirlo: quien escuchaba aquella maravillosa música olvidaba toda preocupación y se lanzaba al agua para nadar hacia la orilla. Allí las sirenas lo cogían entre sus afiladas garras y lo despedazaban en un instante. Mas quería el destino que si alguien conseguía resistirse a sus cantos y navegar indemne por esos parajes, entonces serían las sirenas las que encontrarían su fatal destino.

Cuando los argonautas se acercaron y escucharon el fabuloso canto de las sirenas, se encorvaron con vehemencia sobre los remos, ansiosos tan solo por llegar a la isla y abandonarse al embrujo de las voces. Pero Medea sabía el destino fatal que aguardaba a quien pusiera el pie en la isla de las sirenas, por lo que dirigió a Orfeo estas palabras:

—¡Músico divino! ¡Haz sonar tu lira y canta por nuestras vidas! ¡Sin duda tú, hijo de Apolo, eres capaz de trovar aun con mayor dulzura que esas criaturas de maléfica belleza!

Orfeo tocó como nunca antes lo había hecho, y entonó una balada tan hermosa como la que había cautivado los oídos de Hades y atraído a su perdida Eurídice de los muertos. Al escuchar su voz, los argonautas olvidaron la de las sirenas y apartaron su barco de esos mortíferos parajes poniendo rumbo al sur. Todos excepto Butes, que saltó por la borda y nadó hacia la orilla. Mas Afrodita se compadeció de él y lo sacó de allí a tiempo, para convertirlo en el sacerdote de uno de sus templos del sur de Sicilia.

En cuanto a las sirenas, dado que hombres mortales habían sobrevivido tras escuchar su canto, se cumplió su destino y, como la Esfinge cuando Edipo resolvió su enigma, se precipitaron desde lo alto de las rocas y fenecieron. Todas excepto dos, que no habían unido su voz a la de sus hermanas y que por lo tanto siguieron viviendo y atrayendo a los marineros a su perdición, hasta que Odiseo pasó por su isla a la vuelta de Troya.

Los argonautas siguieron navegando y contemplando extrañas quimeras. Pasaron por delante de la cueva en la que acechaba Escila, la monstruosa criatura de muchas cabezas, aunque ese día estaba dormida. Luego rebasaron el remolino de Caribdis sin sufrir ningún daño; y las islas Errantes, que lanzaban rocas de fuego; y la isla donde Helio, el Titán Solar, guardaba su rebaño de bueyes de piel blanca como la leche y cuernos dorados; y la tierra venturosa de los feacios.

Aquí se demoraron varias jornadas para celebrar las bodas de Jasón y Medea. Pues mientras recuperaban fuerzas entre los hospitalarios feacios, llegaron allá varias naves del rey Eetes, y el rey feacio afirmó que si bien estaba dispuesto a entregarles a la hija de Eetes, no podía hacer lo mismo con la esposa de Jasón. Así los colcos fracasaron en su empresa y, puesto que Eetes había prometido matarlos a todos si volvían sin Medea, decidieron establecerse allí y fundar un nuevo reino vecino al de Feacia.

El Argo volvió a desplegar las velas y ya doblaba el cabo Malea, la punta meridional de Grecia, cuando un vendaval lo arrastró hasta la isla de Creta.

En los primeros días, el Herrero de los Inmortales, Hefesto, había forjado para el primer rey Minos un gigante de bronce llamado Talos, un ser inmenso que recorría la isla tres veces al día y que hundía todo barco que se acercara tirándole enormes piedras.

Minos sabía cómo manejar al monstruo, como lo supieron todos los posteriores reyes de Creta hasta el último rey Minos, aquel que persiguió a Dédalo después de que Teseo acabara con el Minotauro en el Laberinto. Mas Decaulión, el nuevo rey, era incapaz de controlar a Talos, y hasta él tuvo problemas para escapar de la isla cuando acudió a la llamada de los argonautas.

Ahora el gigante Talos estaba completamente desaforado y, por su causa, Creta no tenía contacto alguno con el mundo exterior, pues seguía dando tres vueltas a la isla todos los días, destrozando con sus pedruscos cualquier embarcación que divisaba. En otras ocasiones el broncíneo ser se ponía al rojo vivo yaciendo durante horas bajo los rayos del sol, para luego poder ir quemando cuanto se le antojara.

Decaulión rogó a los demás argonautas que le ayudaran a destruir a Talos, mas ni siquiera Heracles era capaz de imaginar la forma de hacerlo. Entonces intervino Medea:

—Solo combinando magia y astucia podremos derrotar a Talos. Mas haced exactamente lo que yo os diga y saldremos adelante. —Cuando les

hubo explicado su estratagema se acercaron a la isla, y pronto apareció Talos, brillando incandescente y con una enorme roca en la mano.

Orfeo entonces se puso a tañer las más dulces melodías y, mientras Talos vacilaba incapaz de reaccionar, Medea le dirigió estas palabras:

—Noble Talos —le dijo—, soy Medea, la Hechicera, y puedo hacerte Emperador del Mundo, superior incluso a los Inmortales, si consientes en hacerme reina tuya.

—¿Cómo puedes hacer eso? —tronó el gigante indeciso.

—¿No es verdad —le preguntó Medea— que solo tienes una vena que recorre todo tu cuerpo, del cuello al talón, y que en vez de sangre contiene icor, el líquido inmortal que fluye por las venas de los dioses?

Talos asintió, aún sin comprender, y Medea prosiguió:

—Aunque el icor recorra tu vena, tú no eres inmortal. Sin embargo yo, por mis mágicas artes, puedo hacer que lo seas, si me permites desembarcar sin peligro con uno de mis marineros.

Talos accedió, y Medea bajó a tierra acompañada de Peante, que era el de menor tamaño de entre los argonautas. Si Heracles o Teseo hubieran intentado saltar a la orilla, Talos habría sospechado algún ardid, mas del pequeño Peante no podía recelar nada. Lo que Talos no sabía es que Peante era uno de los mejores arqueros de su tiempo, y que Heracles le había prestado su arco y sus flechas.

Una vez en la arena, Peante se fue alejando distraídamente hasta conseguir ocultarse entre las rocas. Mas Medea tomó una hoz de hoja de bronce y empezó a juntar las hierbas con las que preparar una poción mágica. Las mezcló en un caldero, extrayendo de ellas su blanca savia mientras entonaba siniestros conjuros. A continuación se despojó de sus ropas, ató su negra caballera con guirnaldas de hiedra y se inclinó sobre la marmita, cortando las hierbas y raíces y cantando a gritos, como poseída.

Talos estaba fascinado por la bella mujer-hechicera y sus extraños manejos. Se fue acercando poco a poco, aunque sin dejar de estar prevenido, pues en el talón tenía un clavo de bronce, como un tapón, que impedía que se escapara el icor, y le aterraba que alguien pudiera tocarlo.

Medea pronto tuvo preparada su mágica cocción. La vertió en una copa y se la ofreció a Talos, diciéndole:

—¡Bebe! ¡Es el vino de la inmortalidad!

Talos estaba tan obnubilado que cogió la copa y la apuró de un trago. Mas lo único que le provocó fue una gran somnolencia, y pronto empezó a

tambalearse como si estuviera borracho, aunque seguía decidido a no caer dormido no fuera que alguien intentara quitarle el clavo.

Entonces se incorporó Peante, puso una saeta en el arco y disparó de tan diestra manera que la flecha fue a golpear el clavo del tobillo de Talos, aflojándolo; pronto cayó al suelo y el icor empezó a salir a borbotones.

Talos lanzó un grito de terror y buscó con torpeza el tapón, mas la pócima mágica era demasiado fuerte para él y no fue capaz de encontrarlo. Pronto se quedó yerto y frío, reducido a una simple estatua de bronce muerto.

Después de esto los argonautas desembarcaron en Creta y fueron agasajados espléndidamente por Decaulión antes de partir de nuevo para Yolco, a donde llegaron sin más contratiempos.

Allí se separaron, aunque muy pronto varios de ellos se volvieron a reunir para la aventura del Jabalí de Calidón que Meleagro, cuando llegó a casa, se encontró devastando sus campos.

Jasón no vivió para disfrutar la honrosa vejez que su esfuerzo había ganado. Murió solo y sin hijos, padeciendo la maldición de Eetes, pues ningún tipo de purga podía redimirle por completo de su culpa por la muerte de Apsirto.

Al volver a Yolco se encontró con que su padre había muerto y Pelias seguía reinando. Jasón no tenía deseos de sustituirle en el trono, mas su esposa Medea, la Hechicera, deseaba ser reina. Por eso, cuando Jasón marchó a Calidón, les dijo a las hijas de Pelias:

—Ya conocéis mis poderes mágicos, ¿no os gustaría que os enseñase cómo hacer que vuestro padre fuera joven de nuevo?

Al principio las muchachas desconfiaron de ella, por lo que Medea preparó una poción mágica en un gran caldero y, tras buscar un viejo carnero que apenas se tenía en pie, lo mató y lo troceó. Echó los pedazos de carne en la olla y… casi de inmediato saltó de allí un corderillo ágil, tierno y vigoroso.

Aquello disipó las dudas de las hijas de Pelias. Tomaron a su anciano padre, lo mataron y lo descuartizaron. Mas cuando pusieron la sanguinolenta carne en el caldero, Pelias siguió igual de muerto que al principio, pues Medea no les había enseñado el conjuro.

Cuando los habitantes de Yolco supieron lo que había hecho Medea, los desterraron a ella y a Jasón, que se vieron obligados a viajar hasta Corinto. Allí se le presentó a Jasón una nueva oportunidad de adquirir un reino, pues el monarca solo tenía una hija, la doncella Glauce.

—Te la daré en matrimonio y reinarás sobre esta tierra —le prometió el rey—, pero antes tienes que expulsar de aquí a esa bruja malvada, Medea.

Jasón, que nunca había amado a Medea y que ahora la odiaba por su crueldad y sus infamias, no puso reparos. Medea también consintió, aparentemente, y en prueba de su buena fe le entregó a Glauce un vestido de boda mágico que, en el momento de ponérselo, la abrasó sin remedio llevándola a la muerte; y también a su padre, cuando intentó salvar a su hija.

A continuación la despechada Medea mató a los dos hijos que ella misma había tenido con Jasón, y huyó en un carro tirado por dragones de fuego.

Mas Jasón se convirtió en un proscrito, y en su vagabundeo acabó por llegar hasta donde su viejo barco, el Argo, estaba varado en una playa.

—Eres mi único amigo —dijo abatido, mientras se sentaba a la sombra del barco. Allí se quedó dormido y, mientras descansaba, la proa del barco, podrida por los años, se derrumbó sobre él y le causó la muerte.

17
Meleagro y Atalanta

> La doncella ha hecho votos de casar con el hombre
> que en la carrera sus veloces pies pueda adelantar.
> Mas el que fracase… los días tiene contados.
> Escuchad, esa es la merced que Atalanta otorga
> a quienes su belleza ganar pretenden.
>
> WILLIAM MORRIS, *El paraíso terrenal*

Meleagro el argonauta llevaba una vida hechizada. Cuando no tenía más de siete días de vida, las Tres Moiras —o Hadas del Destino—, se le aparecieron a su madre, la reina Altea de Calidón, mientras descansaba en una gran estancia en penumbra del palacio iluminada por la temblorosa luz de un fuego.

Las Moiras eran las hijas de Zeus y de Temis, y presidían el destino de los hombres. Cuando Altea las vio, estaban ocupadas con el hilo de la vida de su hijo, Meleagro.

Una de las Moiras devanaba la hebra, y su nombre era Cloto, y muy rápidamente hilaba, mientras Láquesis se paraba a su lado con la vara de medir dispuesta. La tercera Hada, Átropo, tenía en las manos unas tijeras, y dijo a sus hermanas:

—¿Por qué os afanáis en hilar y medir? En cuanto se consuma ese tizón que arde en la chimenea debo cortar el hilo con mis tijeras, ¡y la vida de Meleagro habrá acabado!

Altea oyó estas palabras, saltó de la cama y sacó el madero del hogar, apagando de inmediato las llamas. A continuación lo escondió en una arqueta secreta de la que solo ella poseía la llave.

—¡Ahora os desafío, Moiras! —les gritó—. ¡Solo tengo que preservar este leño para que mi hijo jamás conozca la muerte!

Las Tres Hermanas se limitaron a sonreír a Altea, y en sus ojos relampagueó un secreto que infundió temor en la madre. Luego se desvanecieron, y solo quedó el tizón carbonizado del cofre como prueba de que no había sido todo un sueño.

Los años pasaron y Meleagro se convirtió en un príncipe animoso que acompañó a Jasón y a los demás argonautas en su empresa del Vellocino de

Oro. A su vuelta a Calidón se encontró con que un jabalí salvaje asolaba el reino, destruyendo las cosechas y acabando con quien se interpusiera en su camino.

Este enorme animal, de durísima piel y espléndidos colmillos, no podía ser muerto por ningún hombre. Meleagro envió a buscar a sus amigos de entre los argonautas: Heracles y Teseo, Peleo y Telamón, Admeto y Néstor, al mismo Jasón y a varios más… pero en particular mandó recado a Atalanta, la doncella cazadora. Pues Meleagro se había enamorado de ella durante su viaje en el Argo, y todavía esperaba persuadirla de que fuera su esposa, aunque ella había jurado que jamás se casaría.

Atalanta era una princesa de Acadia. Cuando nació, su padre, el rey Yaso de Tegea, disgustado porque no era varón, la había abandonado en la ladera de una montaña. Allí la encontró una osa, que la llevó a su cubil para criarla con sus cachorros. Artemisa, la Inmortal Cazadora, la adiestró en todas las artes de la caza y le permitió unirse a la partida de ninfas que la acompañaban en sus monterías.

De muy buena gana vino a Calidón, donde fue bien recibida por Meleagro y los demás argonautas. Mas Plexipo y Toxeo, los tíos de Meleagro, los hermanos bienamados de la reina Altea, protestaron cuando vieron a la muchacha.

—¡Es un insulto —exclamaron—, esperar que vayamos de caza en compañía de una mujer! ¡Debería estar afanándose en su telar y no mezclándose en asuntos de hombres con pretensiones de ser buena montera!

Muy enojado, Meleagro les ordenó que guardaran silencio, tras lo cual hizo comenzar la cacería, llevando a Atalanta a su lado. Una hermosa joven, sencilla y algo masculina, con el pelo cayéndole hasta los hombros, una túnica de pieles y un arco largo en la mano.

—¡Cuán feliz será el hombre que se llame tu esposo! —le susurró Meleagro. Atalanta enrojeció y frunció el ceño, antes de replicar:

—Jamás dirá eso hombre alguno con mi libre consentimiento… Mas ocupemos nuestro pensamiento con el feroz jabalí que andamos buscando.

No tuvieron que alejarse mucho, pues en una umbrosa vega sombreada de sauces y densa de juncales y apretadas cañas levantaron a la fiera. Salió arremetiendo furiosa, aplanando a su paso árboles y arbustos jóvenes, y lanzando por los aires los perros que le salían al paso.

Equión lanzó el primer venablo, mas en su precipitación no ensartó más que el tronco de un arce. Jasón también disparó su lanza, que pasó por encima del lomo del jabalí. Bufando de rabia, con los ojos incendiados, la bestia se

abalanzó sobre Néstor, que no hubiera vivido para combatir en Troya de no haberse encaramado con presteza a un árbol.

Telamón se abalanzó contra el jabalí con su pica preparada, mas tropezó con una raíz y a duras penas fue rescatado por Peleo. No había terminado de incorporarse cuando cargó el jabalí, y mal les hubiera ido a los dos hermanos de no haber sido por Atalanta quien, con frío y diestro coraje, tensó su arco y disparó una flecha que se fue a clavar en la cabeza del animal, junto a la oreja. Mas ni toda su habilidad fue suficiente para alcanzar el cerebro, de duro que era aquel grueso pellejo.

Ninguno se mostró tan encantado como Meleagro con aquella proeza:

—¿Os dais cuenta? —exclamó—, ¡la princesa Atalanta nos ha enseñado a nosotros, hombres, cómo se caza un jabalí! ¡Ha infligido a la bestia una herida mortal!

Anceo, que también había puesto reparos a la presencia de una mujer en la partida, se puso furioso al oír estas palabras:

—¡Mirad aquí! ¡Os enseñaré cómo acaba un hombre con un jabalí salvaje! ¡Aquí no sirven agujas ni alfileres mujeriles! ¡Un hacha de guerra es lo que hace falta, y ni la misma Artemisa podría defender a ese jabalí de mi cólera!

Y con estas palabras, se precipitó contra la rabiosa criatura y lanzó su hachazo. Mas se quedó corto, y en un instante estuvo tumbado boca arriba, destripado por la fiera. En un esfuerzo desesperado por salvarle la vida, Peleo arrojó su lanza, pero Euritión llegó en ese momento blandiendo su venablo, y el proyectil destinado al jabalí lo atravesó de lado a lado.

Teseo también disparó su pica, pero en el calor del lance apuntó demasiado alto y tan solo traspasó la rama de un roble. Pero Meleagro no falló, y el jabalí rodó por el suelo, y Meleagró acabó con él de un segundo lanzazo.

Entonces los cazadores prorrumpieron en exclamaciones de alegría, mientras hacían un corro en torno al animal, admirados de la cantidad de terreno que cubría. Meleagro se arrodilló a su lado y empezó a desollarlo. Cuando hubo acabado le entregó la cabeza y la piel a Atalanta.

—Señora —le dijo—, tomad estos trofeos y compartid la gloria conmigo. Fuisteis la primera en herir al animal, y vos sois merecedora de más honores que yo, o que cualquier otro de los aquí presentes.

Los demás cazadores envidiaron a Atalanta sus despojos; y Plexipo, el tío de Meleagro, fue incapaz de contenerse:

—¡Este es el peor insulto de todos! —gritó—. Mi sobrino ganó esa piel y, si no desea conservarla, debería habérmela entregado a mí, pues soy el más

noble de cuantos aquí estamos. En cuanto a ti, desvergonzada muchacha, no te creas que voy a consentir semejante deshonra. ¡Puedes haber embrujado a Meleagro con tu belleza, mas no tienes ningún poder sobre el resto de nosotros!

Mientras decía estas palabras él y su hermano Toxeo agarraron a Atalanta y la despojaron de sus trofeos de la manera más ultrajante y grosera. Entonces fue Meleagro el que perdió por completo los estribos. Con un aullido de rabia sacó su espada y atravesó el corazón de Plexipo. Luego se volvió contra Toxeo, que intentó defenderse, mas pronto yació muerto junto al cadáver de su hermano. El grupo partió entonces para la ciudad, llevando consigo los cuerpos, mientras Atalanta portaba la cabeza y la piel del Jabalí de Calidón.

Cuando la reina Altea vio los restos sin vida de sus hermanos, su dolor no conoció límites. Mas cuando supo que había sido Meleagro el que los había matado, su pena se transformó en un frenesí desesperado de cólera y venganza.

De repente recordó el tizón medio consumido que había arrebatado al fuego cuando Meleagro era un bebé. Corrió a su habitación, lo sacó de la arqueta y lo echó en la lumbre. El madero prendió enseguida, ardió con llamas rojas y pronto quedó reducido a cenizas.

En ese momento Meleagro celebraba un banquete en el salón con sus amigos y brindaba a la salud de Atalanta. De repente la copa le resbaló de la mano y, dando un alarido, cayó al suelo entre convulsiones de agonía. Gritó que estaba ardiendo por dentro y que deseaba que el jabalí lo hubiera matado a él en vez de a Anceo. En unos pocos minutos yacía muerto.

Hubo entonces gran aflicción por todo Calidón, y la gran Cacería del Jabalí, que había comenzado de forma tan feliz, acabó en tragedia y en duelo. La reina Altea, cuando se recobró de su colérica enajenación, se horrorizó de tal manera por su abominable crimen que se ahorcó del techo.

Pero hubo una consecuencia feliz de la cacería de Calidón ya que Heracles se enamoró de la hermana de Meleagro, la princesa Deyanira. El problema era que su padre, el rey Eneo, la había prometido contra su voluntad al río Aqueloo, que fue hasta él en forma de hombre feroz y amenazó con arrasar sus tierras si le negaba la mano de la doncella.

Cuando lo supo Heracles, marchó hasta la orilla del río y lanzó su desafío:

—¡Noble río Aqueloo, los dos amamos a la misma joven! ¡Ven en la forma que quieras y lidia por ella conmigo!

Aqueloo aceptó el reto, adoptó la figura de un enorme toro salvaje y embistió a Heracles. Mas el poderoso héroe tenía ya experiencia en estos

lances, por lo que agarrando a Aqueloo por un cuerno se lo arrancó de cuajo. Entonces Aqueloo reconoció su derrota y Deyanira se convirtió en la esposa de Heracles. Los dos vivieron felices un tiempo en Calidón, ayudando a Eneo hasta que su joven hijo Tideo tuviera edad de gobernar.

Los demás cazadores habían vuelto a sus hogares. Mas la bella Atalanta, famosa ahora por el papel que había desempeñado en el combate contra el jabalí, fue reclamada por su padre, el rey Yaso. Se estableció en su palacio, no lejos de Calidón, pero seguía rechazando el matrimonio.

—¡Pero yo no tengo hijo alguno que me suceda! —se quejó Yaso—. Elige a quien tú quieras por marido, y los dos reinaréis juntos, y vuestros hijos después de vosotros.

—Acataré tus órdenes, como corresponde a una doncella —acabó por ceder Atalanta—, pero con una condición. Todo aquel que venga a pedir mi mano debe disputar una carrera conmigo. Tan solo aquel que tenga los pies más ligeros que los míos será mi esposo. Mas aquellos a quienes yo venza perderán la cabeza.

Yaso no tuvo más remedio que aceptar, y envió heraldos por toda Grecia proclamando que quien pudiera batir en la carrera a su hija Atalanta se casaría con ella y ganaría el reino de Tegea; mas los derrotados, ni la vida conservarían.

Varios fueron los príncipes que se creyeron capaces de triunfar sobre cualquier mujer, y vinieron a probar fortuna. Mas todos ellos fueron dejando sus cabezas como adorno en el poste de llegada de la pista del rey Yaso.

Pronto no quedó nadie con ganas de competir, y Atalanta sonrió feliz, ya que no tenía intención de casarse jamás.

Al cabo su primo Melanión se enamoró de ella y, sabedor de que no tenía ninguna posibilidad de superarla en la carrera, buscó el auxilio de Afrodita, Diosa Inmortal del Amor y de la Belleza.

Afrodita estaba disgustada con Atalanta por burlarse del amor y rechazar el matrimonio, por lo que ofreció a Melanión la ayuda que pedía. Le prestó las tres Manzanas de Oro que Heracles había traído del Jardín de las Hespérides y que Atenea le había cedido para este mismo propósito.

Melanión se presentó entonces en Tegea y, a pesar de las advertencias del rey Yaso, insistió en desafiar a Atalanta.

Se preparó la pista y comenzó la carrera. Al principio Atalanta dejó que Melanión se pusiera por delante, pues estaba segura de ser dos veces más ligera. Melanión, cuando vio que se le acercaba la sombra de su bella

competidora, dejó caer una manzana dorada de forma que rodara delante de ella.

Atalanta vio la manzana y se vio asaltada por el deseo de poseer un objeto tan maravilloso. Se detuvo unos instantes, la recogió y volvió a salir corriendo en pos de Melanión, segura de adelantarle. Pronto estuvo a su altura; mas, en cuanto la vio junto a él, el joven dejó caer una segunda manzana, y otra vez ella fue incapaz de resistir la tentación: se detuvo y se agachó de nuevo.

Luego echó a correr tan rápido como pudo, y otra vez alcanzó al joven. Mas una tercera manzana rodó ante ella, y ante la visión de su extraña belleza Atalanta se olvidó de todo y se desvió a recogerla.

—¡Todavía puedo ganarle! —pensó, y echó a correr veloz como el viento. Pero Melanión tocó el poste del ganador un instante antes de que lo hiciera ella, con lo que la ganó por esposa. Al poco reinaban juntos y felices sobre la tierra de Tegea, con un pequeño hijito que sería rey después de ellos.

Heracles y Deyanira también estaban dichosos, viviendo en paz en Calidón. Aunque poco tiempo después tuvieron que volver a trasladarse, ya que Heracles en una disputa propinó tal puñetazo a un primo del rey que lo dejó muerto en el suelo. Se despidieron de Eneo y emprendieron un nuevo viaje hacia el norte de Grecia.

De camino estaban cuando llegaron al río Eveno donde vivía el centauro Neso, que odiaba a Heracles. Este centauro solía ayudar a los viajeros a vadear el río transportándolos en su lomo; cuando ya casi había dejado a Deyanira en la otra orilla, de repente empezó a nadar río abajo, llevándola consigo. Ella gritó pidiendo ayuda y Heracles disparó su arco alcanzando a Neso con una de sus flechas envenenadas.

—Mi señora Deyanira —le susurró, mientras agonizaba en la arenosa orilla—, os quiero revelar un secreto. Cuando yo haya muerto, guardad un poco de la sangre de mi herida. Si alguna vez descubrís que Heracles ha dejado de amaros, empapad con ella alguna prenda y pedidle que la vista: eso hará que os ame como nunca lo haya hecho hasta ese día.

Murió al terminar de decir esas palabras. Deyanira hizo lo que le había indicado, en la creencia de que Neso le había contado tan magnífico secreto como muestra de arrepentimiento. Mas no le dijo nada a Heracles.

Poco después llegaban los dos a Traquis, cien millas al norte de Tebas, donde fueron recibidos por el rey Ceix. Allí se establecieron para disfrutar de paz y tranquilidad. Mas para Heracles el descanso y el sosiego no significaban nada, ni los deseaba en absoluto, por lo que muy pronto se embarcó en una nueva y peligrosa aventura.

18
La primera caída de Troya

> Donde quiera que fuera Heracles, el solitario arquero, él le prestaba sus manos por la ruina de una única tierra, de Ilión, de Ilión tan solo, ¡de las tierras la más odiada!
>
> EURÍPIDES, *Las troyanas*
> (según trad. de Gilbert Murray)

Cuando Heracles rescató del monstruo marino a Hesíone, la hija del rey de Troya, no pudo llevarse consigo su recompensa, pues por aquel entonces tenía que realizar los trabajos que le encomendaba Euristeo de Tirinto. Mas en cuanto los hubo acabado, envió un mensaje al rey Laomedonte demandándole los dos caballos mágicos que había ganado.

Laomedonte no era conocido por ser fiel en el cumplimiento de su palabra, y esta vez tampoco se apartó de su inveterada costumbre. Mandó dos caballos, es cierto, pero en lugar de los dos corceles mágicos que Zeus le había dado al rey Tros a cambio de Ganimedes, que podían correr como el viento por el mar o por los campos de trigo sin doblar las espigas, le envió dos pencos de raza mortal.

Heracles juró vengarse de Laomedonte, mas solo cuando fue a establecerse en Traquis pudo empezar a reunir la hueste que precisaba para esa empresa. Dejando a su joven esposa Deyanira al amparo de la ciudad, Heracles empezó a visitar a sus camaradas acompañado de su sobrino Yolao. Primero buscó a sus viejos amigos Telamón y Peleo, con quienes había compartido la expedición contra las Amazonas, así como la búsqueda del Vellocino de Oro y la caza del Jabalí de Calidón.

Telamón vivía en Salamina, cerca de Atenas, y no hacía mucho que se había casado. Mientras Heracles era su huésped, la esposa de Telamón dio a luz un hijo, a quien pusieron por nombre Áyax. Telamón y Peleo compartían un banquete con su huésped cuando el recién nacido fue traído a presencia de su padre; al verlo, Heracles exclamó:

—Es la voluntad de Zeus que este hijo tuyo ha de ser un paladín fuerte y valeroso. Mirad, lo arropo con la piel del león, el primero de mis muchos

trabajos: ojalá que Áyax demuestre ser tan intrépido como un león, y tan vigoroso y arrojado.

Cuando acabaron las celebraciones, Telamón reunió una flota de seis barcos que se hicieron a la mar rumbo a Troya bajo el mando de Heracles. Junto al héroe iban, además de Telamón y Peleo, Oícles, Yolao y Deimaco, cada uno a cargo de una nave.

Navegaron rápidamente por el mar Egeo y arribaron sin ser descubiertos en la tierra de Troya, donde anclaron las naves dejándolas bajo la custodia de Oícles y una pequeña guardia, mientras el resto marchaba hacia la ciudad.

El rey Laomedonte no estaba preparado para esta repentina invasión. Armó a tantos hombres como pudo y, por caminos secretos, realizó una incursión sorpresa hasta el fondeadero de los barcos. Tomó por sorpresa al viejo Oícles y, en la breve refriega que siguió, Oícles resultó muerto y sus hombres solo salvaron los barcos refugiándose en ellos y haciéndose a la mar.

Satisfecho con este buen comienzo, Laomedonte volvió raudo a Troya por su ruta secreta y, tras una breve escaramuza con las tropas de Heracles, se introdujo en la ciudad y atrancó las puertas.

Heracles rodeó Troya y se dispuso a asediarla. Mas en esta ocasión no fue un largo sitio pues las murallas, aunque erigidas por los Inmortales Apolo y Poseidón, no eran inmortales ellas mismas, ya que en su construcción les había ayudado un mortal, Éaco, el padre de Telamón y Peleo.

La primera brecha en la muralla la practicó Telamón, quien sabía por su padre cuál era el punto más vulnerable. Por esa abertura entraron sus compañeros, mientras que Heracles se esforzaba por asaltar la ciudadela. Muy pronto también Heracles se encontró dentro de las murallas, produciéndose entonces una feroz batalla en la que pereció Laomedonte, alcanzado por las fatales saetas, igual que todos sus hijos a excepción del más pequeño. Su nombre era Podarces y se le perdonó la vida porque había intentado persuadir a Laomedonte de que se comportara con dignidad y entregara los caballos mágicos.

Una vez que las murallas fueron completamente arrasadas, Heracles convocó ante sí a los cautivos. Entre ellos estaba la princesa Hesíone, a quien él había rescatado del monstruo marino y que debería haber sido su esposa.

—Mas ahora ya estoy casado —dijo Heracles—, por lo que hago entrega de ella a mi amigo, el rey Telamón; y en recuerdo de lo que pudo haber sido, haré un regalo a la novia. Princesa Hesíone, puedes elegir al que quieras de estos prisioneros para que sea liberado.

Hesíone, llorando aún por la muerte de su padre y de sus hermanos, se arrodilló ante Heracles y le dijo:

—Gran Héroe de Grecia, perdona a mi hermano Podarces y permítele que reconstruya Troya para que reine sobre el pueblo que fuera de mi padre.

—Podarces ha sido perdonado —respondió Heracles—, pero es mi esclavo como botín de guerra. Aun así concederé tu demanda, si bien debes pagarme por él alguna forma de rescate, aunque no sea más que el velo que cubre tu cabeza.

Hesíone se quitó el velo y con él compró la libertad de Podarces. A partir de entonces su nombre se cambió por el de Príamo, que significa «el rescatado».

Cuando Heracles y los suyos partieron, Príamo reunió en torno a sí a todos los troyanos y levantó una nueva ciudad de Troya, una urbe orgullosa y fuerte, rodeada de imponentes murallas. Se casó con Hécuba, que le dio muchos hijos, los más famosos de los cuales fueron Héctor y Paris.

Mientras Heracles y su pequeña flota volvían navegando a Grecia, su vieja enemiga, Hera, no pudo contener por más tiempo su inquina. Sabía que los Gigantes empezaban a agitarse en sus cuevas del lejano norte y que podrían desencadenar su guerra contra los Inmortales en cualquier momento; también sabía, como el mismo Zeus, que solo con la ayuda de Heracles podían ser derrotados; y a pesar de ello los celos la llevaron a un último intento de destruir al hijo de Alcmena.

Convocó a Hipno, el espíritu del Sueño, hermano de la Muerte e hijo de la Noche.

—Sueño, tú que doblegas a mortales e Inmortales —le dijo Hera—, ve de inmediato a donde reposa el gran Zeus y haz pesados sus párpados, pues el Señor del Olimpo tiene gran necesidad de descanso.

Hipno fue donde estaba Zeus y desplegó sobre él sus grandes alas, con lo que el gran Rey de los Inmortales no tardó en caer en un plácido sopor.

Hera aprovechó entonces para dejar escapar a los vientos del norte, con lo que se desencadenó una gran tempestad sobre el mar que arrastró ante sí a los barcos, saltando sobre las olas por entre las islas orladas de arrecifes, corriendo mortal peligro en todo momento.

Heracles hubiera podido encontrar así su final de no haber despertado Zeus a tiempo. Al ver lo que estaba sucediendo, su cólera fue terrible. Cogió a Hera y la colgó del cielo por las muñecas, con un pesado yunque de hierro en cada tobillo; y cuando Hefesto intentó liberarla, Zeus lo agarró por la pierna y

lo lanzó por los aires lejos del Olimpo, hasta la isla de Lemnos, donde lo encontró la ninfa marina Tetis.

Zeus ordenó al Bóreas y a los demás vientos tormentosos que volvieran a la isla en la que Eolo los guardaba en una cueva, y una gran calma se abatió sobre el mar Egeo, justo a tiempo de evitar que la nave de Heracles se estrellara contra los acantilados de la isla de Cos.

Apenas había desembarcado Heracles con sus compañeros, exhaustos y hambrientos, cuando Eurípilo, el rey de aquella isla, los atacó con un gran contingente de guerreros, ya que Hera le había advertido de que una banda de piratas estaba a punto de atacar su reino.

Los agotados griegos fueron derrotados y dispersados en la oscuridad, incluyendo al mismo Heracles. Lo persiguieron con saña, pues Eurípilo tenía particular interés en matar al jefe de los piratas. Heracles consiguió escapar con vida escondiéndose en una cabaña en la que vivía una mujer de gran tamaño, la cual, al ver acercarse a Heracles, huyó en la oscuridad, dejando al héroe apenas el tiempo suficiente para disfrazarse con las ropas de la mujer e inclinarse sobre la cuna antes de que los soldados de Eurípilo llegaran a la puerta.

Al ver sola a aquella anciana, siguieron su búsqueda por el centro de la isla, mientras Heracles conseguía por fin comer y descansar un poco hasta reponer algo sus fuerzas.

Por la mañana reunió a sus desperdigados seguidores y atacó a los defensores de Cos, desbaratándolos completamente y matando al rey Eurípilo. Se quedaron algún tiempo en aquella isla reparando los barcos antes de volver a poner rumbo a Grecia. Además Heracles había resultado herido en la refriega.

Uno de esos días, Palas Atenea, la Reina Inmortal de la Sabiduría y la Estrategia, se presentó ante él sin previo aviso:

—¡Levántate, Heracles, el más poderoso de los mortales! ¡Por fin ha llegado el día para el que naciste, pues los Gigantes campan hoy a sus anchas por la faz de la tierra y, sin la ayuda del Héroe mortal señalado, ni siquiera los Inmortales podremos oponernos a ellos!

De inmediato Atenea lo condujo al otro lado del mar, hasta la ominosa llanura de Flegras, donde la tierra tiembla y echa humo, como si del cráter de un volcán se tratara.

19
La guerra de los Gigantes

Cuando en la humeante campa de Flegra
los Inmortales combaten a la estirpe de los Gigantes,
has de saber que sus vidas solo cederán
a las flechas de un arquero mortal.

Y él, sus Trabajos acabados, para siempre
habitará en la placidez del Olimpo;
y Hebe aguarda para ser su esposa,
esposa de Heracles, ¡el Inmortal!

PÍNDARO, *Oda Nemea* I
(según trad. de Roger Lancelyn Green)

La invasión tanto tiempo aguardada y temida se produjo de repente. Pues Gea, la Tierra, había creado a los Gigantes y los había ocultado en enormes cavernas en el lejano norte de Grecia, hasta que llegara el momento en el que estos seres funestos alcanzaran la fuerza y el poderío necesarios para asaltar el cielo.

Luego, cuando pareció que Zeus estaba muy ocupado disputando con Hera y arrojando a Hefesto por los aires, los Gigantes bajaron a Grecia y se apresuraron a lanzar su desafío. Acamparon en los llanos volcánicos de Flegras y lo primero que hicieron fue capturar las reses de cuernos de oro del Titán Solar, Helio, y llevárselos para tener comida.

El líder de los Gigantes se llamaba Alcioneo, y era inmortal siempre que se mantuviera en Flegras. Al principio se limitaron a arremeter contra el Olimpo lanzando enormes peñascos y grandes robles en llamas.

—¡No podemos matar a los Gigantes sin ayuda! —gritó Zeus—. Eso es lo que me prometió el Titán Prometeo. Un mortal es quien debe matarlos, según los vayamos derribando. ¡Y eso solo está al alcance del más grande de los Héroes de toda Grecia, si es lo bastante fuerte y arrojado! ¡Eso solo lo puede hacer Heracles! ¡Para ese destino nació, hijo mío nacido de mujer mortal! ¡Para ese destino se ha preparado todos estos años, y ha terminado empresas que ningún otro mortal se hubiera atrevido ni siquiera a acometer, ni se atreverá ya nunca en el futuro!

Envió luego a Atenea en busca de Heracles. Mas para entonces las palabras de Zeus habían alcanzado la Tierra, y Gea, temerosa de que sus planes se quedaran en nada, había enviado a los Gigantes a buscar una hierba mágica que les haría invulnerables incluso contra el Héroe mortal.

Zeus lo sabía y, conocedor de que existía una única planta de esa hierba mágica, ordenó a Atenea que ayudara a Heracles a buscarla. Para evitar que los Gigantes la encontrasen primero, mandó a Helio que guardara en su establo el carro solar; y a Selene que hiciera lo propio con el carro de la luna, de forma que la faz de la tierra estuviera iluminada tan solo por el tenue fulgor de las estrellas.

Bajo esta penumbra extraña y antinatural Heracles encontró la hierba, y cuando el sol volvió a salir dio comienzo la gran batalla. La Tierra mandó un aliento de fuego desde las grutas subterráneas de Flegras, y el rey de los Gigantes habló con su voz atronadora:

—¡Gigantes, ha llegado la hora! ¡Desgarrad las montañas y arrojadlas contra el Olimpo! ¡Expulsad a los Inmortales de sus altos sitiales y encerradlos en el Tártaro junto a nuestros parientes, los Titanes! ¡Uno de vosotros ha de tener hoy a Afrodita por esposa, y otro a Artemisa, mientras que yo, vuestro rey, reclamaré a Hera por trofeo!

Las rocas volaban por el aire, y colinas enteras eran desarraigadas y lanzadas en el combate. Al principio, siguiendo las indicaciones de Atenea, Heracles alcanzó a Alcioneo con una flecha envenenada, mas en cuanto tocó el suelo el Gigante empezó a recuperarse.

—¡Rápido —le conminó Atenea—, no puede morir mientras continúe en Flegras! ¡Agárralo con fuerza y sácalo de aquí a rastras!

Heracles se echó al todavía jadeante coloso a la espalda y, tambaleándose, lo llevó a un paraje diferente, donde lo tiró al suelo y acabó con él a golpes de maza.

De vuelta a la batalla, Heracles se encontró con que el Gigante Porfirión era el nuevo rey y trataba de raptar a Hera. Había apilado peñas inmensas y combatía en las laderas del monte Olimpo. Eros, el dios del amor, hirió a este Gigante con sus flechas, con el único resultado de inflamar aún más su ya desesperada pasión por Hera. Esto tuvo la virtud de alejarle de la batalla de modo que, cuando Zeus vio su oportunidad, lo fulminó con una centella y Heracles, que volvía en ese preciso instante, acabó con él de un flechazo.

La despiadada lid se volvió aún más feroz y enconada, y Heracles siempre estaba preparado para enviar una mortífera saeta cada vez que un Inmortal conseguía derribar a un Gigante. Por ejemplo, cuando Apolo alcanzó a uno de

ellos con un flechazo en el ojo; o Hécate abrasó a otro con sus antorchas; cuando Hefesto hizo rodar por el suelo a un tercero con sus proyectiles de hierro incandescente; o cuando Dioniso hacía doblar la rodilla a su enemigo con su mágico tirso; o Ares, el Señor de la Guerra, hería a su adversario con su atroz lanza.

Por fin los supervivientes huyeron aterrorizados hacia el sur de Grecia. Todos, excepto los dos más grandes de entre ellos: Efialtes y Oto, que intentaron un último y desesperado asalto. Para ello capturaron primero a Ares y lo encerraron en una vasija de bronce. A continuación apilaron el monte Osa encima del monte Pelión y empezaron a escalar hacia el cielo, Efialtes jurando que haría de Hera su esposa y Oto que se casaría con la virgen Artemisa.

Ni siquiera Heracles podía hacer nada para resolver esta situación tan apurada, pues estos dos Gigantes solo podían ser abatidos por otro de su misma clase, ni hombre ni Inmortal podía hacer nada contra ellos.

No obstante sí se les podía engañar fácilmente, pues eran tan estúpidos como suelen serlo los Gigantes. Cuando Zeus les envió un mensaje según el cual estaba dispuesto a entregar a Artemisa al que más la mereciera de los dos, empezaron a reñir violentamente. Mientras disputaban, Artemisa se metamorfoseó en cierva blanca y pasó corriendo entre ellos, que de inmediato pretendieron demostrar cuál tenía la mejor puntería, lanzando cada cual su pica. Ninguno de los dos acertó su objetivo, mas cada una de las picas atravesó el corazón del otro. Así pues, alcanzados ambos por uno de su misma estirpe, los dos murieron y fueron encadenados a un pilar del Tártaro con grilletes de víboras vivas.

Los demás Gigantes se dieron a la fuga perseguidos de cerca por los Inmortales y por Heracles. Uno de ellos fue atrapado por Poseidón, que desgajó una porción de la isla de Cos encerrándolo debajo, constituyéndose así la Roca de Nisiros, que todavía emerge del mar hoy en día.

El resto se retiró a Acadia, y en un lugar denominado Batos los Inmortales los rodearon y tuvo lugar la última batalla. Hermes, invisible gracias al Casco de Hades, derribó a un Gigante; y Ares, a quien Hermes acababa de liberar de la vasija de bronce, también blandió su lanza con acierto; Artemisa demostró su puntería con las flechas y Zeus lanzó sus rayos haciendo menguar la funesta raza de los Gigantes. Por fin, Heracles, con sus saetas fatales y los golpes de su demoledora maza, se aseguró de que no hubiera recuperación posible de los golpes de los Inmortales.

El último de los Gigantes que quedaba en pie era Encélado. Heracles había conseguido herirlo, y cuando vio esparcidos alrededor de él los cadáveres de sus compañeros, a quienes creía inmortales, huyó de la espada del sátiro borrachín Sileno, que había acompañado a Dioniso hasta la batalla.

Atravesó Grecia entera, vadeó el mar Adriático y por fin fue alcanzado por Atenea en Cumas, en Italia, donde todavía sigue encerrado, respirando fuego bajo el volcán Vesubio. Aunque algunos escritores romanos creyeran que era Encélado, y no Tifón el Terrible, el que yace prisionero bajo Sicilia, en las entrañas del monte Etna.

La batalla había terminado. Los Gigantes estaban destruidos y los Inmortales se habían salvado. Heracles, el gran Héroe, había completado su misión en la tierra, y Zeus estaba preparando su subida al Olimpo para hacer de él un Inmortal.

Pero Heracles seguía siendo mortal y se sentía al límite de sus fuerzas. Fue a visitar a su amigo Néstor a la isla de Pilos para descansar después de tan gran contienda. Este era el mismo Néstor que había conocido en el Argo y con el que había compartido la cacería del Jabalí de Calidón. Ya antes había luchado contra el padre de Néstor, en una confrontación durante la cual Hera y Hades trataron en vano de derrotarlo y en la que ambos, aunque Inmortales, fueron víctimas de la espantosa agonía que causaban sus flechas. Después de ese combate, Heracles puso a Néstor en el trono, y siempre encontró en el joven rey un amigo y un aliado cierto.

En Pilos, Heracles se encontró con su amigo Tindáreo, padre de Cástor y Pólux, el legítimo rey de Esparta, que había sido expulsado del reino por su malvado hermano. Heracles ya tenía una querella antigua con el usurpador, pues este había matado a un amigo suyo simplemente por haber golpeado a un perro espartano que le había atacado previamente. En cuanto Heracles se recuperó de su postración, se puso al frente de un ejército y marchó contra Esparta.

Entre sus soldados había una mayoría de hombres de Tegea, a pesar de que su rey temía dejar la ciudad desguarnecida, por lo que solo consintió en marchar al frente de sus soldados cuando Atenea le entregó a Heracles un rizo de la cabellera de la Gorgona. Este rizo estaba guardado en una jarra de bronce que se le confió a la princesa Estérope. Cuando, como se temía el rey, una pequeña tropa espartana apareció de repente frente a Tegea, la muchacha

les amenazó con el rizo desde la muralla y los espartanos, dominados por el pánico, salieron corriendo hacia su tierra.

Pero allí Heracles había capturado la ciudad y acabado con el malvado rey y con todos sus hijos, por lo que Tindáreo le sucedió en el trono. Heracles partió después para su propia casa, en Traquis, donde Deyanira lo esperaba con impaciencia. No lejos de Traquis, en un saliente de tierra que dominaba el mar, se detuvo para erigir un altar y ofrecer un sacrificio a Zeus, enviando a su heraldo, Licas, a Traquis para que le trajera la túnica que solía vestir en dichas ocasiones.

Mas Deyanira era víctima por aquel tiempo de unos celos terribles y, a partir de algún comentario aislado que Licas había hecho, llegó a la conclusión de que Heracles se había cansado de ella y traía consigo una nueva consorte, llamada Yole. Pero la verdad era que esta princesa cautiva estaba destinada como esposa a Hilo, el hijo de Heracles y Deyanira.

Deyanira se acordó entonces del filtro amoroso que Neso, el centauro moribundo, le había entregado, y decidió que había llegado el momento de utilizarlo. Rompió el sello de la vasija en la que guardaba la sangre del centauro y, con ella, empapó la túnica antes de enviársela a Heracles en una arqueta. Luego dejó en el patio un trozo de tela suelta que había caído en la jarra, para que se secara.

Al cabo, mientras hilaba junto a su ventana ya algo menos inquieta, echó un vistazo al patio y un escalofrío de terror se apoderó de ella. Pues la pieza de tela bullía y chisporroteaba a la luz del sol, no tardando mucho el tejido en quedar reducido a un polvo blanco parecido a serrín, bajo el que seguían borboteando grumos de efervescente espuma similares a las burbujas del vino en fermentación.

Aterrorizada, Deyanira se incorporó de un salto, llamó a Hilo y en cuanto apareció le contó lo que había sucedido y le suplicó que fuera tan rápido como pudiera a donde estaba su padre ofreciendo el sacrificio.

Hacia allá marchó Hilo en el más veloz de sus carros, mas al llegar se dio cuenta de que era demasiado tarde. Heracles ya se había puesto la túnica y en cuanto el sol empezó a derretir la ponzoña de la Hidra diluida en la sangre de Neso, se extendió por toda su piel quemándole como el fuego.

En vano intentó Heracles despojarse de la fatal tela. En cuanto lo hacía, arrancaba con ella la carne de los huesos, mientras la sangre silbaba y bullía como el agua cuando se mete en ella un hierro al rojo vivo.

Aullando de dolor, Heracles se tiró al arroyo más cercano. Pero el veneno le quemó con más ardor aún que antes, y el agua de ese torrente ha fluido

caldeada desde entonces, conociéndosela como las «Termópilas», o la «corriente calda». Del agua hirviente saltó Heracles, loco de dolor, y agarrando al desafortunado heraldo Licas, el que le había traído la túnica, lo hizo girar por encima de su cabeza y lo lanzó muy lejos en el mar. Luego echó a correr por los bosques, desgajando en su huida las ramas de los árboles, hasta que llegó al monte Eta, donde le abandonaron las fuerzas y cayó exánime al suelo.

Allí lo encontró Hilo, que le contó la causa de su angustioso mal.

—¡Creía que Deyanira lo había hecho para matarme! —gimió Heracles—. De haber sido así, hubiera acabado yo con ella antes de morir.

—Ya no se cuenta entre los vivos —le respondió Hilo, con un amargo susurro—. Cuando comprendió lo que había hecho, se clavó ella misma un cuchillo. Pero bien seguro puedes estar de que nunca imaginó que la sangre de Neso pudiera ser otra cosa que un filtro de amor.

—Entonces llega la hora de mi muerte —dijo Heracles—, pues Atenea me advirtió de que los muertos habían de acabar conmigo, ya que ninguna criatura viviente podría hacerlo. Ahora, jura que harás lo que yo te ordene, ¡júralo por la cabeza de Zeus!

Así lo hizo Hilo, el más solemne de los juramentos para un griego, y a continuación Heracles le ordenó que amontonara una gran pira de madera en la cima del monte. Cuando lo hubo hecho, Heracles arrastró su cuerpo torturado hasta la parte de arriba, se echó sobre la piel del león con la maza bajo la cabeza, y le dijo a Hilo:

—Todo está acabado. Dentro de muy poco estaré entre los Inmortales, tal y como me prometió mi padre Zeus. Vete ahora, desposa a Yole y sé feliz. Mas primero, ¡prende fuego a la pira!

Mas Hilo se apartó, llorando amargamente, y no se atrevió a acatar la orden del héroe moribundo. Entonces Heracles vio a un joven que conducía un rebaño de ovejas, y le llamó:

—Muchacho, ven aquí y te entregaré una magnífica recompensa si haces lo que te digo. —El joven se acercó hasta la pira y, cuando estuvo junto a ella y vio quién estaba encima, se echó a temblar.

—Mi señor Heracles, os conozco bien, pues mi padre Peante, el argonauta, a menudo me habla de vos y de cómo solo él de entre los mortales una vez disparó vuestro arco, derribando con él a Talos, el Hombre de Bronce de Creta.

—En ese caso, por la amistad que una vez me unió a tu padre —jadeó Heracles—, te ordeno que prendas fuego a esta pira. Coge mi arco y mis

flechas como recompensa… pues tú debes de ser Filoctetes, el único hijo de Peante. Llévatelos y recuerda que sin esas flechas la ciudad de Troya jamás será tomada al asalto por invasores mortales.

Llorando sin consuelo, Filoctetes tomó el arco y las flechas. Luego encendió una antorcha y la introdujo en el gran montón de madera. Se apartó después, mientras las llamas se levantaban rugiendo.

De repente retumbó un trueno y una oscura nube pareció situarse por encima de la pira, apagando así las llamas. Y cuando Filoctetes se acercó a la madera ennegrecida no halló ni rastro del cuerpo de Heracles.

Mas en el Olimpo, una vez que su parte mortal se había consumido, Zeus recibió a Heracles, a partir de entonces convertido en Inmortal. Y ahora por fin Hera olvidó sus celos y le dispensó una cálida bienvenida. Para demostrar que ella también tenía en la más alta estima al Héroe que había salvado a los Inmortales, le entregó a su hija Hebe para que fuera su esposa en el Olimpo.

Mientras tanto, en la tierra, Alcmena murió de pena al saber que su hijo Heracles había fenecido; y sus nietos pusieron su cuerpo en un ataúd para enterrarla. Mas por mandato de Zeus, Hermes, el astuto Inmortal, escamoteó el cadáver y puso una piedra en su lugar, de modo que Alcmena fue transportada a las islas dichosas de los Campos Eliseos.

Pero los hijos de Heracles, al darse cuenta de que el ataúd pesaba demasiado, lo abrieron y descubrieron el engaño. Llevaron la piedra a Tebas, donde la dispusieron como monumento a Alcmena. Y así fue que Alcmena, al igual que su hijo Heracles, no tuvo una tumba en ningún lugar de la tierra.

Epílogo

Aunque la Edad de los Héroes no concluyó con la muerte de Heracles, el final se iba acercando, y casi todas las historias de los Héroes estaban ya contadas… excepto una.

Esa extraña época de mitos y leyendas —de historia que era en gran parte un cuento de hadas, y de cuentos de hadas que pasaban por ser realidad— terminó con la mayor de todas aquellas aventuras, una de las epopeyas más famosas del mundo, «la divina Historia de Troya».

Algunos de sus héroes ya habían nacido y estaban haciéndose hombres cuando murió Heracles: Filoctetes, que encendió su pira, era uno de ellos; y los hijos de los argonautas, de Peleo y de Laertes, y del mismo Heracles, también iban a jugar un papel decisivo y ganar imperecedera fama ante los muros de Troya.

Mas esa narración requiere su propio libro y se cuenta en *La historia de Troya* (Siruela, 2006), publicado en esta misma colección.



Roger Lancelyn Green (1918-1987) fue un biógrafo y escritor inglés interesado profundamente en los mitos y las leyendas, pasión que fue surgiendo durante sus años de estudio de Letras en la Universidad de Oxford. Allí, donde recibió clases de C. S. Lewis, adquirió grandes conocimientos de Grecia y su cultura y, más adelante, se fue enriqueciendo también de las obras de teatro clásicas y los mitos antiguos.

En 1946 comenzó a publicar textos con estas temáticas, desde biografías de sus autores de preferencia, hasta relatos para niños o libros reinterpretando sus leyendas tradicionales favoritas.

Además de su faceta de escritor, Green también fue actor de forma profesional y formó parte de un círculo literario que giraba en torno a las figuras de C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien.

Notas

[1] Algunas tradiciones identifican al dios griego Pan con el romano Fauno. *(N. del T.)*. <<